

SELECCIÓN DE POESÍAS
Morales é Instructivas.

Álbum Poético

PARA

✻ VARONES ✻

FORMADO POR

J. B. IGON



Buenos Aires

CABAUT Y Cia, EDITORES

Sucesores de P. IGON y Cia

Librería del Colegio. Calle Alsina, 500.

1902

LIJ
1902
IGO

ÁLBUM POÉTICO

PARA

VARONES

DE LA MISMA SERIE

Album Poético para Niñas. Selección de poesías morales é instructivas, tomadas de los mejores escritores del habla castellana. Un tomo en 8°. Encartonado.

Album de Poesías Patrióticas. Seleccionadas entre los mejores escritores Argentinos y extranjeros. Un tomo en 8°. Encartonado.

Album de Diálogos y Monólogos en prosa y verso para Varones. Selección moral é instructiva. Un tomo en 8°. Encartonado.

Album de Diálogos y Monólogos en prosa y verso para Niñas. Selección moral é instructiva. Un tomo en 8°. Encartonado.

SELECCIÓN DE POESÍAS

Morales é Instructivas.

Dupl
5345

ÁLBUM POÉTICO

PARA

Duplicado
del N° 5345

VARONES

FORMADO POR

J. B. IGON

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



122x185

BUENOS AIRES

CABAUT Y C^{ia}, EDITORES

Sucesores de P. IGON y C^{ia}

Librería del Colegio. Calle Alsina, 500.

1902

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Esta obra es propiedad de sus editores, quienes la ponen
bajo el amparo de la ley.



ÍNDICE I



	Pág.
ADVERTENCIA.....	11
INTRODUCCIÓN.....	13
<i>Himno á la Divinidad</i>	AROLAS..... 17
<i>Deber del Hombre</i>	JOSÉ ANTONIO SOFÍA..... 19
<i>Estudia</i>	E. CALIXTO POMPA..... 22
<i>América y Colón</i>	HERACLIO C. FAJARDO..... 23
<i>La Escuela</i>	MANUEL DEL PALACIO..... 27
<i>El Obrero</i>	ISAÍAS F. RAMÍREZ..... 29
<i>El Verano</i>	JOSÉ BERNARDO COUTO..... 31
<i>El Orgullo</i>	BALDOMERO G. SAGASTUME..... 33
<i>El Ángel del Hogar</i>	MANUEL M. FLORES..... 33
<i>Madre mía</i>	RODOLFO MENÉNDEZ..... 37
<i>El primer Paso</i>	RICARDO SPÜLVEDA..... 38
<i>Dios</i>	MANUEL DE JESÚS FLORES..... 41
<i>La Vida del Campo</i>	FR. ANTOLÍN FRÍAS Y RAMOS.. 43
<i>Amigos y Libros</i>	JUAN DE DIOS PEZA..... 45
<i>Salmo de la Vida</i>	CONTO (trad. de Longfellow).. 47
<i>Colón en la Rábida</i>	BELISARIO PEÑA..... 49
<i>En una Tempestad</i>	JOSÉ MARÍA HEREDIA..... 51
<i>Trabaja</i>	POMPA..... 53
<i>Consejos morales</i>	Cantares populares..... 55
<i>Himno al Trabajo</i>	RAFAEL POMBO..... 56
<i>La verdadera Paz</i>	MELÉNDEZ VALDES..... 60
<i>De pequeñas Causas grandes Efectos</i>	DIEGO GONZÁLEZ..... 61

1. Véase el « ÍNDICE POR GÉNEROS » al final de la obra.

	Pág.
<i>Himno á Dios</i>	SALVADOR SANFUENTES..... 63
<i>El Peregrino</i>	JOSÉ BERMUDES DE CASTRO... 65
<i>Los Niños</i>	M. A. CARO (tr. de Longfellow). 69
<i>La Virtud</i>	CARLOS FRONTAURA..... 70
<i>Estío</i>	FERNANDO CELADA..... 70
<i>En el Jardín Zoológico</i>	DIEGO URIBE..... 71
<i>Premios</i>	JUAN DE DIOS PEZA..... 72
<i>Á América</i>	GASPAR NÚÑEZ DE ARCE..... 74
<i>La Muerte del Novillo</i>	EPIFANIO MEJÍA..... 75
<i>La Ciencia</i>	MANUEL M. FLORES..... 77
<i>La Vuelta del Recluto</i>	JORGE ISAACS..... 81
<i>La Locomotora</i>	CARLOS A. SALABERRY..... 83
<i>Dios</i>	JOSÉ ZORRILLA..... 84
<i>El Hijo ingrato</i>	L. RATISBONE..... 87
<i>Al caer la Tarde</i>	ANTONIO ARNAO..... 88
<i>Éste era un Rey</i>	JUAN DE DIOS PEZA..... 89
<i>El Vicio</i>	CARLOS FRONTAURA..... 92
<i>En la orilla de la Mar</i>	JOSÉ A. CALCAÑO..... 92
<i>Á unas Flores</i>	CALDERÓN DE LA BARCA..... 94
<i>De un Astrólogo</i>	LOPE DE VEGA..... 94
<i>Mi Maestro</i>	ANTONIO DE TRUEBA..... 95
<i>La Vida del Campo</i>	LOPE DE VEGA..... 97
<i>El Herrero de Aldea</i>	H. W. LONGFELLOW..... 100
<i>Dos Glorias</i>	ANTONIO ARNAO..... 101
<i>Cuento</i>	CALDERÓN..... 102
<i>Fortaleza</i>	MANUEL DE SANDOVAL..... 103
<i>Fantasia nocturna</i>	MARTÍNEZ DE LA ROSA..... 104
<i>¡Arriba!</i>	A. G. S..... 106
<i>El Artista</i>	M. M. FLORES..... 108
<i>La Escuela</i>	X..... 111
<i>Último Canto</i>	RAFAEL MENDIVE..... 112
<i>Pobres Niños</i>	ALVÁREZ..... 113
<i>Consuelo celestial</i>	ARGENSOLA..... 114
<i>La Conciencia</i>	RICARDO PALMA..... 115
<i>Las dos Grandezas</i>	EDUARDO DE LA BARRA..... 116
<i>Mater Dolorosa</i>	MANUEL M. FLORES..... 118
<i>Al Trabajo</i>	RAFAEL TAMAYO..... 120
<i>El Cigarro</i>	FLORENCIO BALCARCE..... 127

	Pág.
<i>Las Ideas</i>	OLEGARIO ANDRADE..... 129
<i>Á un Pobre</i>	FEDERICO BALART..... 131
<i>Á mi Barquilla</i>	LOPE DE VEGA..... 133
<i>Los Sueños</i>	D. R. HERNÁNDEZ..... 135
<i>Mis ocho Años</i>	ABREU..... 138
<i>El Perezoso</i>	RODOLFO MENÉNDEZ..... 140
<i>La Escuela</i>	ECHEGARAY..... 142
<i>El Misionero</i>	RICARDO GUTIÉRREZ..... 143
<i>San Agustín</i>	LOPE DE VEGA..... 148
<i>Lo peor</i>	VENTURA RUIZ AGUILERA..... 150
<i>Alma sin Creencias</i>	ABRAHAM SOSA..... 152
<i>Bosquejos</i>	JOSÉ JACKSON VEYAN..... 153
<i>La Modestia</i>	JOSÉ SELGAS..... 155
<i>Mis Lares</i>	ABREU..... 158
<i>Distribución de Premios</i>	JUAN DE DIOS PEZA..... 160
<i>Enseñar al que no sabe</i>	C. DE ESTEVARENA..... 161
<i>La Mentira</i>	JUAN RUIZ DE ALARCÓN..... 164
<i>El Maestro</i>	X..... 164
<i>Á la invención de la Imprenta</i>	MANUEL JOSÉ QUINTANA..... 165
<i>El Canto del Antioqueño</i>	EPIFANIO MEJÍA..... 166
<i>Allá está Dios</i>	JOSÉ CIBILS..... 169
<i>Su última Lágrima</i>	ALFONSO ESPINO..... 171
<i>No puedo odiar</i>	X..... 172
<i>Al Paraná</i>	EUSEBIO GÓMEZ..... 172
<i>Los Expositos</i>	RICARDO GUTIÉRREZ..... 173
<i>Alegrías del Hogar</i>	A. TRUEBA..... 175
<i>El Valor</i>	DANIEL ZEQUEIRA Y ARANGO..... 176
<i>Quien debe, paga</i>	G. NÚÑEZ DE ARCE..... 177
<i>La Escuela</i>	R. DOMÍNGUEZ..... 177
<i>Paciencia</i>	X..... 179
<i>Mis Montañas</i>	JOAQUÍN GÓMEZ VERGARA..... 180
<i>Meditación</i>	JUAN DE DIOS PEZA..... 183
<i>Inspiración</i>	JUAN OSÉS..... 186
<i>La Vieja</i>	CARLOS AUGUSTO SALABERRY..... 188
<i>La Misión del Maestro</i>	PILAR PASCUAL DE SAN JUAN..... 189
<i>Adelante!</i>	CARLOS GUIDO SPANO..... 191
<i>La Tempestad</i>	JOSÉ ZORRILLA..... 193
<i>El Microscopio y la Gota</i>	AURELIO BERRO..... 195

	Pág.
<i>Pensamiento</i>	GUSTAVO BÉCQUER..... 197
<i>La Ilusión</i>	DANIEL ZEQUEIRA Y ARANGO.. 197
<i>Á los que estudian</i>	MANUEL M. FLORES..... 198
<i>El Ferrocarril</i>	OLEGARIO V. ANDRADE..... 202
<i>La Oración</i>	X..... 204
<i>Filosofía rural</i>	M. R. BLANCO BELMONTE..... 206
<i>Plegaria del Alba</i>	RICARDO GUTIÉRREZ..... 209
<i>Enseñanzas del Tiempo</i>	FERNANDO DE HERRERA..... 211
<i>El Salvavidas</i>	F..... 217
<i>El Maestro y la Enseñanza</i> ...	J. M. DE ORTEGA Y MOREJON.. 218
<i>Dos Cuadros</i>	ANTONIO GRILLO..... 224
<i>América</i>	JUAN CRUZ VARELA..... 226
<i>La Pesca</i>	GASPAR NÚÑEZ DE ARCE..... 226
<i>El Pólvo</i>	EL CONDE DE FABRAQUER..... 229
<i>Á un Impaciente</i>	MANUEL DE SANDOVAL..... 230
<i>El Angelus</i>	R. FRAGUEIRO..... 231
<i>Á Cristóbal Colón</i>	JOSÉ MÁRMOL..... 232
<i>El gran Invento</i>	JOSÉ ESTREMEBA..... 235
<i>El Desierto (La Cautiva)</i>	ESTEBAN ECHEVERRÍA..... 237
<i>Tres Potencias</i>	BRUNO MORENO..... 244
<i>El Llanero</i>	MARIO VALENZUELA..... 246
<i>La Propiedad</i>	RICARDO GUTIÉRREZ..... 247
<i>Historia de muchos</i>	GABINO TEJADO..... 247
<i>La Vuelta al Hogar</i>	OLEGARIO V. ANDRADE..... 250
« At Home ».....	CARLOS GUIDO SPANO..... 253
<i>El Niño, la Flor, el Ave y la Nube</i>	O..... 255
<i>Los Mineros</i>	V. RUIZ AGUILERA..... 257
<i>Reza</i>	JOSÉ ZORRILLA..... 260
<i>Á Río Janeiro</i>	CARLOS GUIDO SPANO..... 260
<i>La Limosna de la Viuda</i>	WASHINGTON P. BERMÚDEZ... 261
<i>Mi Madre</i>	ENRIQUE S. LEIVA..... 263
<i>La Hermana de Caridad</i>	QUITERIA VARAS MARÍN..... 264
<i>El Minero de California</i>	X..... 267
<i>Educar es redimir</i>	A. MAGARIÑOS CERVANTES... 268
<i>Mi Valle</i>	ANTONIO DE TRUEBA..... 271
<i>La Despedida del Colegio</i>	LUIS COLOMA (S. J.)..... 273

Advertencia.



OFRECEMOS al público, y muy especialmente á los mentores de la niñez, maestros, padres y madres de familia, una colección, cuidadosamente elegida y revisada, de poesías morales y religiosas para uso de los niños. Es indispensable no sólo cultivar, sino educar cuidadosamente el sentimiento en la niñez, y los buenos versos son un medio inmejorable para conseguirlo. Un pensamiento delicado, una máxima capaz de inspirar nobles acciones y de enaltecer el carácter, adquieren por la forma poética el mayor brillo de que son susceptibles y se graban con más seguridad, primero en la memoria, después en el corazón de los jóvenes. Esto en cuanto al efecto moral. En lo que hace relación con la cultura, ¿cómo desconocer que la afición á las composiciones poéticas depura el gusto, sirve de ornato al espíritu, da elegancia á la expresión y familiariza con el difícil arte de leer bien? Es más : los buenos modelos poéticos ejercen tal influencia en el alma del niño que contribuyen poderosamente á formar sus inclinaciones y á desarrollar en el que un día será ciudadano de la patria esos generosos impulsos y esos arranques aballerescos que tanto ennoblecen la vida individual y social cuando se ponen al servicio de las grandes causas : la religión, el patriotismo, el culto del deber, del honor y de la justicia.

En todas las creaciones literarias reunidas en este libro se fomentan esos nobles ideales. Hemos elegido con el más escrupuloso cuidado las que se acomodaban mejor á ese fin y podrían ser más comprensibles á los tiernos lectores á quienes van dirigidas. Siempre que ha sido posible, hemos apelado á lo nuevo, entendiendo por tal aquello que es poco conocido y que sin embargo reúne méritos de forma y fondo que lo hacen recomendable. Esta parte de nuestra tarea ha sido la más penosa; pues hemos debido examinar grandísima variedad de

libros y revistas. En ocasiones, no hemos podido conocer el nombre de los autores, y en ese caso lo hemos marcado con una inicial, sin renunciar á la inserción del fragmento poético, pues teniendo en cuenta el propósito educativo de este trabajo, ¿qué importaba la persona, si la obra era buena y bella?

En todas estas poesías campea la moral más pura : hemos creído, sin embargo, deber reservar el título de *morales* á las que, de un modo directo, inculcan preceptos ó enseñanzas encaminadas al culto de la virtud. Las composiciones de tendencia puramente *religiosa*, figuran con este epigrafe; y las que tienen por objeto fortalecer el carácter y fomentar la energía para la práctica del trabajo y del bien, forman otra sección especial. Muchas encierran saludables lecciones bajo el disfraz de *alegorías* ó de *fábulas*, reuniendo lo agradable á lo ameno, según el precepto de Horacio; las hemos comprendido en el índice en otras dos divisiones. Llevan también su clasificación correspondiente las *descriptivas*, cuadros de la naturaleza ó bosquejos &c, caracteres. Las *históricas*, las *apologéticas*, en que se ensalza los grandes hechos ó se rinde tributo de admiración á hombres ilustres, y las *patrióticas*. Renunciando, por demasiado general é inaplicable en este caso, á la división de la poesía en *lirica épica* y *dramática*, hemos dado el nombre aparentemente impropio de *poesías de sentimiento* á las que, pudiendo incluirse en géneros diferentes, presentan el rasgo común de ser desahogos del corazón ó pinturas de afectos tiernos y delicados, de que no se desprende directamente máxima alguna, pero que depuran la sensibilidad y estimulan el desarrollo de ideas generosas.

Tales han sido los móviles que nos han guiado al formar la presente colección de poesías para uso de los niños. Por dichosos nos tendremos si nuestro acierto ha estado á la altura de los sanos propósitos que nos han guiado siempre en los trabajos destinados á educar la inteligencia y el corazón de los hombres de mañana.



Introducción.

HAY muchos modos de entender y practicar la vida. La consideran unos como una lucha sin tregua ni cuartel, en que los vencedores de hoy serán forzosamente los vencidos de mañana y en que se pelea por alcanzar posiciones elevadas, riquezas, lujo y placeres. La miran otros como un depósito sagrado que nos encomendó la Providencia para que lo custodiásemos con probidad y lo devolviésemos puro y sin mancha; como un capital de inteligencia y energía que debe invertirse en bien propio y de los demás, en vez de disiparlo bajamente en prodigalidades sin objeto y en vicios innobles. No faltan quienes, viendo la existencia á través del cristal rosado de la ilusión, encuentren sólo en ella perspectivas sonrientes, valles amenos, cascadas de agua cristalina, jardines encantadores y risueños que embelesan los sentidos con los varios y delicados matices de las flores, el fondo de esmeralda de las hojas, los dulces cánticos de las aves, la frescura de las fuentes y los perfumes de las rosas, los jazmines, los nardos y las violetas.

Los que profesan el primero de estos conceptos de la existencia, son los ambiciosos. Los que rinden culto al deber austero, son los virtuosos. Los que sólo quieren ver el lado bello de la vida, son aquellos poetas, idólatras de la forma, que ensalzan la doctrina *del arte por el arte*.

Bien sabido es que los ambiciosos, rara vez son felices. ¡Cuánta pobreza y pequeñez suele haber en el fondo de sus deseos! ¡Qué desengaño el suyo cuando logran lo que han ardientemente codiciado! El castigo de las esperanzas terrenales consiste muchas veces en verlas satisfechas. Aquello que, iluminado por los rayos del sol con todos los cambiantes del iris, parezca de lejos oro y piedras preciosas, se convierte al tocarlo en un charco de cieno.

El hombre virtuoso, esclavo del deber, tiene ambiciones más altas; el imperio del mundo no le halagaría tanto como la satisfacción de su conciencia. Sometido al cumplimiento de la ley divina, acepta como penosas responsabilidades lo que otros anhelan como preciados honores; recibe sin protesta y sin rebeldía los agravios de la suerte y se purifica con el sufrimiento; porque el dolor es un gran medio de probar la resistencia y el valor moral del espíritu. El herrero sabe que el barro se desharía en polvo á sus golpes y por eso elige para sus tareas el hierro, metal noble entre los nobles: el Sumo Hacedor descarga también sus golpes más rudos sobre los seres más selectos y temple á martillazos el alma humana. Las más resistentes, esas son las mejores.

Pero, débiles criaturas, accesibles á la duda y á la confusión: ¡es tan difícil que nos mantengamos firmes y que sepamos hacer honor á nuestro origen divino y elevarnos á la altura de los hermosos destinos que nos esperan, si los sabemos merecer! La virtud parece á muchos hombres demasiado penosa y difícil, demasiado arida; un sistema de restricciones y sacrificios que pugna con la naturaleza; una serie de abdicaciones cuyo fin no se quiere comprender. Y es que los instintos materiales y el orgullo nos hacen olvidar más de lo debido nuestra debilidad y nuestra miseria, y de ahí que huyamos tan á menudo del espectáculo del dolor ajeno y que nos hallemos tan poco preparados á soportar con dignidad y resignación el dolor propio.

El poeta se finge un mundo ideal, en que todo es bello y noble y del que aparta inexorablemente cuanto le desagrada por feo, deforme, brutal ó miserable. Su concepto de la vida es muy elevado; pero el mismo empeño que tiene de huir de la realidad para crear otra imaginaria, conforme á los sueños de su fantasía, le hace caer muchas veces en lo extravagante y en lo falso; rodear de injusto prestigio las sensaciones más torpes y buscar la perfección y la hermosura donde no existen ni pueden existir. Muchas veces, la poesía, desviada de su alta misión, ha servido para dorar lo despreciable, para hacer pasar moneda falsa como oro de ley; para cubrir de flores los abismos.

Muy distinto es el fin que debe perseguir el verdadero poeta; el que aspire á ser digno de ostentar en su frente el rayo de luz que hizo bajar hasta él la Providencia al marcarle con el sello de la inspiración. ¡Desgraciado del que no sepa mostrarse merecedor de tan alto privilegio y derroche en viles empresas el caudal de genio que, para

probar sus merecimientos, le ha sido confiado! De igual modo que el pobre rico para quien la fortuna no es sino un medio de corromperse y corromper á los demás, le aguardan en el porvenir el desprecio y la execración del mundo y el remordimiento de su propia conciencia.

Por fortuna, no han faltado ni faltan poetas que consagren su inspiración, no á hermostrar lo despreciable, sino á cantar la *belleza del bien*, á poner de realce las grandezas de lo humilde, los esplendores de la virtud modesta, el brillo deslumbrador de los merecimientos voluntariamente oscurecidos. En lo que el ambicioso ve privaciones, en lo que el vicioso halla sujeciones insufribles, el espíritu escogido, el hombre de bien encuentra manantiales inagotables de puros placeres : su alma generosa le demuestra que la fuerza necesaria para el sacrificio es el más alto grado de la libertad y del poder, y que la felicidad verdadera consiste en saber procurar la de nuestros semejantes, por medio del cumplimiento de la ley moral. Nadie es tan independiente, nadie se siente tan dueño de sí mismo, como el que más se sujeta á los preceptos de la ley divina. ¡Dulces cadenas, que cuanto más se estrechan más libertan y más afirman nuestro albedrío! El que las ciña únicamente á su cuerpo quizá se sienta oprimido; el que las haga penetrar no sólo en sus huesos, sino también en su corazón y en su alma, sentirá esa dicha infinita, inponderable y eterna, que sólo puede dar la posesión del Sumo Bien.

Los poetas que así piensan y sienten son nuestros predilectos; son los únicos á quienes miramos como dignos de ese nombre, y á ellos pertenecen las composiciones coleccionadas en el presente volumen.





ÁLBUM POÉTICO

PARA

VARONES

Himno á la Divinidad.

SEÑOR, tu erès santo; yo adoro, yo creo :
Tu cielo es un libro de páginas bellas,
Do en noches tranquilas tu símbolo leo
Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Plegadas de espanto las trémulas alas,
Delante del trono tus ángeles ves :
¿Quién sabe tus glorias? ¿quién cuenta tus galas,
Si el sol es el polvo que pisan tus pies?

Tú enciendes el cráter del Etna y Vesuvio,
Y al mar señalaste linderos prescritos :
Tu amago de enojo produjo el diluvio,
Tu enojo el infierno, do están los precitos.

En vano con sombras el caos se encierra :
Tú miras al caos, la luz nace entonces;
Tú mides las aguas que ciñen la tierra,
Tú mides los siglos que muerden los bronces.

De largo reposo dictándoles leyes
Alzastes los montes, gigantes dormidos,
Poniendo en algunos á guisa de reyes,
Diademas de fuego, volcanes temidos.

El mar á la tierra pregunta tu nombre,
La tierra á las aves que tienden su vuelo;
Las aves lo ignoran, preguntan al hombre,
Y el hombre lo ignora, preguntanlo al cielo.

El mar con sus ecos, ha siglos que ensaya
Formar ese nombre, y el mar no penetra
Misterios tan hondos, muriendo en la plaza,
Sin que oigan los siglos ó sílaba ó letra.

Lo mismo con arpas de antiguo concierto
Del Líbano altivo los cedros ensayan,
También los torrentes con voz del desierto;
Más auras, torrentes y cedros desmayan.

Señor, tú eres santo; yo te amo, yo espero :
Tus dulces bondades cautivan el alma :
Mi pecho gastaron con diente de acero
Los gustos del mundo vacíos de calma :

Son gustos falaces, que pasan cual flores,
Efímeras dichas, verdura en las eras
¡Ah...!!! dame la vida de días mejores,
Sin hoy, sin mañana, sin horas ligeras,

Y en tanto que arrastro por duro destierro
La vida que hoy nace y el término toca,
Que gime sujeta con lazos de hierro,
Concede, Dios mío, su pan á mi boca,

Concede á mis penas la luz de bonanza,
La paz á mis noches, la paz á mis días,
Tu amor á mi pecho, tu fe y tu esperanza,
Que es bálsamo puro que al ánima envías.

AROLAS.

Deber del Hombre.

¡Vivir es trabajar! Cada hombre tiene
Una santa misión, y al mundo viene
Á completar de Dios la obra divina.

El trabajo encamina

Al bien y á la virtud; la magia encierra
De transformar en cielo la esperanza,
Y á lo innoble y mezquino haciendo guerra,
Con su fuerza vital todo lo alcanza.
Rey de la creación por Dios guiado,
El hombre está en el mundo destinado
Á vencer imposibles con su empeño.

Del mundo entero dueño,
Todo á cumplir su voluntad se inclina,
Dicta leyes doquier su inteligencia,
Y dócil á su voz, se une y combina
La cadena feliz de la existencia.

Miradlo, y lo veréis cual raudo viento
Volar con el vapor, y en un momento
Vencer el monte, atravesar el llano,
Circundar el Océano,
Penetrar los secretos más profundos,
De la ignorancia desgarrar el velo,
Con férreo anillo entrelazar los mundos
¡Y el rayo mismo arrebatarle al cielo!
¡Su mente es luz! Dejadlo que conciba,
Que del creador la inspiración reciba
Y todo lo podrá... Nada hay que asombre

En su grandeza al hombre,
Si el genio vive en él. Hoy atrevido,
Tenaz, el aire dominar ensayá;
Mañana, en el espacio suspendido,
¡Astro será que donde quiera vaya!
Por eso, cuando el pueblo se levanta,
Avido de grandeza, y se adelanta
Al campo del deber, el fuego brota
Del alma del patriota;
Ver cumplido su sueño le parece,
Coronas ciñe á quien ganarlas supo,
Y viendo su esplendor, se enorgullece
¡Del suelo libre do nacer le cupo!
¡En nuestra hermosa patria no hay esclavos!
Una legión titánica de bravos
Rompió del servilismo las cadenas :
Con sangre de sus venas,
Vertida en cruda lid, nuestros abuelos
La sacrosanta libertad sellaron,
¡Y al cumplir sus magnánimos anhelos,
Vida, grandeza y patria nos legaron!

Y por los Andes y la mar velada,
Esa patria feliz vive encantada
En medio de sus bosques seculares.

Cien ríos como mares
Fecundizan sus campos; lindas flores
Alfombran su extensión y en donde quiera
Se ve un portento y brillan los primores
De una no interrumpida primavera.
En nuestro cielo azul, la roja lumbre
Se refleja del sol la blanca cumbre
Del Andes colosal se alza orgullosa;

Dejad que majestuosa
La estrella de la tarde sus fulgores
Derrame altiva en el azul sereno :
¡Inmenso en forma, espléndido en colores,
Veréis radiante el tricolor chileno!
Como ese tricolor brillante y puro,
Formado por Dios mismo, es el futuro
Que le aguarda á la patria. En vuestras manos,
Virtuosos ciudadanos,

Apresurarle está... Movedle guerra
Al vicio en el taller, dad noble ejemplo
De austero patriotismo, ¡y nuestra tierra
Será de libertad grandioso templo!
¡Nadie sea en su patria un miembro vano!
¡Levántese á vivir el ciudadano,
Enzalce el bien y la maldad combata!

Si la fortuna ingrata
Hinca en su vida su alevoso diente,
Si airada ruge la tormenta fiera,
Serenos en el peligro alce la frente,
¡Y si es fuerza morir, como hombre muera!

¡Soldados del progreso y de la gloria.
El esplendor sin par de nuestra historia,
Con fuego escrito en vuestros ojos leo!

Yo entre vosotros veo
Los ángeles del genio; los ungidos
Soldados del trabajo; los héroes
Del sagrado deber! ¡los elegidos
Para ser del futuro los gigantes!
¡Entusiasta legión! vuestro destino
Decidida llenad; por el camino
Seguid que os marca la conciencia austera.

Luchad con fe sincera
Y nada en el peligro os amedranante,
Que para conquistar la ansiada palma,
Arde la inteligencia en vuestra frente
¡Y un pedazo de Dios lleváis por alma!

JOSÉ ANTONIO SOFÍA.

Estudia.

Es puerta de la luz un libro abierto :
Entra por ella, niño, y de seguro
Que para ti serán en lo futuro
Dios más visible, su poder más cierto.
El ignorante vive en el desierto
Donde es el agua poca, el aire impuro,
Un grano le detiene el pie inseguro;
Camina tropezando; ¡vive muerto!

En ese de tu edad Abril florido
Recibe el corazón las impresiones
Como la cera el toque de las manos :
Estudia, y no serás, cuando crecido,
Ni el juguete vulgar de las pasiones,
Ni el esclavo servil de los tiranos.

E. CALIXTO POMPA.

América y Colón.

FRAGMENTOS.

¡Helo ya sobre el mar!... Tres carabelas
Componen su flotilla y dan la popa
Á las últimas playas de la Europa,
Mientras surca la prora ignoto mar;
Y bien pronto la brisa que las velas
Hincha y conduce por incierta ruta,
Con los adioses de la tierra inmuda
El alma del marino al murmurar.

¡Helo ya sobre el mar!... fija la mano
En el timón que con valor gobierna,
Confiada el alma en la bondad eterna
Del que todo lo puede y lo creó :
Tiende Colón su vista al Océano
Y busca en los etéreos horizontes
Las montañas, las cúspides, los montes
Del vasto mundo que en ensueños vió.

Y trascurren las horas, y los días,
Las semanas, los meses, y con ellos
De esperanza los últimos destellos
Del alma de la vil tripulación ;
Y rodeado de negras felonías
Que en el seno fermentan de su tropa,
Volver la quilla en dirección á Europa
Más de mil veces impidió Colón.

Y firme en el combés, desafiando
De las olas el hórrido balumbo,
Fija la vista en el incierto rumbo
Que á las regiones ignoradas va ;
Y mil veces la vida despreciando
Al amago de muerte de su gente,
En medio de aquel pánico creciente
Sólo su alma inalterable está...

Es que alienta su espíritu en la empresa
El santo amor del bienestar humano,
Que á través de las sombras del arcano
En lontananza realizado ve...
Es que iluminan su genial cabeza
Del porvenir proféticas visiones :
La unidad de los mundos y naciones
Que aspira su alma con cristiana fe.

Y columbra en las vírgenes comarcas,
Donde reina el amor sin el encono,
Un trono levantarse, un solo trono,
Cubriendo su dosel la humanidad!...
Y en vez de los caudillos y monarcas

Y del falso esplendor de la diadema,
 Dominar esta enseña y este lema :

« ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad! »

.....

La luz de la alborada, la luz apetecida
 Con ansia indefinible, con vértigo mortal,
 Las brumas de la noche quebrando á su venida,
 De záfiro, y perlas, y nácares vestida,
 Tendió por el espacio su túnica estival.

Los ámbitos brillaron con fosforencias de oro,
 El piélagó tiñeron cambiantes de arrebol,
 Y cual lejanos ecos de misterioso coro,
 El himno de las aves del trópico, sonoro,
 Vibró en el occidente, — y en el oriente el sol...

¡Dignísimos preludios del mágico concierto
 Que arrebatár debía el alma de Colón!
 Dignísima lumbrera del hemisferio incierto,
 Á cuya luz había, como un Edén, abierto
 Su vasto panorama la incógnita región!

Colón la contemplaba de pie, sobre la popa,
 Cruzados ambos brazos, radiante de altivez;
 Y en torno, de rodillas, la miserable tropa
 Que ayer volver quisiera las quillas hacia Europa,
 Hoy, muda de entusiasmo, prostérnase á sus pies.

La vista del marino con embriaguez se fija
 En la región que inunda de súbito la luz,

Y no hay portento, nada que su ambición exija,
Que no halle en ese suelo, que espléndida cobija
La bóveda cerúlea del célico capuz.

Embalsamadas auras, arroyos cristalinos,
Magníficos estuarios, vegetación feraz,
Ejércitos alados de melodiosos trinos,
Riquezas minerales, veneros diamantinos
Y cúspides y valles de deliciosa paz,

Rugientes cataratas, enmarañados montes,
Volcanes que vomitan el oro en profusión,
Hermosas perspectivas, sombríos horizontes,
Cuadrúpedos diversos, gigantes mastodontes...
¡Sublimidad doquiera, doquiera animación!

Y sobre las colinas, ó en la risueña falda
Cubierta de palmeras que grata sombra dan,
Teniendo por techumbre sus copas de esmeralda,
Arroyos por alfombra, montañas por espalda,
De indígenas mil tribus que viven sin afán...

¡Soberbio panorama! Magnífico hemisferio
Que enamorada besa del trópico la luz,
Y ejerce sobre el alma, bañada de misterio,
La mágica influencia y el poderoso imperio
De un sueño iluminado por bíblico trasluz.

Colón lo contemplaba : su corazón se henchía
Con toda la grandeza de aquella creación...
Su pensamiento osado los siglos trasponía,
Y en lúcidas visiones el provenir veía
Que al hombre deparaba la fúlgida región :

La luz del Evangelio, las ciencias y las artes,
 La industria y el comercio, so el reino de la ley,
 Alzar con ufanía sus libres estandartes,
 Y el sello del progreso llevar á todas partes
 La humanidad, reunida en una sola grey;

Y envuelta en los efluvios del áureo firmamento,
 Teniendo por alfombra la rica inmensidad,
 El Plata y Amazonas por brazos, por asiento
 La cumbre de los Andes, y el férvido conciento
 Del Niágara por himno, — surgir la Libertad!

.....
 HERACLIO C. FAJARDO.

La Escuela.

Lo dijo un sabio, y lo cantó un poeta,
 De quienes nunca morirá el renombre :
 — Suprimid la instrucción que le completa,
 Y habréis en breve suprimido al hombre.

Sin el criterio y la razón por guía
 Sin la prudencia y la bondad por freno,
 Pronto al indócil bruto imitaría,
 Contrario al bien, y á la virtud ajeno.

Como la estatua con primor labrada,
 Que antes de ser asombro de la gente
 Es encina á las selvas arrancada,
 Helado mármol ó metal hirviente,

Y del artista al soplo soberano
Llega, en deidad ó en heroe convertido,
Á reflejar el sentimiento humano
Y enardecer el ánimo abatido ;

Así vive la pobre inteligencia,
Larva desconocida y misteriosa,
Que al sol del entusiasmo y de la ciencia
Se trueca en irisada mariposa.

Instruir es crear ; si hubo algún día,
Borrado ya del tiempo en los anales,
En que la fuerza bruta decidía
La suerte de los míseros mortales,

Hoy, que triunfa el amor de los agravios,
Hoy, que hacia el porvenir vamos serenos,
Los héroes huyen donde están los sabios,
Los fuertes tiemblan donde están los buenos.

Pueblos, de Cides no, de mercaderes,
Por todo el ancho mar tienden sus velas ;
Se amasa la fortuna en los talleres ;
La gloria se conquista en las escuelas.

La instrucción hace al hombre, y éste luego
Hace la tierra en que vivir le toca ;
Si busca en el trabajo su sosiego,
Convertirá en Edén la estéril roca.

Honremos pues, á aquellos escogidos,
Del estudio y la ciencia campeones,
Que de los seres que nos son queridos
Alumbran la razón con sus lecciones.

En esa juventud, que hoy balbucea
Del saber los primeros rudimentos,
Se esconde acaso la futura idea
Que ha de mover del mundo los cimientos.

Que siempre al bien y la virtud la guíen
Los que la aprestan á batalla ruda;
Que no empañe los labios, que aun sonríen,
La venenosa baba de la duda.

Y en justo premio de su afán constante,
Si á los maestros protección se debe,
¡Que no vuelvan á ser ni un solo instante
Los mártires del siglo diez y nueve!

MANUEL DEL PALACIO.

El Obrero.

Hay un hombre misterioso
Que bajo humilde apariencia,
Le da su brazo á la ciencia,
Y con calor impetuoso,
Con su sangre generoso,
Marcha fecundando el suelo,
Sin otro interés ni anhelo
Que ver su patria dichosa,
Aunque él no tenga otra cosa
Que la esperanza del cielo.

Mora en humildes cabañas,
Él, que construye palacios,
Que da luz á los topacios,
Y taladra las montañas;
Y arranca de sus entrañas,
Sin más ración que un cuartillo,
Aquel oro en cuyo brillo
Se contempla el poderoso,
Sin acordarse, injurioso,
De lo que debe al martillo.

Traza el surco y siembra el grano,
Brotan la espiga á raudales,
Otro coge sus caudales,
Y él, pródigo de su mano,
Con un corazón cristiano
Sigue cultivando el suelo,
Sin tener otro consuelo
Que ver convertirse en flores
Las gotas de sus sudores
Con los rocíos del cielo.

Cruza atrevido los mares
Con sus olas turbulentas
Sin temor á las tormentas
Por llegar á otros lugares,
Á buscar en sus telares
Cuanto prodigio se encierra :
Ó bien al toque de guerra,
¡Ignorado, mas grandioso!...
Corre á morir valeroso
Por el honor de su tierra.

Hombre grande y desprendido,
Guarde el cielo tus promesas
Para cambiar en grandezas
Tus dolores de ofendido;
Á su soplo tú has nacido
Para ser su vivo emblema :
Perdona, trabaja y quema
Incienso al Dios justiciero
Que de estrellas, noble obrero,
Te prepara una diadema...

ISAÍAS F. RAMÍREZ.

El Verano.

Ya el verano se acerca
Coronado de rosas,
Vertiendo por los campos
Flores de todas formas.
Los prados que rodean
Mi granja encantadora,
Empiezan á cubrirse
De hierbas olorosas.
¡Ojalá vieras, Fabio,
La fuente bullidora
Que baña los cimientos
De una arruinada choza!
Á su orilla sentado
Vieras rodar las olas,
Formando remolinos
Las aguas espumosas.
El manzano que un día,

Junto á musgosa roca
Plantamos los dos juntos
Al despuntar la aurora,
¡Qué airoso está! ¡qué bello!
¡Qué gentilmente asoman
Las sabrosas manzanas
Entre las verdes hojas!
Aquella grande palma
De susurrante copa,
Á cuyo pie dormías
Las siestas calorosas,
Ya por el suelo yace
Falta de jugo y hojas :
Ejemplo formidable .
Á las hermosas todas.
¡Qué seca está! ¡qué triste!
Los pájaros se asombran
Cuando ven abatida
Palma tan orgullosa.
Pero la que sembraste
En la cercana loma,
Esa sí está muy bella,
Muy verde y silbadora.
¡Cuántas veces sentado
Bajo su inmensa copa,
Miró alzarse la luna
Espléndida y redonda!
Deja el poblado, Fabio,
Deja su vana pompa,
Que el verano se acerca
Coronado de rosas.

JOSÉ BERNARDO COUTO.

El Orgullo.

Como el irvido rayo
De luz — que hasta la tierra desde el sol
Llega á través del infinito espacio,
Formando con la aurora del arrebol, —
Rompe en trozos mil su poderío
Si le hiere la gota de rocío;

Así también sucede
Que el orgullo del hombre en el poder
— Que distribuye á su redor más males
Y dolor que en la tierra cualquier ser —
Concluye y se derrumba
Si le roza la brisa de la tumba!...

BALDOMERO GARCÍA SAGASTUME.

El Ángel del Hogar.

Una madre me dió el cielo;
Y cuando pequeño fui
Mi cuna no tuvo ángel...
Estaba mi madre allí.

Y era tan dulce su acento,
Eran sus ojos tan bellos,
Tan blanda la cabecera
Que me daban sus cabellos;

Tan dichosa su sonrisa,
Tan profundo su embeleso,
Tan tiernamente inefable
Sobre mis ojos su beso ;

Que yo ¡feliz! no sentía
Que dejaba al despertar
Á los ángeles del sueño
Por el ángel del hogar.

Y así pasaron, pasaron
De mi inocencia las horas,
Cual pasaría bajo el cielo
Una procesión de auroras.

Hasta que llegó el momento
De separarnos los dos,
Y al hijo la dulce madre
Puso al amparo de Dios.

Y quedó sola mi madre,
Sola y triste en el hogar,
Donde el eco de mi nombre
Se escuchaba sollozar.

Aquellos ojos queridos
Que en mis ojos se miraban,
Con lágrimas se dormían,
Con lágrimas despertaban.

Lágrimas que debería
Secar de rodillas yo,
Lágrimas, madre querida,
Que yo no merezco, no.

Que ingrato en tanto buscaba
La dicha lejos de ti...
Perdón, madre de mi vida...
Tú sabes como volví.

Volví, sí. ¡Qué dulce llanto
El volverse á ver arranca!
¡Mas tu frente estaba pálida,
Tu cabeza estaba blanca!

Que mi ausencia desdichada
Tu corazón lastimó,
Y el pesar de mis pesares
Tu cabello emblanqueció...

Juventud, locos placeres,
Ilusiones mundanales,
¿Valéis una sola gota
De los ojos maternas?

Santa madre, ídolo mío,
Mi culto, mi única fe,
¡Con qué dolor á tus plantas
Confuso me arrodillé!...

¡Cómo! *perdón!* te gritaba
Y sollozaba tu nombre!
¡Cómo mojava tus canas
Con mis lágrimas de hombre!

¡Cómo las tuyas bañando
Mi rostro... y mi corazón,
Derramaban en mi vida
El bautismo del perdón!

¡En pago de mis errores,
En pago de mis agravios,
Bendiciones y consuelos
Sólo me dieron tus labios!...

Y desde entonces, mi madre,
Tú lo sabes... un altar
Levanté dentro mi alma
Para el ángel de mi hogar.

Y mi madre es mi cariño,
Mi fe, mi orgullo, mi amor;
Y porque la tengo, creo
En tu bendición, Señor.

¡Oh, niño! tú en la inocencia
No comprendes todavía
Lo que es esa Providencia
Que llamamos *Madre mía*.

Y pues el cielo te ha dado
Una tan buena y tan bella,
Cuanto amor hay encerrado
En tu alma, dáselo á ella.

Ese ángel que en tus sueños
Ves, que se inclina á besarte,
Es ella que de tus sueños
Las horas viene á robarte.

Que para amor como el suyo
Es una vida bien poca,
Y por cada beso tuyo
Otra te diera su boca.

Alma á su alma pendida
Eres, con lazo de flores,
Y la vida de su vida,
Y el amor de sus amores.

Ámala, no por el cielo,
Ámala, no por deber,
Sino porque ella es consuelo,
Y vida y santo placer.

Y en el alma, desde niño,
Levanta el místico altar
De un infinito cariño
Para el ángel del hogar.

MANUEL M. FLORES.

Madre mía.

Al dormirme tranquilo en la noche,
¿Quién amante mi frente acaricia?
¿Quién me da de mañana sus besos?
Tú, madre mía.

¿Quién alienta afanosa mis pasos?
¿Quién, con voz de ternura exquisita,
Mis errores de niño corrige?
Tú, madre mía.

¿Quién con todos es dulce y es buena?
 ¿Quién al triste acompaña en sus cuitas?
 ¿Quién me infunde el amor de los hombres?
 Tú, madre mía.

Cuando el tiempo tu rostro marchite
 Y tu voz y tus fuerzas se extingan,
 ¿Quién por ti velará cuidadoso?
 ¡Yo, madre mía!

RODOLFO MENÉNDEZ.

El primer Paso.

I.

Á la orilla de la playa
 Que besan del mar las ondas,
 Donde en espumas deshechas
 Se ven las más orgullosas,
 Y al fondo del mar se vuelven
 Perdida su fuerza toda,
 Porque al llegar á la orilla,
 Apenas su arena mojan,
 Todo su furor desmaya
 Y allí su impotencia lloran;
 ... Dos niños sin experiencia,
 Nacidos en pobre choza,
 Juegan con una barquilla

Que, atada á una cuerda, flota
Mecida por el continuo
Movimiento de las olas.
Los niños al ver su barca,
Ríen y saltan y gozan,
Y son los dos muy dichosos
Viéndola mecerse airosa.
De pronto la barca se hunde,
Y algunas olas furiosas,
Rompiendo en bullente espuma,
Rodear á los niños logran.
Huyen éstos asustados,
Y cuando la vista tornan
Buscando la débil barca,
Encuentran la cuerda rota,
Y la barca, mar adentro,
Que, juguete de las ondas,
Si una á la playa acerca,
Otra más lejos la arroja.
— ¿Qué haremos? dicen los niños;
Va á estrellarse en esa roca.
— Yo entro á buscarla; ¿me sigues?
— No me atrevo; ¿y si te ahogas?
— No tengas miedo, las aguas
La acercarán... Ven... ahora.
Y aquellos niños, ansiosos
De poder salvar su obra,
Entran en el mar... y el barco
Cada vez más lejos flota.
Mas no se paran; desean
Recobrarlo á toda costa;
Las aguas de vez en cuando

La distancia les acortan,
Y por lograr el vehemente
Deseo que les acosa,
Mar adentro tras la barca
Van marchando sin zozobra ;
Porque el que da *el primer paso*,
Nada detenerle logra.

.

Ya el agua cubre sus hombros ;
Más lejos la barca asoma ;
Quieren volver y no pueden ;
Lanzan voces angustiosas,
Y se pierden con gemidos
Como la barca en las ondas.

II.

También en la vida hay mares
De bellas brillantes olas ;
Si en esos mares un día
El hombre su planta posa,
Mar adentro va arrastrado
Tras los placeres que ignora,
Y que esos mares le ofrecen
Cada día á todas horas.
La virtud está en la orilla ;
Y contra esa playa chocan
Las ondas más halagüeñas
Y las más fascinadoras,
Porque al llegar á esa playa,
Apenas su arena mojan,

Las ondas del vicio mueren
Cuando su impotencia tocan.
... Para el que da *el primer paso*
Y esas playas abandona,
Tarde será cuando quiera
Lanzar voces angustiosas.
Que en el mar de los placeres,
Siguiendo su marcha loca,
Se perderán sus gemidos
Como la barca en las ondas.

RICARDO SEPÚLVEDA.

Dios.

I.

La esplendorosa luz de la mañana
Iluminó la cumbre de la sierra,
Y á su tibio contacto estremecidos
Despertaron los valles, las florestas,
El mar sobre su lecho de corales,
Sobre las flores del pensil las nieblas;
Hubo placer y movimiento y vida,
Besos, rumores, música y esencias,
Y en el himno triunfal que alborozada
Exhaló la gentil Naturaleza,
¡Dios! fué la nota que vibró en los aires
Y en el alma creyente del poeta.

II.

Llegó la tarde. El sol dobló su brillo
Al tocar de la noche las fronteras;
La flor de nuevo embalsamó el ambiente,
El ave alzó su cantiga postrera,
Y temblaron las ondas en los mares
Y gimieron las brisas en las selvas;
Hubo cantos, murmullos, desaliento,
Suspiros y sollozos, dulces quejas;
Y en aquel desconcierto de armonías
¡Dios! moduló la lira del poeta,
¡Dios! dijeron los ecos silenciosos
Y ¡Dios! clamó la creación entera.

III.

Llegó la noche. Contemplé su frente
Coronada de vívidas estrellas,
Encendidos hachones de diamante
Que á los pies del Eterno reverberan.
Adurmióse la inquieta golondrina,
Se aletargó la cándida azucena,
Rodó sin ruido el arroyuelo manso,
Acalló sus rumores la arboleda...
Y el silencio cerniéndose en los valles,
Las colinas, los montes, las florestas,
« ¡Es Dios! ¡es el Señor! clamaba á gritos,
El que en los orbes sin rival impera! »

IV.

Me concentré en mí mismo. Enajenado,
Al fondo descendí de mi conciencia;
Allí una voz de majestad solemne,
Profunda como el mar, como él inmensa,
Voz más dulce que el aura y más terrible
Que el huracán que ruge en la tormenta,
Pronunciaba también el santo nombre
Que el universo con su gloria llena;
Y al repetirlo balbuciente el labio
En el silencio de la noche excelsa,
Me pareció que pálidas y mustias
Se inclinaban temblando las estrellas.

MANUEL DE JESÚS FLORES.

La Vida del campo.

¡Feliz el hombre que afanoso labra
De tierno padre la preciada herencia,
Y alegre aspira del nativo suelo
El puro ambiente!

Libre del jugo de ambición mezquina,
De envidia ajeno y de salud colmado,
Halla en el campo, de inocencia asilo,
Paz y ventura.

Allí, tendido en la vecina loma,
Ve sus rebaños en la selva umbría :
La mansa oveja y las ligeras cabras,
Ricas de leche.

Tiende su vista á la feraz llanura,
Y ve que á impulso de la brisa ondean,
Las ricas mieses de dorada espiga,
En mansas ondas.

En verde soto y en pensil ameno
Pasa las horas del ardiente estío :
Y atento escucha de canoras aves
Las melodías.

¡Alma sencilla que al nacer la aurora
Eleva al cielo su filial plegaria,
Nunca importunos ni el dolor ni llanto
Su dicha turben!

¡Feliz el hombre que del patrio suelo
El aire puro y aromoso aspira!
¡Campos alegres que ofrecéis al alma
Paz y ventura!

Aquí, á la sombra, en el florido césped,
Y á las orillas de argentado río,
Viva yo alegre sin oír los ecos
Vanos del mundo.

Aquí dormido en silenciosa tumba,
En paz repose, sin mundana pompa,
Ni en oro y mármol, ni aún en leve polvo
Graben mi nombre.

Flores tan sólo de sencillo cáliz
Brote la tierra, y al viajero digan
Que allí algún día nacerá más bella
Una flor virgen.

De paz el Ángel mi sepulcro vele;
Y al fiel amigo que verá en mi tumba,
« Mira », le diga señalando al cielo,
« Esa es su patria. »

FR. ANTOLÍN FRÍAS Y RAMOS.

Amigos y Libros.

Elige ¡oh Juan! un amigo
Franco, sincero y honrado,
Que cuando estés á su lado
No extrañes estar conmigo.

Un joven que imite á un viejo
En lo juicioso y prudente;
Que te conforte y aliente
Siempre que te dé un consejo.

Que se interese en tu bien;
Que censure tus errores,
Y en tus dichas y dolores
Se alegre ó sufra también.

Que nunca te incline al mal,
Que no te engañe ni adule
Y te aplauda y estimule
Con desinterés igual.

No un farsante, un caballero
Por hechos, no por blasones;
Que sea en todas tus acciones,
No un cómplice : un compañero.

Que puedas darle tu mano,
Sin temor de que la manche,
Un ser que el alma te ensanche
Cuando le llames : hermano,

No le canse tu exigencia
Ni tu caracter le hostigue;
Piensa bien cuanto consigue
La mutua condescendencia.

Que no ostente falsas galas;
Que no oculte la verdad,
Y sepa que la amistad
Es sólo el amor sin alas.

¡Oh mi Juan! yo te lo digo,
Por este mundo al cruzar
Es muy difícil hallar
Este tesoro : un amigo.

Y es tan grave su elección
Que te lo puedo decir,
Compromete al porvenir,
Compromete al corazón.

Y tanto influye en la suerte
Del necio que se descuida
Que un buen amigo es la vida
Y un mal amigo la muerte.

Como tu dicha es mi afán
No busques falsos testigos :
Tus libros y tus amigos
Preséntamelos, mi Juan.

JUAN DE DIOS PEZA.

Salmo de la Vida.

No me digáis con dolorido acento :
« La vida es solamente una ilusión. »
Porque está muerta el alma que dormita
Y las cosas parecen, mas no son.

La vida es realidad, no vano ensueño;
No es la tumba su término fatal;
Que jamás del espíritu se dijo :
« Eres polvo y al polvo tornarás. »

No es el dolor el gaje de la vida
Ni su objeto final es el placer,
Sino la acción, á fin de que el mañana
Nos encuentre más lejos que el ayer.

El arte pide tiempo, el tiempo vuela,
Y aunque es el corazón fuerte y audaz,
Late no obstante cual tambor que toca
Hacia el sepulcro marcha funeral.

El mundo es vasto campo de batalla,
Nuestra efímera vida es un vivac;
No os dejéis arrastrar como rebaño,
Antes cual héroes con valor luchad.

No os burle el porvenir con falso brillo,
El pasado sepulte lo que fué,
Trabajad, trabajad en el presente,
Que Dios da al corazón aliento y fe.

Grandes hombres ha habido, y en su historia
Á ser grandes podemos aprender,
Y vestigios dejar de nuestro paso
Que nunca pueda el tiempo obscurecer;

Huellas que acaso servirán de guía
Y el perdido valor devolverán
Á algún hermano náufrago y errante
De la existencia en el revuelto mar.

¡Ánimo, pues, y varonil esfuerzo,
Ya sea la suerte próspera ó fatal!
Siempre avanzando, trabajando siempre,
Sepamos ser activos y esperar.

CÉSAR CONTO (*traducción de Longfellow*).

Colón en la Rábida.

Sepulta el sol la frente
En las ondas de incógnito océano;
Y el fulgor vespertino en la corriente
Del Odien impaciente
Á la Rábida besa el muro anciano.

Rendido de fatiga
Colón con su hijo tierno se guarece
De la alta cruz bajo la sombra amiga,
Y ve donde consiga
Agua y pan para el niño que perece.

¡Qué soledad!... El viento
Silba entre los cipreses con gemido,
Y el órgano en el coro del convento
Ya desata un lamento,
Ya de la tempestad el ronco ruido.

Obscuro peregrino,
¿Qué cavilas? ¿Qué dudas, qué congojas
Te atormentan el alma en torbellino,
Como el que en el camino
Alza espiras de polvo y secas hojas?

No temas, sabio insano,
Golpear de la Rábida á las puertas,
Que si á tantas de reyes fuiste en vano,
Al pobre y al anciano
Las de la caridad están abiertas.

En celda cuyo aliño
Son paz y amor, alivia, ¡ oh errabundo !
Á tus brazos del peso de ese niño,
Cifra de tu cariño,
Y á tu mente del peso de un gran mundo.

Al esplendor ajena
Y al oro y á la púrpura de Tiro,
La verdad labra su mansión serena
En la conciencia buena
Dada á humilde silencio en el retiro

Aquí tu intento raro
(Más que intuición de sabio, de adivino)
Hallará en la pobreza luz y amparo,
Y de Rábida el faro
Será principio y fin de tu camino.

Estos serán los lares
Que de miseria y gloria los tormentos
Tregua te den, en medio los azares,
Cuando fortuna y mares
Te combatan con olas y con vientos.

De Dios la providencia
Á la Fe vinculó tu heroica hazaña :
Sólo el humilde entenderá tu ciencia,
Y amparo á tu impotencia
Tendrás por él en Isabel de España.

Vengada de Ajarquía
Al tremolar las cruces en Granada,

Ella el pendón glorioso te confía
 Á que tras mar bravía
Tierras sin linde á su dominio añada.

Y el viejo monasterio
Te hospedará cuando el laurel te asombre,
Llevando á España un mundo por imperio,
 Al orbe su hemisferio
Y á los siglos la gloria de tu nombre.

BELISARIO PEÑA.

En una Tempestad.

Huracán, huracán, venir te siento,
 Y en tu soplo abrasado
 Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendida
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible
En su curso veloz. La tierra en calma
 Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
¿Al toro no miráis? El suelo escarban
De insoportable ardor sus pies heridos :
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando
 Vela en triste vapor su faz gloriosa,
 Y su disco nublado sólo vierte

Luz fúnebre y sombría,
 Que no es noche ni día...

¡Pavoroso color, velo de muerte!
 Los pajarillos tiemblan y se esconden
 Al acercarse el huracán bramando,
 Y en los lejanos montes retumbando
 Le oyen los bosques, y á su voz responden:

Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
 Su manto aterrador y majestuoso...

¡Gigante de los aires te salúdo...!
 En fiera confusión el viento agita
 Las orlas de su parda vestidura...

¡Ved...! ¡en el horizonte
 Los brazos rapidísimos enarca,
 Y con ellos abarca

Cuando alcanzo á mirar de monte á monte!

¡Oscuridad universal...! ¡Su soplo
 Levanta en torbellinos

El polvo de los campos agitado...!
 En las nubes retumba despeñado

El carro del Señor, y de sus ruedas
 Brota el rayo veloz, se precipita,

Hiere y aterra al suelo,
 Y su lívida luz inunda al cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia...? Desatada
 Cae á torrentes, oscurece al mundo,

Y todo es confusión, horror profundo
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Dó estáis...? Os busco en vano :
Desparecistes... La tormenta umbría
En los aires revuelve un océano
Que todo lo sepulta...

Al fin mundo fatal, nos separamos :
El huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
De tu solemne inspiración henchido,
Al mundo vil y miserable olvido
Y alzo la frente, de delicia lleno!

¿Dó está el alma cobarde
Que teme tu rugir...? Yo en ti me elevo
Al trono del Señor : oigo en las nubes
El eco de su voz; siento á la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Trabaja.

Trabaja, joven, sin cesar, trabaja ;
La frente honrada que en sudor se moja,
Jamás ante otra frente se sonroja,
Ni se rinde servil á quien la ultraja.

Tarde la nieve de los años cuaja
 Sobre quien lejos la indolencia arroja;
 Su cuerpo al roble, por lo fuerte enoja,
 Su alma del mundo al lodazal no baja.

El pan que da el trabajo es más sabroso
 Que la escondida miel que con empeño
 Liba la abeja en el rosal frondoso,

Si comes ese pan, serás su dueño,
 Mas si del ocio ruedas al ocio,
 ¡ Todos serlo pensarán menos tú mismo.

POMPA.

Consejos morales.

No adelantes el discurso
 Sino para pensar bien,
 Que á veces imaginamos
 Lo que no ha sido, ni es.

Hasta la leña del campo
 Tiene su separación;
 Una sirve para santos,
 Otra para hacer carbón.

Nadie diga : bien estoy,
 Porque yo he solido estar
 En casa de balcónaje,
 Y ahora vivo en un solar.

Nadie diga en este mundo :
De esta agua no beberé;
Pues aunque la vea turbia,
Le puede apretar la sed.

En este mundo redondo
Quien mal anda mal acaba,
En casa del laborero
El que no es hablador

Más vale saber que haber,
Dice la común sentencia,
Que el pobre puede ser rico,
Y el rico no compra ciencia.

Considera, considera,
Y sigue considerando;
Los mayores imposibles
Se suelen vencer callando.

Aunque le veas ajado,
No desprecies el laurel;
Que algún día fué buen árbol,
Y puede reverdecer.

Procura reflexionar
Lo que puede suceder,
Porque es mejor precaver
Que tener que remediar.

(*Cantares populares.*)

Himno al Trabajo.

¡Siempre es padre el Señor! Cuando Él
Sus golpes mismos paternos son
Nos impuso el trabajo como pena,
Y aun esa pena es una bendición.

La vista del Señor colmaba un día
La gloria humana. El hombre la perdió;
Nuestra vida sin él quedó vacía,
El trabajo y sólo él nos la llenó.

Y si antes era el hombre rey del mundo
Por reflejar sin mancha el Sumo Bien,
Fuélo después por el sudor fecundo
Que en claras perlas coronó su sien.

Y allí el blasón de su nobleza nueva,
Sus títulos allí de propiedad;
Allí el mejor obsequio para Eva,
Allí el Edén de la segunda edad : —

El dulce Hogar, — alzado por sus manos,
Pagado con el oro del Amor,
Donde sus frutos rendirán los granos,
Donde las plantas abrirán su flor;

Y á cuya mesa, entre aura de jazmines,
Vendrá del cielo el cotidiano pan,
Como en alas de alegres serafines
Que á comerlo con él se sentarán.

Y Eva y su Adán, con tal amor y encanto
Querrán su nuevo familiar verjel
Que, si al hecho por Dios lloraron tanto,
Ya no trocarán éste por aquél.

Es obra del Trabajo... ¡Oh tú, mil veces
Bendita pena! ¡santa esclavitud!
¡Tu, que á los más humildes ennobleces,
Compañero y guardián de la Virtud!

Que cuando la Virtud bajó del Cielo
Te encontró á ti, su hermano terrenal;
Y tú consagras el placer y el duelo
Y huye de ti la tentación fatal.

Tú, amar la vida en la virtud nos haces,
Cual su lid bien lidiada al paladín,
Y amar la inmensa tierra, do te places
En señalar *tu* tierra y *tu* jardín ;

Y haces amar á los demás, que iguales
Ante tu ley, cuantos la cumplen, son ;
Y cada cual recibe sus formales,
Y tendrá cada cual su galardón.

¿Tu galardón? Lo gozas ya en ti mismo :
Tranquilo sueño, fresco despertar,
Conciencia en paz, fruiciones sin guarismo,
Salud aquí, derecho á descansar ;

Derecho á la Esperanza, que en el mundo
Y allende el mundo, siempre sonrió,
Aun sobre el cabezal del moribundo,
Al que *con su trabajo* la compró.

Derecho al sol! — á no evitar su vista
Ni la de hombre ninguno. — En tu lugar,
Tú, no por nacimiento, por conquista
Eres más rey que en su palacio el Czar.

Para ti la sonrisa de la tierra,
Que tú embelleces, que enriqueces tú,
Do sólo en ti la libertad se encierra
Como en el ocio eterna esclavitud.

Do faltas tú, todo es miseria y vicio;
Do llegas tú, la redención llegó.
La opulencia sin ti... ¡duro suplicio
Que al jornalero mísero envidió!

Tú y sólo tú — no el oro ni la espada —
Haces rica y potente á una nación.
La riqueza sin ti, vicia y degrada;
Y Dios la espada condenó al talión.

Naturaleza entera, esclava tuya,
Lámpara de Aladino es para ti.
Donde una vena aurífera concluya
Tú harás que otra mayor surja de allí.

Los astros mismos ríndente tributos,
Y sigue el Tiempo el rastro de tus pies.
Se acerca el sol por madurar tus frutos;
Llueve, para dar germen á tus mies.

Y á cada golpe de tu azada el Cielo
Responde fiel con una bendición:
Y pulsa agradecido, bajo el suelo,
De nuestra madre Tierra el corazón.

De pequeñas Causas grandes Efectos.

Yo ví una fuentecilla
De manantial tan pobre y tan escaso,
Que toda el agua pura que encerraba
 Pudiera reducilla
Al recinto brevísimo de un vaso.
Del pequeño arroyuelo que formaba
 Por ver en que paraba,
El curso perezoso fuí siguiendo,
Y ví que sin cesar iba creciendo
Con el socorro de agua pasajera
 En tal forma y manera,
 Que cuando lo he intentado
Ya no pude pasar al otro lado.

Yo ví una centellita
Que por caso á mi puerta había caído,
Y de su pequeñez no haciendo cuento
 Me fuí á dormir sin cuita :
Y estando ya en el sueño sumergido
Á deshoras, ¡ ay triste ! sopla el viento
 Y excita en un momento
Tal incendio, que el humo me despierta
La llama se apodera de mi puerta,
Y mis ajuares quema sin tardanza :
 Y yo sin esperanza,
 Desnudo y chamuscado,
Sólo pude escapar por el tejado.

Yo ví un vapor ligero,
Que al influjo del sol se levantaba
De la tierra, do apenas sombra hacía.

No hice caso primero;
Mas ví que por momentos se aumentaba,
Y luego cubrió el cielo, robó el día,

Y al suelo descendía
En gruesos hilos de agua que inundaron
Los campos y las mieses me robaron :
Y á mí que en su socorro fuí á la era,

Me llevó á la ribera,
Do hubiera perecido
Si no me hubiera de una zarza asido.

En fin yo ví en mi pecho
Las pasiones nacer y fácil fuera
En el principio haberlas contenido :

Mas pisando el derecho
Divino, entré del vicio en la carrera;
Y en él estoy del todo sumergido

Y le hallo un río crecido
Qué á todo bien obrar me corta el paso;
Hallo un voraz incendio en que me abraso;
Hallo una tempestad que me arrebatá

Y de anegarme trata :
Éste el efecto ha sido
De haber á la primer pasión cedido.

Fr. DIEGO GONZÁLEZ.

Himno á Dios.

¡Santo, Santo, Señor de los cielos!
¿Quién podrá definir tu grandeza?
¿Quién decir tu poder dónde empieza;
En qué espacio termina tu acción?

Para ti el infinito es un punto;
Mide el tiempo sus siglos en vano,
¡Y los orbes que brota tu mano,
Las arenas de un piélago son!

Obscureces tu ceño, y se enturbian
Moribundos sus vivos destellos,
En tu blanda sonrisa ven ellos
Su esperanza de vida inmortal.

Sin menguante prodigas tu influjo
Por la vasta extensión; y ¡ay! ¡el día
Que acortases tu soplo, sería
De una inmensa ruina señal!

¡Cuál publican tus obras augustas
Tu saber asombroso, insondable,
Ora des una esencia inefable
Á tus coros de Espíritus mil;

Ora á las leyes sublimes sujetes
Esos soles que beben sus lampos,
O en esmaltes de flores los campos,
Ó en el césped se arrastre el reptil!

Incansable renuevas de vida
Donde quiera el dichoso tributo;
Para darte el debido atributo,
Cada objeto recibe una voz.

Su rugir les has dado á los vientos,
Á las aves su canto sonoro,
Á los hijos de Adán el tesoro
De una lengua que ensalza á su Dios.

¿Quién no escucha tu nombre, del río
Y la selva en los dulces murmullos?
¿Quién no lo oye en los tristes arrullos
Ó en el fiero bramido del mar?

De las mismas esferas que cruzan
El espacio, la eterna armonía,
¿No es el himno que oyeron un día
De tu trono á los pies resonar?

Pero cántico alguno te place
Como el que alza ferviente á tu oído,
Ese ser que á tu gracia perdido,
Por tu sangre cobró su salud.

¡Oh! cuán bella, cuán grande es su suerte!
Mientras en arca de todo se encierra,
De cuanto himno te ofrece la tierra.
Es conducto de inmensa virtud.

Un espíritu angélico es su alma,
Peregrino en el mundo, sin verte
Te adivina y adora de suerte
Que sus ruegos instintos no son.

Pero así que se cumple el destierro,
Recobrando su ser primitivo,
En tu seno con gozo más vivo
Ángel, vuelve á seguir su canción.

Venga, venga, en unión con nosotros,
Redimido de un Dios predilecto,
Á extinguir esas dudas, efecto
De que ha visto el reinado del mal.

Reconozca que tú al tolerarlo
Ensalzar las virtudes quisiste,
Pues sin penas el triunfo no existe
Ni se alcanza una gloria inmortal.

¡ Salve, salve, Señor increado,
Manantial de perpetua delicia,
Centro eterno de paz y justicia,
Fuente y fin de la excelsa virtud!

En tu gran creación, al insecto
Más humilde un amparo previenes :
¡ Cielos, orbes, publiquen tus bienes!
¡ Providencia divina, salud!

SALVADOR SANFUENTES.

El Peregrino.

Era una noche de invierno,
Del invierno crudo y frío,
Obscura, sin una estrella,
Y de nieve y de ventisco;

Era más de media noche,
Y la puerta de un castillo
Resonaba al duro golpe
Del fuerte aldabón macizo.
Mucho aqueja al castellano
La visita y el ruido,
Que allá estaba junto al fuego
Bebiendo con sus amigos.
« Soy un pobre », el que llamaba
Con vos apagada dijo,
« Soy un pobre extraviado
Que no conoce el camino. »
Y gritóle el castellano :
« Vaya á otra parte el mendigo ». —
« Estoy solo y sin defensa,
Soy un pobre peregrino,
Y vengo de Tierra Santa
Muy cansado y busco asilo. »
— « Busque albergue en otra parte,
Que no se da en este sitio. »
— « Yo pagaré en oraciones
Por el señor compasivo ;
Daré del Santo Sepulcro
Un relicario bendito. »
— « Pase, le digo, adelante, »
Gritó el castellano altivo.
— « Señor, por piedad! » de nuevo
Dijo el pobre peregrino,
« Soy ya muy viejo, sin fuerzas,
Desnudo y muero de frío. »
Mas nada en esto apiadara
Al dueño de aquel castillo,

Que tenía el corazón
Cual mármol endurecido :
Antes bien se puso en pie
Y gritóle enfurecido :
« Parte el pobre enhoramala,
No me canse con sus gritos,
No despierte mis sabuesos
Ni mis halcones dormidos. »
Y tornó de nuevo al fuego
Y á beber con sus amigos.
« Adiós, señor », le responde
El pobre con un suspiro.
« Si llamáis á puerta ajena,
Dios os dé mejor destino. »
Larga y negra fué la noche
De vendaval y granizo :
Muy mucho sonaba el aire
Con triste horrendo silbido.
Poco durmió el castellano,
Porque su sueño indeciso
Fué turbado muchas veces
Por la memoria de un grito,
Por aquel ¡ay! doloroso
Que lanzara el despedido.
Desde entonces cada noche
Ha vuelto á escuchar lo mismo ;
Que á la mañana siguiente,
Cuando de perros seguido
Con el azor sobre el puño,
Sobre un caballo de brío,
Buscaba tímida garza
Por las orillas del río,

Olvidado del día antes
Y en la caza divertido,
Halló sobre el duro suelo,
En nieve casi sumido,
Amorotado y sin vida
Al infeliz peregrino.

JOSÉ BERMUDEZ DE CASTRO.

Los Niños.

(DE LONGFELLOW.)

Venid, buenos amiguitos;
Cuando escucho vuestros gritos,
Cuando miro vuestro juego
Mis pesares huyen luego.

Pues me abríis gentil ventana
Y á la luz de la mañana
Miro el agua cristalina
Y la inquieta golondrina.

Vuestras almas inocentes
Tienen pájaros y fuentes;
Vuestros libres pensamientos
Son cual ondas, son cual vientos.

En vosotros todo es canto,
Todo es luz; gozad, en tanto
Que mi helado invierno empieza;
Ya es de nieve mi cabeza.

Sin vosotros pequeñuelos
Mensajeros de los cielos,
¿Cuán estéril, cuán sombría
La existencia no sería?

Sois cual hojas que al anciano
Bosque dan verdor lozano,
Y en los aires se remecen,
Beben luz, y resplandecen.

Venid, niños bendecidos;
Quedo, quedo en mis oídos
Susurrad lo que suaves
Os contaron brisas y aves.

Vuestra atmósfera supera
Á la misma primavera
De los campos, con sus flores
Y sus blandos ruiseñores.

Con vosotros comparadas,
Poco valen las baladas,
Las poéticas leyendas,
Las ficciones estupendas.

Que la historia es sombra incierta,
Y los libros letra muerta;
Vuestra cándida alegría
Es viviente poesía.

M. A. CARO.

La Virtud.

Yo soy la paz benéfica,
 Del vicio la enemiga;
 Yo soy el nuncio plácido
 De la felicidad :

Del llanto melancólico
 Consuelo soy seguro;
 En mí halla puerto el náufrago
 En mí la dicha está.

CARLOS FRONTAURA.

La virtud es un tesoro
 Más duradero que el oro.

ID.

Estío.

Abre sus ojos la gentil mañana
 Como virgen de rubia cabellera
 Y en los picos de la alta Cordillera
 Prende su chal de vaporosa grana.

El apacible valle se engalana :
 Corre y murmura el agua placentera
 Y se abren, esmaltando la ribera,
 Gardenias de blancura soberana.

En el verde cendal de la espesura
 Se extremece en cambiantes el rocío,
 Y despiden las brisas más frescura;

Se bañan las palomas en el río,
 Mientras con loca y celestial dulzura,
 Pulsa su alegre cítara el Estío.

FERNANDO CELADA.

En el Jardín Zoológico.

I.

Con nostalgia de víctimas, la boca,
Y nostalgia de selva, la mirada,
Con la febril excitación del preso
Que su perdida libertad reclama,
En incesante batallar se agita
En su estrecho cubil la tigre hircana.
Nerviosa corre en torno de la reja,
Sacude y muerde las seguras barras,
Y el eco sordo de feroz rugido
Agita el aire de la estrecha jaula.
De su cubil en el rincón más hondo,
La cola tiende, las orejas para,
La piel repliega; la cerviz recoge,
Y como flecha, por el aire salta,
Recibe el golpe, por el suelo rueda,
Tiembla la reja de seguras barras,
Pero la fiera se levanta, gira
Y otra vez ruge, se repliega y salta.

II.

Del ya naciente sol de primavera
Un tibio rayo penetró en la jaula,
Y en tanto un viento perfumado y fresco
Que en los barrotes, al entrar, silbaba,
Llegó hasta el fondo de la jaula estrecha
Y acarició la fiera aprisionada.

Algo como una turba de recuerdos
Debió sentir y ver en esa ráfaga;
Algo como la arena del desierto,
Algo como las hojas de las palmas,
Algo como los ecos de los bosques,
Algo como perfume de montaña;
Porque se echó donde el reflejo tibio
Del sol de primavera, penetraba,
Y abrió los ojos al azul del cielo
Y abrió el pulmón á las tranquilas auras;
Tendió el hocico entre sus fuertes brazos,
Batió la cola y escondió las garras,
Nubló su frente sombra de tristeza,
Rugió un gemido su feroz garganta,
Y apareció una lágrima luciente
En la pupila de la tigre hircana.

DIEGO URIBE.

Premios.

I.

Allí va el soldado que á huestes extrañas
Tenaz combatió;
Triunfó sin bandera, dejó las montañas;
Ni hogar ni fortuna después encontró...
Sus padres murieron, llorando su ausencia,
Su esposa también...
Inválido arrastra su triste existencia,
Y enfermo y mendigo las gentes lo ven.

El prócer sus hecnos gloriosos olvida,
Ni amparo le da...
Fué un héroe, y por premio le amargan la vida,
Allí va el soldado... dejadle... allí va...

II.

Allí va aquel sabio que á propios y extraños
Un tiempo admiró;
En largas vigiliass pasóse los años,
Buscando secretos que al fin descubrió.

Ciñeron su frente; su estoica grandeza
Cantaron doquier...
Hoy viejo y enfermo, con luto y pobreza,
Su vida es un rudo tenaz padecer.

El prócer le olvida... ni ve su quebranto,
Ni amparo le da...
Confórmale sólo decir... ¡sabe tanto!
Allí va aquel sabio... dejadle... allí va...

III.

Allí va el artista; sus diestros cinceles
Labraron ayer
Estatuas que alcanzan eternos laureles,
Y en áureos palacios podémosla ver...

La fe de su genio buscaba la gloria,
Y al fin la alcanzó :
En bronce y en mármol le deja á la Historia
La efigie de muchos que el mundo admiró.

Mas él vive pobre, y enfermo, y aislado...
 Ninguno le da
 Un premio que alivie su mísero estado.
 Allí va el artista... dejadle... allí va...

IV.

Allí va el poeta, de lira gigante,
 El ser ideal.
 Su numen alcanza los vuelos del Dante;
 Homero le presta su aliento inmortal.
 No tiene en la vida placer ni consuelos,
 Ni dicha ni fe...
 Por eso atraviesa, mirando á los cielos,
 Los cielos, no el barro que oprime su pie.
 Si todos le miran cual loco mendigo,
 Ni pena le da...
 Las dichas que anhela, las lleva consigo.
 Allí va el poeta... dejadle... allí va...

JUAN DE DIOS PEZA.

Á América.

¡Ésta es España! Atónita y herida
 Bajo el peso brutal de su infortunio,
 Inerte yace la matrona augusta
 Que en otros siglos fatigó á la fama.

La que surcó los mares procelosos
Buscándote atrevida en el misterio,
Hasta que un día, deslumbrando al mundo,
Surgiste, como Venus, de las ondas.
Cegada por tu espléndida hermosura,
Al engarzarte en su imperial diadema
España te oprimió; mas no la culpes,
Porque ¿cuándo la bárbara conquista
Justa y humana fué? También clemente
Te dió su sangre, su robusto idioma,
Sus leyes y su Dios. ¡Te lo dió todo,
Menos la libertad! pues mal pudiera
Darte el único bien que no tenía.

Contéplala vencida y humillada
Por la doblez y el oro, y si te mueven
Á generosa lástima sus males,
El trágico desplome de una gloria
Que es también tuya, acórrela en su duelo.
¡Es tu madre infeliz! No la abandone
Tu amor, en tan inmensa desventura.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

La Muerte del Novillo.

Ya prisionero, y maniatado, y triste
Sobre la tierra quejumbroso brama
El más hermoso de la fértil vega,
Blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado ;
El bruto ve con tímidez el arma ;
Rompe el acero palpitantes nervios :
Chorros de sangre la pradera esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo ;
El arma brilla purpurina y blanca ;
Se queja el bruto y forcejando tiembla,
El ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolinando por el aire, vuelan
Los negros *guales*¹ de cabeza calva,
Fijan el ojo en el extenso llano
Y al matadero, desbandados, bajan.

Brama escarbando el arrogante toro
Que oye la queja en la vecina pampa,
Y densas nubes de revuelto polvo
Caen en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
Corre el ganado por las verdes faldas,
Huele la sangre... y el olor á muerte
Quejas y gritos de terror le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible,
Por eso lloran la común desgracia
En ese clamoroso *de profundis*
Que todos ellos á los vientos lanzan.

EPIFANIO MEJÍA.

1. Gallinazas.

La Ciencia.

La ciencia es el *Fiat-Lux*. Verbo fecundo
Que rasgando la noche
Del espíritu humano, le deslumbra ;
Y cual brotara de la sombra el mundo
Á la voz del Eterno, así su rayo
Una creación al pensamiento alumbra.

El alma por la ciencia iluminada
Despiértase del Orbe á la poesía,
Como al beso de amor la desposada,
Como la tierra despertó, besada
Por la fecunda luz del primer día.

Ciencia, antorcha de Dios, que sacudiendo
Tus vívidos reflejos,
En el hondo horizonte de los siglos
Alumbras las edades y á lo lejos
Iluminas los faros de la gloria
En las remotas cumbres de la historia ;

Ciencia, rayo de luz, ráfaga hermosa
De la diadema del Señor caída,
Ala en que se levanta poderosa,
El alma, del instante de la vida
Y en lo infinito piérdese radiosa.

Ciencia, mirada audaz, allá siguiendo
En los abismos del vacío profundos

De los cometas pálidos los rastros,
Rasgando la cortina de los mundos
Por saber el misterio de los astros.

Desprende el rayo de la nube ardiente
Y mudo le encadena;
Y esa sierpe de fuego que terrible
Rasga el nublado y el confín atruena
Hoy, sumisa, obediente,
Lleva en un hilo de metal flexible
Del hombre la palabra inteligente.

¿Dónde está la distancia? Entre la espuma
De las salvajes olas del Atlante,
Fiero corcel del mar, su crin de bruma
Sacudiendo el vapor pasa triunfante.
Alma que infunde á la materia el hombre,
Con indomable empuje
El vasto espacio devorando, ruje,
Atrás deja los ríos,
Traspone las montañas,
Los bosques, los desiertos y los valles...
¡Paso libre al vapor! ¡En las entrañas
Del Aculzingo se abrirá sus calles!
Ante esa faja caprichosa y leve
Que se pierde en los mares
Y se rasga al cruzar las sementeras,
No existen valladaras
Y se acercan amigas las fronteras.
¡Paso libre al vapor! Símbolo escaso
Es del genio del hombre, que anhelante
Marcha gritando : « ¡Paso!
La voz del Porvenir es ¡Adelante! »

Sí, la ciencia es la luz. En vano el cielo
Pretende deslumbrar el ojo humano
Con su fúlgido sol, ó en denso velo
De negras sombras esconder su arcano :

 En vano el mar sus olas
Sobre el bajel desplomará ; la tierra,
 En su seno fecundo,
La edad en vano guardará del mundo ;
Del libro de la ciencia prodigioso
Páginas son las sombras del abismo,
 Y allí la Geología
 Encontrará el bautismo
De la creación en su primero día.

En vano donde quier naturaleza
 Ocultará el tesoro
De los secretos mil de su grandeza,
Desde el cortejo de sus astros de oro
Hasta la pobre flor de la maleza.
Rey de lo criado, el hombre se levanta
 De pie sobre imperio,
Su corona es un sol, la inteligencia,
Y sacude la antorcha de la ciencia
Y se rasgan los velos del misterio...

¡La gloria es del saber ! Cual se levantan
Del Egipto en las mudas soledades
Las gigantes pirámides, erguidas
 En eternos cimientos,
En la extensión así de las edades
Se levantan soberbios monumentos
Al genio del saber ; y ante su basa
El siglo llega, se arrodilla... y pasa.

Grecia vive magnífica en la Historia
Con el recuerdo de oro
Del arte y la poesía;
Aun parece que oímos el sonoro
Idioma de Tucídades y Homero
Brotando en armonía,
Y contemplamos á Platón severo
Sentado en Sunio, meditando á solas
Su grandiosa república, soñada
Al estruendo solemne de las olas.

Roma también. Pasaron sus legiones
Con su pompa marcial y sus laureles,
Trotaron de Alarico los corceles
En los templos de Júpiter, del solio
Se eclipsó el esplendor, y ni las sombras
De los Césares guarda el Capitolio.
Se ausentaron los Dioses y los reyes,
Pero ante el mundo, Roma
Quedó inmortalizada por sus leyes.

¡La gloria es del saber! ¡ De él es el mundo!
¡ De él ese rico porvenir naciente
Cuyos albores reflejarse miro,
Hermana juventud, sobre tu frente!

¡ Oh grata juventud, vívida aurora
Que ardiente llegas prometiendo el día
De la paz bienhechora
Al turbio cielo de la patria mía;
Juventud, manantial de inspiraciones,
Alma toda alborada en que se agita
Un enjambre de nobles ambiciones;
Foco de vida, nido de esperanza,

Corazón de la Patria en que palpita
La fe en el porvenir y la confianza,
Tú eres fuerza y poder! Tú eres el brazo
En que la patria buscará su apoyo
Para seguir altiva su camino,
Y reposar al fin en el regazo
Del ángel tutelar de su destino.

Vida le dieron nuestros padres héroes,
Lauros y libertad dióle la guerra;
¡Que la paz y el saber le den la dicha!...
Y el poder de esa dicha en ti se encierra.

¡Que el ángel del Progreso
Traiga á mi Patria su divino beso!
Y con él al ungir sus sienes bellas,
Encuentre, Juventud, que salpicaste
Su oliva y sus laureles con estrellas.

MANUEL M. FLORES.

La Vuelta del Recluta.

La tarde se apaga, y abajo la aldea
Blanquear entre sauces y pinos se ve;
Rebaños que bajan al valle, vadean
El río que lame del monte los pies.

Los ecos repiten la voz quejumbrosa
Que da el campanario llamando á oración;
Y aquel caminante descúbrese y ora,
La frente en la mano que empuña el bordón.

¿Quién es? De su blusa los rojos jirones
A un digno soldado disfrazan quizás :
Es Pablo el recluta : partió bello y joven,
Los soles le han vuelto morena la faz.

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas
Mojaron, los campos natales al ver...
Su amor y una madre dejó á la partida
¡ Ni madre ni amada le esperan tal vez !

Risueño y gozoso saluda encontrando
Al joven amigo que nunca olvidó.
¡ Ay! ¡ cómo los soles del sur le cambiaron !
Tan sólo responden : « ¡ Bendígate Dios! »...

Teresa, la niña que tanto le amaba,
Que en lágrimas tibias bañóle al partir,
Hilando á la puerta de alegre cabaña
Jugar á sus hijos contempla feliz.

Detiene el viajero la marcha, y ahogan
Profundos sollozos su trémula voz;
Teresa, temblando, cree ver una sombra...
Su tez ha perdido de rosa el color.

Fué sólo un recuerdo... Los niños la abrazan
Mirando al mendigo con miedo infantil;
Dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas,
Volviendo en silencio la marcha á seguir.

Sus ojos nublados la choza paterna
Descubren. Es noche. Responde á su voz
El viento que cruza la estancia desierta :
La muerte ha dos años su hogar apagó.

La luna al ponerse le vió solitario
Subir la montaña, camino del sur...
En torno del fuego medrosos aldeanos
Que vieron su sombra refieren aún.

JORGE ISAACS.

La Locomotora.

(FRAGMENTO.)

¿No veis? Ya rueda. De su entraña hirviente,
Que bulle cual la lava del volcán,
Arroja larga flecha de humo ardiente
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza á las nubes estridente grito
En su hálito de fuego abrasador,
Y corre, arrebatando al infinito
El ala del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,
En su seno palpita el frenesí,
Y el monstruo vuela á devorar las horas,
Y el tiempo y el espacio y el confín.

Más que el torrente que á la mar ligero
Se arrastra en pavorosa rapidez,
Agitando sus músculos de acero
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apenas que la tierra toca
Pasando como el rápido aquilón
Y olas vomita de su ardiente boca,
Jadeante con hórrido estertor,

Y el muro, el árbol, la montaña, el río,
Todo se ve en su vértigo girar,
Como sombras de un loco desvarío
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce, retemblando el suelo,
Sus huellas de rocío y de carbón;
Mientras fluctúa en el azul del cielo
Cual larga nube su penacho en pos.

CARLOS A. SALABERRY.

¡Dios!

¡Señor, yo te conozco! La noche azul, serena,
Me dice desde lejos : « Tu Dios se esconde allí ; »
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice más pujante : « Tu Dios se acerca á ti. »

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que bogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crujiente són,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido aquilón.

¿Quién ante Ti parece? ¿Quién es en tu presencia
Más que un arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el día; tu soplo es la existencia;
Tu alfombra el firmamento; la eternidad tu sér.

¡Señor, yo te conozco! mi corazón te adora;
Mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al arpa del poeta,
Si mi Señor bajara su espíritu inmortal,
Mi corazón henchido del fuego del profeta
Cantara y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera más dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por el aura del oloroso Abril,
Más grata que del Fénix las últimas congojas
Y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Más grave y majestuosa que el eco del torrente
 Que cruza del desierto la inmensa soledad,
 Más grande y más solemne que sobre el mar hirviente
 El ruido con que rueda la ronca tempestad.

Mas ¡ay! que sólo puedo postrarme con mi lira
 Delante de esas nubes con que ceñido estás,
 Porque mi acento débil en mi garganta espira
 Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
 Y aunque mi vista impura tu aparición no ve,
 Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
 Te adora en esas nubes mi solitaria fe.

JOSÉ ZORRILLA.

El Hijo ingrato.

Suspiros lanza una fuente,
 Mirando alejarse el río :
 — ¿Por qué anhelas, hijo mío,
 Perderte en esa corriente?

¿Sabes tú que si me dejas
 Va contigo mi alegría?
 — No estés triste, madre mía;
 Deja de exhalar tus quejas;

Satisfechos mis antojos,
 Vendré de nuevo á besarte...
 Dice el insensato, y parte
 Sin volver atrás los ojos.

La fuente queda llorando,
Sumida en dolor profundo,
Y él corriendo por el mundo
Va sus aguas engrosando.

Arroyuelos vanidosos,
Lluvia, nieve, torrenteras,
Con tributo, á sus riberas
Todos llegan ufanosos.

— ¡ Soy rey ! exclama el menguado,
De orgullo desvanecido ;
Traigo séquito lucido
Y al mundo deajo asombrado...

Y raudo siempre corría,
Y el caudal acrecentaba,
Y el ingrato se olvidaba
De la fuente que gemía.

Si ahora volviese á verme,
Decía entre sí el mal hijo,
Mi humilde madre, de fijo
No pudiera conocerme...

Y con ímpetu ardoroso
Prosigue su ruta ciega ;
Y crece, y crece... y se anega
Dentro del mar tempestuoso.

L. RATISBONE.

Al caer la Tarde.

Mirad á lo lejos el vasto occidente
Poblado de nubes de vario color ;
Brillante cortejo del sol esplendente
Que apaga en los mares su vivo fulgor.

Miradlo teñido de verde esmeralda
Con ráfagas sueltas de rojo carmín,
Y á trechos manchado de azul y de gualda,
Y á trechos con cintas de rosa y jasmín.

¡Cuán rico está el cielo con esa belleza,
Memoria del día que acaba de arder,
En tales momentos de dulce tristeza
Que inunda el alma de etéreo placer!

¡Cuán lleno de encanto se ostenta el paisaje
Que el último rayo refleja del sol,
Del sol que las copas del fresco bosque
Con orlas circunda de claro arrebol!

¡Qué hermoso está el valle que oculto florece
Guardado por montes de enhiesta cerviz,
Y al fin de la tarde dormirse parece
Con ledo abandono y en sueño feliz!

¿No veis cómo al nido los pájaros vuelan?
¿No oís el murmullo del claro raudal?
¿No halláis que apacibles el alma consuelan
Los vagos rumores del aura estival?

¡Oh sol de poniente! Mi pecho te adora
Mirándote en solio de grana y tisú;
Cual dulce esperanza, muy dulce es la aurora;
Cual triste recuerdo, más bello eres tú.

ANTONIO ARNAO.

« **Éste era un Rey... »**

(CUENTO.)

Ven, mi Juan, y toma asiento
En la mejor de tus sillas;
Siéntate aquí, en mis rodillas,
Y presta atención á un cuento.

Así estás bien, eso es,
Muy cómodo, muy ufano,
Pero ten quieta esa mano;
Vamos, sosiega esos pies.

Éste era un rey... me maltrata
El bigote ese cariño.
Éste era un rey... vamos, niño,
Que me rompes la corbata.

Si vieras con qué placer
Este rey... ¡Jesús! ¡qué has hecho!
¿Lo ves? en medio del pecho
¡Me has clavado el alfiler!

¿Y mi dolor te da risa?
Escucha y tenme respeto;
Éste era un rey... deja quieto
El cuello de mi camisa.

Oír atento á la ley
Que á cumplir aquí te obligo...
Deja mi reloj... prosigo,
Atención. Éste era un rey...

Me da tormentos crueles
Tu movilidad, chicuelo,
¿Ves? has regado en el suelo
Mi dinero y mis papeles..

Responde : ¿me has de escuchar?
Éste era un rey... ¡Qué locura!
Me tiene en grande tortura
Que te muevas sin parar.

Mas ¿ya estás quieto? Sí, sí,
Al fin cesa mi tormento...
Éste era un rey, oye el cuento
Inventado para ti...

Y agrega el niño, que es ducho
En tramar cuentos á fe :
« Éste era un rey... ya lo sé
Porque lo repites mucho.

Y me gusta el cuentecito
Y mira, ya lo aprendí :
Éste era un rey... ¿no es así?
¡Qué bonito! ¡Qué bonito! »

Y de besos me da un ciento,
Y pienso al ver sus cariños :
Los cuentos para los niños
No requieren argumento.

Basta con entretener
Su espíritu de tal modo
Que nos puedan hacer todo
Lo que nos quieran hacer.

Con lenguaje grato ó rudo
Un niño, sin hacer caso,
Va dejando paso á paso
Á su narrador desnudo.

Infeliz del que se escama
Con esas dulces locuras ;
¡ Si estriba en sus travesuras
El argumento del drama !

¡ Oh Juan ! me alegra y me agrada
Tu movilidad tan terca :
Te cuento por verte cerca
Y no por contarte nada.

Y bendigo mi fortuna,
Y oye el cuento y lo sabrás :
« Era un rey á quien jamás
Le sucedió cosa alguna. »

JUAN DE DIOS PEZA.

El Vicio.

El vicio, que el mal desata
Con torpe solitud,
Flores bellas arrebatada
Del campo de la virtud.

Y la flor que el vicio toma,
Una vez envilecida,
Ni su color ni su aroma
Vuelve á cobrar en la vida.

Querido niño, no olvides
Que tú también eres flor :
Guárdate de los ardides
Del vicio fascinador.

CARLOS FRONTAURA.

En la orilla de la Mar.

(FRAGMENTO.)

Á la sombra de un uvero,
Entre espeso matorral,
Una choza se divisa
En la orilla de la mar.

Otra alguna no hubo nunca
En aquella soledad;
De unos pobres pescadores
Era el único solar.

Nadie es dueño de ese valle;
Y la costa en él es tal,
Que no quieren las piraguas
En las playas atracar.

Vivió allí por largo tiempo,
Pobremente, pero en paz,
Un anciano con los suyos,
Sin pedir al cielo más.

Vió llegar después un año
Tan aciago, tan fatal,
Que quedó casi desierto
Su olvidado y pobre hogar.

¡Qué de afectos inmolados
Por la muerte sin piedad!
¡Qué de golpes para un pecho
Tan cansado y débil ya!

El anciano hoy sólo tiene,
Prendas de ese amor y afán,
Una nieta y unas tumbas
En la orilla de la mar.

JOSÉ A. CALCAÑO.

A unas Flores.

Estas que fueron pompa y alegría
Despertando al albor de la mañana,
Á la tarde serán lástima vana
Durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz, que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana;
¡ Tanto se aprende en término de un día !

Á florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron :
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron :
En un día nacieron y expiraron,
Que, pasados los siglos, horas fueron.

CALDERÓN DE LA BARCA.

De un Astrólogo.

Yace un astrólogo aquí,
Que á todos pronosticaba,
Y que jamás acertaba
Á pronosticarse á sí.
De una coz y mil molestias
Le mató una mula un día :
Que entiende la astrología
Al cielo, mas no á las bestias.

LOPE DE VEGA.

Mi Maestro.

I.

Toda, toda apacible
Tarde ó mañana
Veo pasar por frente
De mi ventana
Á un venerable anciano
Que se encamina
Á donde el agua corre
Y el ave trina;
Y experimento al verle
Gozo tan santo
Que se arrasan mis ojos
En dulce llanto
Y oro por él, con ellos
En lo alto fijos,
Como oran por los padres
Los buenos hijos.
Es que debió á ese anciano
Mi inteligencia
Circundada de sombras
La primer ciencia
Y esta ciencia mi alma
Llena de encantos
Mostrando lo que dicen
Sabios y santos.

II.

Teniéndome aun mi dulce
Madre en la falda,
Ví unos libros muy viejos
En una balda,
Y como preguntase
Cual su objeto era,
Me lo explicó mi madre
De esta manera :
« Esos se llaman libros
Y son los labios
Con que lo enseñan todo
Santos y sabios,
Pero hablan una lengua
Que sólo entienden
Los que antes de escucharlos
Tal lengua aprenden.
Yo te llevaré al docto
Señor maestro
Para que en esa lengua
Te ponga diestro,
Y verás como entonces
Hallas encantos
En oír lo que dicen
Sabios y santos. »

III.

El anciano que toda
Tarde y mañana

Veo pasar por frente
De mi ventana
Me enseñó con lecciones
Y con consejos
La lengua de los libros
Nuevos y viejos,
Y encuentro desde entonces
Dulces encantos
En oír lo que dicen
Sabios y santos.
Anciano venerable
Que con tal ciencia
Enriquecer supiste
Mi inteligencia,
Sigue, sigue buscando
La paz augusta
De la naturaleza
Que á ambos nos gusta;
¡Que cuando esos collados
Verdes traspones,
Amorosas te siguen
Mis bendiciones!

ANTONIO DE TRUEBA.

La Vida del Campo.

Cuando la aurora baña
Con helado rocío
De aljófara celestial el mo y prado,
Salgo de mi cabaña

Riberas deste río
Á dar el nuevo pasto á mi ganado :
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debajo un sauce ó pino,
Oyendo el són de las parleras aves,
Ó ya gozando el aura,
Donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche oscura
Con su estrellado manto
El claro día en su tiniebla encierra.
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pie de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento ;
Y el corazón contento,
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta
Del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera
Con la manzana hermosa
De gualda y roja sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada ;
Aquí de la enramada
Parra que el olmo enlaza

Melosas uvas cojo,
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío,
Membrillos que coronan este río.

No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el noble pecho infama :
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,
Que algún rey la envidiara,
Y de ti, fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros,
Sustentos pobres, pero bien seguros.

Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento,
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento ;
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goze yo del suelo
Al aire, al sol, al hielo
Ocupado en mi rústico ejercicio,
Que más vale pobreza
En paz, que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso,
 Ni al rico lisonjeo,
 Ni soy camaleón del que gobierna :
 Ni me tiene envidioso
 La ambición y deseo
 De ajena gloria, ni de fama eterna :
 Carne sabrosa y tierna,
 Vino aromatizado,
 Pan blando de aquel día,
 En prado, en fuente fría,
 Halla un pastor con hambre fatigado,
 Que el grande y el pequeño
 Somos iguales lo que dura el sueño.

*LOPE DE VEGA.

El Herrero de Aldea.

Bajo el amplio follaje de un castaño
 El herrero en la fragua de la aldea
 Aviva el fuelle, y el fogón chispea,
 Sin tregua, todo el año.

De grave continente y faz serena ;
 Tiene el cabello largo, negro y rizo,
 Brazos de fleje, músculo macizo,
 Mirada franca y llena.

Mano grande nervuda, hecha de acero,
 Corteza de curtir puesta en la cara
 Que el sudor de su frente honrada ara...
 ¡Qué hombre es el herrero!

Desde el amanecer los lunes arde
 La forja, y da la torre de la aldea,
 Al compás del martillo que golpea,
 La oración de la tarde

Los niños miran, al pasar, que vuela
 La llama en lenguas por opuestos lados,
 Y á la puerta se apiñan encantados,
 Viniendo de la escuela.

Amigo, adiós, trabaja, goza y gime...
 El yunque y el martillo al sol y al agua
 Nos dejan en tu lágrima y tu fragua
 Una lección sublime.

H. W. LONGFELLOW.

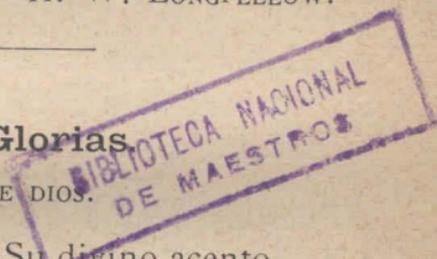
Dos Glorias

LA DE DIOS.

¡Él solo es grande! Su divino acento
 Sacó los mundos de la obscura nada;
 Con la célica luz de su mirada
 Los astros inflamó del firmamento.

Vióse la tierra al soplo de su aliento
 Por innúmeros seres habitada :
 Dictó á la creación ante Él postrada,
 La ley de su inefable pensamiento.

Cuanto es y ha sido, en himno misterioso,
 Cantan su inconstable omnipotencia,
 Loando al par prodigio más hermoso :



Libre hizo al hombre con sin par clemencia;
Dióle, en el Hijo Redentor glorioso;
Y eterna palma le dejó en herencia.

LA DEL HOMBRE.

¡Débil nace! Tristísimo vagido
Es de su aliento la señal primera,
El dolor con sus lágrimas le espera,
Áspid entre las flores escondido.

Con sudor de su frente desprendido
Come su pan en la vital carrera:
Dardo invisible de la muerte fiera
Cuando sueña en gozar le postra herido.

Mas si nunca al vivir dichas alcanza
Su corazón, para gozarlas hecho,
Vida inmortal le anuncia la esperanza;

Pues le dice una voz dentro del pecho:
« Te hizo Dios á su propia semejanza,
Y á su eterna visión tienes derecho. »

ANTONIO ARNAO.

Cuento.

Cuentan de un sabio que un día
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas hierbas que cogía.

¿ Habrá otro (entre sí decía)
Más pobre y triste que yo ?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hierbas que él arrojó.

CALDERÓN.

Fortaleza.

Aunque el dolor tu pecho,
Con ruda mano sin piedad destroce,
Sufre sin que, indiscretas,
À sus ojos las lágrimas asomen.

El alma se engrandece
En medio de la lucha y los dolores,
Igual que la pupila
Se dilata en las sombras de la noche.

Del pedernal y el hierro
Surge la chispa al repentino choque,
Y las fecundas mieses
Brotan del suelo que el arado rompe.

Hiere el cincel el mármol
Y en escultura se convierte el bloque ;
Hiere el dolor el alma,
Y en héroe ó mártir se convierte el hombre.

No muestra en la bonanza
Su valor el marino, ni en los goces
Y la quietud su esfuerzo
Y su viril constancia el pecho noble.

Es preciso que el cielo
Se cubra de plumizos nubarrones,
Y que del mar las olas
El huracán encrespe y alborote.

Y es preciso que el alma
Hiera el dolor; que al recibir el golpe,
Prueba que es barro, al deshacerse el barro,
Y prueba el bronce, al resonar, que es bronce.

MANUEL DE SANDOVAL.

Fantasia nocturna.

« Para mí da la tierra tantos frutos,
Nada el pez, paca el bruto, el ave anida,
Dos mundos ciñe el mar, luce la luna,
Alumbra el sol, y las estrellas brillan. »
Así en la humilde grama reclinado,
Vuelta al cielo la frente envanecida
Soñaba el hombre, y de natura toda,
Señor, árbitro y dueño se imagina.

En la copa de un álamo cercano
Una águila caudal posaba altiva,

Tal como ardiendo el rayo entre sus garras
Al pie de Jove se ostentara un día :
« ¿Quién como yo? (con su ademán clamaba)
Las aves por su reina me apellidan :
Si me place abatirme hasta la tierra,
Cruzo de un vuelo la región vacía,
Y el rumor de mis alas al ganado
Y al mísero pastor atemoriza ;
Si me place, remóntome hasta el cielo ;
Clavo en el sol la penetrante vista,
Y la nube que aterra al débil hombre
Miro bajo mi planta suspendida. »

Al pie del árbol mismo entre la hierba,
La luciérnaga apenas relucía ;
Mas no menos sus títulos de gloria
Recordaba á la par desvanecida :
« Los prados me dió el cielo por recreo,
Las flores por morada y por delicia ;
Para mí solo el céfiro las abre,
Las tiñe el sol, y el alba las rocía ;
Me apaciento en la tierra como el bruto ;
Las alas bato como el ave altiva :
Doy luz al hombre, que camina á ciegas,
Y alguna estrella mi esplendor envidia. »

Entretanto los astros lentamente
Por el cielo su curso proseguían ;
La tierra reposaba silenciosa,
El mar en la ribera se dormía...
Mas con un soplo el viento meció el árbol,
Y al águila ahuyentó despavorida ;

Desgajóse una rama, y turbó el sueño
Del que señor del orbe se creía;
Y al miserable insecto hundió en el polvo
Una hojilla del árbol desprendida.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

¡Arriba!

Érase una mariposa :
Llena de vida y de galas,
Fué en cierta tarde sus alas
Á batir sobre una rosa;
Mas viendo, casi envidiosa,
Á un ave alzarse del suelo,
Pensó : — ¡Dichoso tu vuelo,
Que tanto poder encierra!
¡Yo, casi raso la tierra!
¡Tú, casi tocas al cielo!

Y aunando, á la otra mañana,
Su fe con su afán profundo,
Y siendo aquélla en el mundo
Poder que todo lo allana,
La mariposa galana,
Dejando arbustos y flores,
Sus alas y sus colores
Logró elevar prontamente
Á aquel azul transparente,
Divisa de sus amores.

Ya va el vuelo encaminando
Siempre arriba, y sube, y sube :
Ya remonta aquella nube,
Y siempre, siempre volando :
Y con la fe van cobrando
Tal vigor sus alas bellas,
Que hace pensar si en aquellas
Alturas vertiginosas
Serán también mariposas
Los soles y las estrellas.

Mas, vanos son sus afanes,
Que ya se irrita el coloso :
Ya se escucha el espantoso
Rugir de los huracanes;
Ya se acercan los titanes
Del rayo en vuelo maldito;
Después... combate inaudito;
Más tarde... calma espantosa.
Y restos de mariposas
Vagando en el infinito.

¡ Paso al alma, humanidad!
Ella, si la fe le guía,
Es mariposa que ansía
Vivir en la inmensidad!
¿ Qué importa la tempestad
Volando juntas las dos?
¿ Qué le importa al alma, en pos
De su objeto caer inerte,
Si en el umbral de la muerte
Sale á recibirla Dios?

A. G. S.

El Artista.

¡Dadle aire, luz, espacio... Tended ante su vista
De un horizonte de oro
La vaga inmensidad!

¡Dejadle libre y grande! Dejadle... es el Artista;
Su numen es el genio, su sueño la conquista,
Y tiene dos amores :
La Gloria y la Beldad.

De niño, cuando sólo resbala por la frente
El fuego casto y suave
Del beso maternal,
Su frente de poeta, ya pálida y ardiente,
Estaba pensativa... Poblábase su mente
De imágenes y sueños
De un mundo celestial.

La aurora, el sol de fuego, la misteriosa calma
De la sagrada noche,
Los astros del Señor;
La brisa que sacude las hojas de la palma,
La sombra y el silencio, hablaban á su alma
En un idioma vago
De dichas y de amor.

Le habló con sus rumores la selva centenaria,
Le habló con su murmullo
La brisa del pinar;

Y en la remota playa, ardiente y solitaria,
Oyó cómo entonaban magnífica plegaria
 Los vientos y las olas,
 Los tumbos de la mar.

Y alzó su frente altiva bañada por el día,
 En fuego la mirada,
 En fuego el corazón;
Y cuando al mundo quiso decir lo que sentía,
Una arpa entre sus manos, temblando de armonía,
 Para cantar su alma
 De súbito encontró.

Amó... cantó la dicha... Después... vino el tormento.
 Amor ¿no eres acaso
 Del corazón la cruz?...

Pero es para el artista fecundo el sufrimiento;
Allí la ciencia aprende del grande sentimiento,
 De aquella triste sombra
 Despréndese la luz.

Él es el alma inmensa. La humanidad entera
 Palpita en el misterio
 De su alto corazón.
Es el latido de ella; por ella cree y espera,
Por ella sufre y llora, por ella desespera,
 Por ella del martirio
 Levántase hasta Dios.

Así cura el poeta la senda de la vida.
 La paz de la ventura
 No se hizo para él.

Le ignora la fortuna, el porvenir le olvida,
Pero su frente triste y pálida va ungida
Con yo no se qué beso
Del cielo en su laurel.

¿Qué importa á su gran alma la dicha transitoria
Del oro, la fortuna
Y el rápido placer?...
Escrita con la cifra de bronce de la historia
Tal vez al mundo deja la página de gloria
Que el golpe de la suerte
No puede ya romper.

¡Dadle aire, luz, espacio! ¡Tended ante su vista
De un horizonte de oro
La vaga inmensidad!
¡Dejadle libre y grande! Dejadle... es el Artista,
Su numen es el genio, su sueño la conquista,
Y tiene dos amores :
La Gloria y la Beldad.

¡Dejad que su alma sueñe, dejad que su alma espere
Y que su vuelo tienda
Del ideal en pos!
La gloria de sus sueños es gloria que no muere...
Espíritu sublime que lo infinito quiere,
Está lejos del mundo
Porque se acerca á Dios.

M. M. FLORES.

La Escuela.

(ROMANCE.)

¡Cómo se parece, padre,
Mi colegio á una colmena!
El maestro es el rey allí,
Los muchachos las abejas
Que del panal de los libros
Sacan la miel de la ciencia,
Que en nuevos libros el tiempo
Convertirá en ciencia nueva,
Y, en fin, zánganos los que,
Por ignorancia ó por tema,
Necesitando instrucción
Prefieren seguir sin ella,
Y al verlo pasan de largo
Sin reparar en la puerta.

X

Escuela y colmena en otras
Mil cosas se diferencian,
Que en la una se educa sólo
Una abeja para reina,
Y en la otra á todos se da
Alas con que serlo puedan.
En una la miel defienden
Del que recogerla intenta;
De la otra salen á miles
Á repartirla y cederla.

La miel en la una en el año
Se hace y en él se aprovecha,

Y es en la otra la labor
Bastante más duradera,
Y en cambio más apreciada
Por el producto que engendra;
Pero la miel se acaba presto,
Pero la ciencia es eterna.

En una matan los zánganos
Así que el invierno llega,
Y los llaman en la otra
Para que estudien y aprendan,
Y á veces de muchos de ellos
Consiguen de genio pruebas.

Si la labor incesante
Alabáis de las colmenas,
Nunca paséis con desdén
Por delante de una escuela,
Que allí el porvenir se funde
Y allí el secreto se encierra
De otras futuras edades
Que habrán de juzgar la vuestra.

X...

Último Canto.

Ni temo el odio, ni el desdén me irrita,
Ni late el corazón, ni el alma inquieta
Con la imagen de un lauro de poeta,
Goza feliz, ni férvida palpita.

El fuego de la gloria no me agita :
No está mi vida á la ambición sujeta ;
Mi más bella ilusión es cruel saeta,
Mi esperanza mejor es flor marchita.

—Versos... delirios... lágrimas, anhelo...
Nubes y nieblas son en mar sombrío ;
Ni espero bien, ni de mi mal me duelo,

Sus alas pliega el pensamiento mío,
Y fijando los ojos en el cielo,
Tan sólo en Dios y en su bondad confío.

RAFAEL MENDIVE.

Pobres Niños.

No llores, niño inocente,
Porque el tapiz de tu lecho,
En mil harapos deshecho,
No conserve tu calor ;
No llores, no, si una madre
Tienes que, en su seno amigo,
Ofreciéndote un abrigo,
Te acaricia con amor.

Eres más feliz que el huérfano
Que duerme en casa suntuosa,
Sin que sus labios de rosa
Cierre el beso maternal,

Que mientras él se desvela
Sin que le aduerma un cariño
Tú lo encuentras, pobre niño,
Y hallas alivio á tu mal.

Él no, y es un inocente
Como tú, ¡y es tan hermoso!
Y es como tú, candoroso;
Los dos vivís una edad,
Y los dos lloráis; tú, pobre,
Lloras temblando de frío
Y el otro llora ¡hijo mío!
Sin saberlo, su orfandad.

¡Ah! no lloréis, mis queridos,
Que hay para los dos un cielo,
Para los dos un consuelo,
Un manto para los dos;
Hay una virgen que vela
Por los niños desgraciados,
Y deja á los afortunados
Para que los vele Dios.

ALVÁREZ.

Consuelo celestial

Dime, Padre común, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude al tribunal augusto?

Que me cegó el orgullo satánico del hombre,
Y en mi ánimo turbado la duda penetró;
Y se olvidó mi labio de pronunciar tu nombre,
Y de mi mente loca tu imagen se borró.

Es cierto... ; pero escucha!... De niño te adoraba,
Al pie de tus altares, mi madre me llevó...
Llorando arrodillada, la historia me contaba
Del Gólgota tremendo, cuando Jesús murió.

Y ví sobre tu rostro la angustia y el quebranto,
Caía sobre tu frente la sombra de una cruz,
Tus lágrimas rodaban y negro era tu manto...
Todo de un cirio pálido á la siniestra luz.

Entonces, era niño, no comprendí tu duelo;
Pero te amé, Señora, ;tú sabes que te amé!
Que dulce, inmaculado, alzábase hasta el cielo
El infantil acento de mi sencilla fe.

Por esa fe de niño, por el ardiente ruego
Que al lado de mi madre, con ella repetí,
;Virgen del infortunio, cuando á tus plantas llego,
Virgen del infortunio, apiádate de mí !

Tú miras, Reina augusta, la senda que cruzamos;
Con llanto la regaron generaciones cien ;
Á nuestra vez nosotros, con llanto la regamos,
Y las que vengan luego, la regarán también.

Á nuestro paso, vamos dejando en sus abrojos
Pedazos palpitantes del roto corazón ;
Y andamos, y andamos y no hallan nuestros ojos
Ni tregua á la jornada, ni tregua á la aflicción.

Más, tú eras la esperanza, la luz y el consuelo,
Tus ojos levantados suplican al Señor,
Tus manos están juntas en dirección al cielo...
Tú, ruegas por nosotros, ¡oh, Madre del dolor!

En busca de consuelo, yo vengo á tus altares
Con alma entristecida y amargo corazón;
Y pongo ante tus ojos, Señora, mis pesares,
Y en lágrimas se baña la voz de mi oración.

No mires que olvidando tu imagen y tu nombre
Al viento de este mundo mis creencias arrojé.
Acuérdate del niño y olvídate del hombre...
Mi frente está en el polvo... perdóname... pequé...

¡Oh! por mi fe de niño, por el ferviente ruego
Que al lado de mi madre, con ella repetí,
Virgen de los Dolores, cuando á tus plantas llego
Virgen de los Dolores, apiádate de mí!

MANUEL M. FLORES.

Al Trabajo.

Mirad la augusta selva : el éter puro
Con sus ramajes seculares hiende,
Y de su fondo en el recinto oscuro
La enredadera su follaje extiende.
Bajo los densos toldos de verdura
Rueda sus turbias ondas fragoroso,
Rompiéndose al correr contra las peñas,
Indómito torrente, y hondas breñas

En sus lóbregos antros lo reciben;
Y en medio la espesura
Sin trabas, ni señor, ni leyes, viven
Los salvajes monarcas de los bosques,
Del rey de la natura
Temidos por su fuerza y su bravura.
No penetran del sol los limpios rayos
El tupido dosel; y eterna sombra
La flor envuelve que con tintes gayos
No alza arrogante su corola al cielo.
Y mustia y sin olor se inclina al suelo
Que cubre espesa, enmarañada alfombra.

Hora mirad : al golpe del acero
Los centenarios troncos se estremecen
Y el campo cubren con su inmensa mole;
El tigre carnicero
Huye al mirar por extranjera planta
Su misterioso asilo profanado;
El sol que en el Oriente se levanta,
Sobre la parda alfombra brilla puro;
Las sombras dejan el recinto oscuro;
Y la antes mustia frente,
Del astro rey al cariñoso rayo
Yergue la flor que del festivo Mayo
Al amoroso ambiente,
Al aire libre se desvuelve y crece,
Y al aura inquieta sus estambres mece.

La labor de las hachas viene luego
El devorante fuego
Activo á contemplar : al cielo sube
De humo espeso vagorosa nube;

Centellas lanza el abrasado tronco,
 Antes columna de la selva oscura :
 Y en la feraz llanura
 Que en la extensión abierta se dilata,
 Se ve rodar el mugidor torrente,
 En cuyas crespas ondas se retrata
 Del vivo sol el rayo refulgente
 Y de la luna el resplandor de plata.

Después vendrá el arado, las entrañas
 De la tierra á romper : lindas cabañas
 Al aire elevarán su frágil techo ;

 Y en los estivos meses
 Con gentil susurrar, el vago viento
 En blando juego doblará las mieses.
 El rápido torrente sus furores
 Y su vital aliento

Al hombre rendirá, y en su camino
 Hará girar la rueda del molino,
 Ó regará la tierra en los calores
 Del sufocante, agobiador verano.
 Del labrador la encallecida mano
 Los frutos cogerá que en los racimos,
 Cual justo galardón á sus sudores,
 Le brindará naturaleza opimos ;
 Y á la ambición y á la codicia ajena
 Su quieta vida correrá serena,
 Como callada fuente entre las flores.

¿ Á quién prodigio tal, á quién se debe
 Tan benéfico cambio? ¿ Los portentos
 Quién realizó de transformar la selva
 En campo cultivado, cuyas galas

Con cariñosas alas
En trémulo vaivén doblan los vientos?
El genio del Trabajo; su alto influjo
En provechosos dones cambia el lujo
Con que vistió la próspera natura
 La secular montaña;
El Trabajo, potencia que encadena
Las fuerzas de los libres elementos;
 Que cambia la llanura
En alegres y ricas heredades;
La selva de los siglos respetada
En bulliciosos pueblos y ciudades,
Y en risueños y plácidos recintos
Sus misteriosos densos laberintos.

Nada en el mundo á su poder resiste,
Nada á su empuje mortal : él viste
 De edificios flotantes
Del vasto mar las procelosas ondas;
 Y de flores fragantes
La campiña feraz y espigas blondas;
 Y hienden á su esfuerzo
Las aéreas regiones del espacio,
Con agudas almenas el palacio,
Y con sus techos de livianas cañas
Del labrador sencillo las cabañas.

Monstruos formó que la ancha faz del mundo
Veloces surcan con potente aliento,
Y que alígeros más que el raudo viento,
Á impulso del vapor llevan doquiera
Los variados productos con que inunda
Activa industria la terrena esfera.

Una mano fecunda
Que millares de copias produjera
Del fugaz pensamiento el alma quiso,
De ansia noble de elevar su vuelo
Y de su imperio dilatar sedienta;
Y el Trabajo tenaz creó la imprenta.

Rasga el Trabajo con divina antorcha
Las densas nieblas de la mente humana,
Y con las nobles dotes del ingenio

Benigno la engalana,
Y la hace de las ciencias y las artes
Egregia soberana.

El de Colón el poderoso genio
Impulsó á que trazara en blanca estela
Con la quilla de frágil carabela
De la ignorada América el camino,
Sobre el cristal enantes no empañado

De misteriosos males;
Y dióle la constancia,
Para lanzarse tras ignota zona,
Por móviles aliento y osadía,
Por alas rizos de flotante lona;
Y por premio á su esfuerzo y gallardía

Y sin igual victoria,
Le discernió la Historia
De bienhechor del mundo la corona.

Calma el Trabajo el angustioso llanto
Con que la faz del hombre artera inunda
La desgracia cruel, y en las heridas
Del roto corazón bálsamo santo
Derrámale propicia.

Con blanda mano la labor fecunda.
La sudorosa frente
Que á su yugo se rinde, no se abate :
No ; que antes bien, altiva se levanta,
Y sobre ella el letargo
Ó el fastidio indolente
Nunca sus alas perezosas bate.
Á la insegura planta
Que en la insidiosa senda de los vicios
Llega á posarse, con potente mano
Benéfico el Trabajo la desvía ;
Y á la región de la virtud excelsa
Do brilla puro de verdad el día,
Lleva al mortal que en su poder confía.

Fácil conquista al ambicioso ofrece
La postrada nación que en la indolencia
Y en ocio blando y en miseria yace,
Y fácil presa de sus hijos hace
El despotismo audaz ; no á sus furores
En cambio cede quien el fuerte brazo
Acostumbró desde la tierna infancia
Del obrador ó el campo á las labores ;
No, que jamás al ominoso yugo
Do extranjera legión la altiva frente,
Do brilla de los bravos la arrogancia,
Cobarde rendirá : arde en su mente
De libertad la sacrosanta llama,
Y altanero señor en la impotencia
Se verá de abatir su independencía
Y de apagar el fuego
Que su alto pecho poderoso inflama.

¡Oh Santa Providencia!
Tú, que colmas de encanto y de alegría
Cuanto creó tu bondadosa mano,
Y das al claro día
Su mágico esplendor, al océano
Sus turbias ondas, misterioso arcano
Al corazón del hombre, y del destino
Llevaderos hiciste
El amargo pesar y la agonía,
Cuando la sabia ley nos impusiste
Del bienhechor Trabajo, que la vida
De almo consuelo y de esperanza llena,
Haz á la patria mía
En alas del Trabajo, á las regiones
Del progreso volar : sus altos dones
Prenda de paz y venturanza sean.
Caigan también sus gratas bendiciones
Sobre mi humilde frente ;
Luzca en ella el sudor con que á los buenos
Ganar mandaste el terrenal sustento ;
En incesante brío
Haz que jamás desmaye, ni indolente
Ante el cansancio ceje el brazo mío ;
Y cuando llegue para mí el momento
De recibir el eternal salario,
Grabe una mano amiga
En la sencilla losa
Que cubra mi sepulcro solitario,
Una inscripción que al caminante diga :
« Al fin aquí de su labor reposa ;
Cumplió en el mundo su mortal tarea :
Blanda la tierra á sus cenizas sea. »

RAFAEL TAMAYO.

El Cigarro.

En la cresta de una loma,
Se alza un ombú corpulento,
Que alumbra el sol cuando asoma
Y bate si sopla el viento.

Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansión pacífica donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
Y con labios casi yertos :
« ¡Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos!

« Puedo en fin, aunque en la fuente,
Aplaque mi sed sin jarro,
Entre mi prole inocente
Fumar en paz mi cigarro.

« Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.

« Tocar vuestra mano tema
Del rico el dorado carro.
Á quien lo toca, hijos, quema
Como el fuego del cigarro.

« No siempre movió en mi frente
El pampero fría cana;
El mirar mío fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana :

« La fama en tierras ajenas
Me aclamó noble y bizarro ;
Pero ya ¿Qué soy ? Apenas
La ceniza de un cigarro.

« Por la patria fuí soldado
Y seguí nuestras banderas
Hasta el campo ensangrentado
De las altas bordilleras.

« Aún mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro.
Pero ¿qué es la gloria ? nada ;
Es el humo de un cigarro.

« ¿Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores ?
Por la paz hondas querellas,
Los abrojos por las flores ;

« La patria al que perece
Desprecia como un guijarro...
Como yo arrojo y olvido
El pucho de mi cigarro.

« Las horas vivid sencillas
Sin correr tras la tormenta :
No dobléis vuestras rodillas
Sino al Dios que nos alienta.

« No habita la paz más casa
Que el rancho de paja y barro;
Gozadla que todo pasa,
Y el hombre como un cigarro. »

FLORENCIO BALCARCE.

Las Ideas.

Surge á veces en el llano,
Y en la loma á veces brota,
Susurrando mansamente,
Como de una arteria rota,
Cristalino manantial.
Manantial inagotable
Cuya linfá fresca y pura
Se desliza misteriosa
Bajo arcadas de verdura
Como sierpe de cristal.

Danle sombra con sus ramas
Los arbustos de la orilla,
Y despliega ante sus plantas
La balsámica gramilla
Su magnífico tapiz.
Ya se vuelca en un ribazo,
Ya se arrastra en una hondura,
Ya parece desde lejos,
En la faz de la llanura,
Misteriosa cicatriz.

Pero avanza, siempre avanza,
Deja el llano, cruza el monte,
Y al murmullo de sus pasos
Se va abriendo el horizonte
Como el velo de un altar ;
Lo saluda el ave errante
Con dulcísimos gorjeos
Y le cuenta el aura tímida
Sus amantes devaneos
Á la luz crepuscular.

La onda leve se agiganta,
Su rumor se torna en grito,
Como el pecho que fermenta
La ansiedad del infinito,
La inquietud del porvenir ;
Y creciendo, y avanzando,
El raudal se torna en río,
¡Y va el río tumultuoso,
Impertérrito y sombrío,
Con el mar á combatir !

¡ Así nacen las ideas,
Manantiales de onda pura,
Las ideas, que no tienen
Más escudo ni armadura
Que el escudo de la fe !
Pero avanzan silenciosas,
Se retuercen, forcejean,
¡ Y se allanan las montañas,
Y los páramos chispean
Á los golpes de su pie !

O. ANDRADE.

Á un Pobre.

Llama sin temor, anciano,
Que el aldabón de la puerta,
Siempre al infortunio abierta,
No hiere al pobre la mano.

Cordial hospitalidad
Se ofrece aquí con llaneza,
Quien sabe lo que es pobreza
Sabe lo que es caridad.

No temas : cuando á los hierros
De esa verja el rostro asomas,
Ni se azoran mis palomas,
Ni airados ladran mis perros.

Mi familia alborozada,
Sale al ver que tu bordón
Pulsa el rústico escalón,
De mi rústica morada.

Depositando en tu mano
Sencillo disco de cobre,
Porque sabe que eres pobre,
Te recibe como á hermano;

Y al verte de hambre temblar,
Te ofrece, sencilla y franca,
Pan moreno y leche blanca,
Acabada de ordeñar.

Ella no sabe si en pos
De algún mal fin va el potente,
Mas sabe que el indigente
Viene de parte de Dios.

Desecha vanos recelos,
El modesto umbral traspasa,
Y entre contigo en mi casa
La bendición de los cielos.

Depón, depón el rubor;
Tu grosero traje informe,
Es el glorioso uniforme
De los hijos del Señor.

El cierzo duro de Enero
Te está haciendo tiritar :
Siéntate al tranquilo hogar
Que aromatiza el romero.

Seca tus burdos vestidos
Á su apacible calor,
Y él restituya el vigor
Á tus miembros ateridos.

Alienta; que hallo, en verdad,
Unidas á tu pobreza,
No sé qué humilde grandeza
Ni qué triste majestad.

La frente que al suelo inclinas
Ciñen con visos extraños,
La diadema de los años
Y la corona de espinas.

Y tu manto desgarrado,
De polilla carcomido,
Ante la llama tendido
Parece un cielo estrellado.

Otro mejor te daré
Que la lluvia no traspasa;
El tuyo, en bien de mi casa,
Por reliquia guardaré.

Y, si Dios sacia el anhelo
De mi espíritu inmortal,
Ese es el manto triunfal
Con que he de entrar en el cielo.

FEDERICO BALART.

Oda á mi Barquilla.

¡ Pobre barquilla mía
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas ¡ sola !
¿ Adónde vas perdida ?
¿ Adónde, di, te engolfas ?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves,
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas :
Igual en las fortunas,

Mayor en las congojas,
 Pequeña en las defensas,
 Incitas á las ondas.
 Advierte que te llevan
 Á dar entre las rocas
 De la soberbia envidia,
 Naufragio de las honras.
 Cuando por las riberas
 Andabas costa á costa,
 Nunca del mar temiste
 Las iras procelosas;
 Segura navegabas...
 Nunca el peligro es mucho
 Á donde el agua es poca.

.
 Dirás que muchas barcas,
 Con el favor en popa,
 Saliendo desdichadas
 Volvieron venturosas.
 No mires los ejemplos
 De las que van y tornan,
 Que ha muchas han perdido
 La dicha de las otras.
 ¿Quién se engañó, barquilla?
 Vuelve, vuelve la proa;
 Que presumir de nave,
 Fortunas ocasiona,
 Mas, ¡ay, que no me escuchas!
 Pero la vida es corta :
 Viviendo, todo falta ;
 Muriendo, todo sobra.

LOPE DE VEGA.

Los Sueños.

Á UN NIÑO.

*Que toda la vida es sueño,
Y los sueños, sueños son.*

CALDERÓN.

Célico niño, que retozando
Vas por el campo de la niñez
Cogiendo rosas
Y mariposas,
De la existencia dulce gozando,
Sólo jugando,
Lleno de encantos y candidez,

El que te inspira dichoso ensueño,
La que te embriaga tierna ilusión,
Niño querido,
Tan divertido,
¿No te figuras que son un sueño,
Y es loco empeño
Amar los sueños que sueños son?

Los dulces besos que da en tu frente
Tu amante madre con sumo ardor,
Los cantos suaves
Con que las aves
Tu abril celebran con la corriente
De blanda fuente,
Son, niño mío, sueños de amor.

Esos planetas mil que resaltan
Y nos hechizan el corazón,
 Esos colores
 Con que las flores
La selva, el prado y el bosque esmaltan
 Y nos exaltan,
Son, niño, sueños de la ilusión,

¡Ay! que juguetes de las ficciones
Vivimos todos hasta morir :
 Todos soñamos
 Lo que miramos,
Pues que palpamos, entre ilusiones,
 Sombras, visiones,
Que sólo saben, niño, mentir.

Y di : ¿qué vale, niño adorado,
Correr cual corres entre ilusión
 Cogiendo rosas
 Y mariposas
Si, cuando acuerdes, verás cuitado
 Sólo has soñado
El bien que hoy goza tu corazón?

¡Ah! cuando crezcas, pobre inocente,
Mil nuevos goces de edad mayor
 Vendrán risueños
 Con nuevos sueños,
Que aquella es maga que indiferente
 Vierte en la mente
Sueños de gloria, sueños de amor.

Y ni allí cesan, ¡oh, niño! un tanto,
Que aún hay mil sueños en la vejez...
 ¡Ve si soñamos
 Los que moramos
En este mundo de falso encanto;
 Ve si te canto
Sólo los sueños de la niñez!

Que hoy loco sueñas lo que estás viendo,
Mañana sueñas lo que pasó,
 Y en esos sueños
 Tan halagüenos
La breve vida se nos va huyendo,
 Rauda volviendo
Al frágil polvo donde salió.

Mas sigue alegre, sigue gozando
Las frescas rosas de Abril sin fin,
 Y al compás de esos
 Maternos besos,
Niño querido, sigue jugando,
 Sigue cazando
Las mariposas de tu jardín!

Que de los sueños, los que ambrosía
Dan é ilusiones, niño, tal vez
 Son los que el cielo
 Vierte en el suelo,
Y esos tan puros que el cielo envía
 Son, alma mía,
Los castos sueños de la niñez.

Mis ocho Años.

(TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE ABREU.)

Oh! Souvenirs! Printemps! Aurores!

V. HUGO.

¡Oh, qué recuerdos tan dulces
Los del alba de mi vida,
Los de mi infancia querida
Que jamás ha de tornar!
¡Qué amor, qué sueños, qué flores,
En aquellas tardes calmas,
Á la sombra de las palmas,
Ó en el verde limonar!

¡Qué bellos son esos días
Del nacer de la existencia!
Respira el alma inocencia
Como perfumes la flor;
El mar es lago sereno,
El cielo, un manto azulado,
El mundo, un sueño dorado,
La vida, un himno de amor.

¡Qué auroras, qué sol, qué juegos,
Qué noches de melodía!
¡Y aquella dulce alegría,
Y aquel tranquilo gozar!...

¡Lleno de estrellas el cielo,
La tierra de aromas llena,
El mar besando la arena,
La luna besando el mar!...

¡Oh, mi infancia, mis recuerdos,
Mi cielo de primavera!
¡Cuán dulce la vida era
Á la luz de aquel albor!
¡En vez de estas amarguras
Hallaba en esas delicias
De mi madre las caricias
Y de mi hermana el amor!

Por mis nativas montañas
Discurría satisfecho,
Descubierto al aire el pecho
Y desnudo el breve pie;
Corriendo, feliz, en torno
De las cascadas ruidosas,
Detrás de las mariposas
Que mías siempre juzgué.

En esos tiempos dichosos
Á los árboles trepaba,
Y horas enteras vagaba
Por la orilla de la mar,
Rezaba el Ave María,
Y el cielo, su azul luciendo,
Me vía al dormir riendo
Y cantando al despertar.

¡Oh, qué recuerdos tan dulces
Los del alba de mi vida,
Los de mi infancia querida
Que jamás ha de tornar!...
¡Qué amor, qué sueños, qué flores,
En aquellas tardes calmas,
Á la sombra de las palmas,
Ó en el verde limonar!

ABREU.

El Perezoso.

« Divirtámonos un poco
(Dice Juan). ¿Qué vida es esta? »
Y hace á un lado el instrumento
Con que su labor comienza.

« Á la tarde de seguro
Tendré mejor la cabeza;
Me conozco : en un instante
Daré fin á mi tarea. »

Ocioso las horas pasa,
Y cuando la tarde llega,
El fastidio le sorprende
Y le abandonan las fuerzas.

— « Pues, señor, no estoy dispuesto;
Mas si bien se considera,
No es tan urgente la obra
Que un tanto esperar no pueda.

« Lista quedará mañana :
De ello tengo la certeza...
Despertaré con la aurora
Y á las diez... es cosa hecha. »

Se viste, sale; discurre
Por la ciudad; después cena,
Y ya tarde, el perezoso
Á dulce sueño se entrega.

Ya el sol el cuadrante anduvo,
Cuando el poltrón se despierta;
Mas como ha dormido tanto,
Torpe, indispuerto se encuentra.

Por tal motivo, atrasada
La labor otra vez deja,
Y como el siguiente día
En su almanaque es de fiesta,

Es otro más que se pierde
Sin cumplir la ley suprema
Que dice al hombre : « Trabaja
Para que dichoso seas. »

De tal modo, un nuevo lunes
Viene, y entonces se ausenta ;
Á su regreso descansa,
Y, por último, se enferma.

¿Y hay un ser más desgraciado
Que el perezoso en la tierra?
No existe, no; y por lo mismo,
La razón nos aconseja

Que para mañana nunca
El deber de hoy se transfiera
Y la voluntad resista
Del cuerpo á la negligencia.

La holganza, la vil holganza
Ha sido en todas las épocas,
Para los pueblos, atraso;
Para los hombres, vergüenza!

ADOLFO MENÉNDEZ.

La Escuela.

Escuela en que la niñez
Busca lauro y busca palma
Con la inocencia en el alma
Y la *tersura en la tez* :

Aunque humilde es la oración
Con que te brinda el destino,
Es difícil tu camino
Y es muy alta tu misión. —

El ser que empieza á existir
Y al pensamiento despierta,
Está llamando á tu puerta,
Con voces del porvenir. —

Ábrela de par en par,
Y al que por ella se lanza,
Dale aliento de esperanza
Y hazle *sentir y pensar*.

Que brille de sien á sien
Sobre tu frente la *idea*,
Que ame, que anhele, que lea,
Que se enamore del bien.

Con la ciencia y el honor
Y la esperanza por guía
No le embriaga la alegría,
Ni le acobarda el dolor. —

Y en la guerra y en la paz,
En la dicha y en la pena,
Por honrada y por serena,
Levante siempre su faz.

Dile como ha de vivir,
Si la ley divina rige;
Y si la patria lo exige,
Dile como ha de morir.

Y de ese modo darás
Á la humanidad hermanos,
Á la patria ciudadanos;
Á sus glorias mucho más.

ECHEGARAY.

El Misionero.

Cuando el mundo pasado
La órbita del Olimpo recorría
En un cielo sin Dios, desamparado;
Cuando la ciencia idólatra mentía,

Y el arte prostituído blasfemaba,
Y en el estruendo de perpetua orgía
La miserable humanidad rodaba...
Abrió la Cruz sus descarnados brazos,
Con su gigante sombra cubrió el suelo,
Y el hombre en ella al estampar sus pasos,
Sintiendo al Dios, que el Universo encierra,
Alzó la frente al Cielo,
¡Y cayó de rodillas en la Tierra!
Así, la humanidad fué redimida,
Así, el Cristo, en la Cruz cambió su suerte;
Así, desde el espanto de la muerte,
Á la inmortalidad alzó la vida.
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo,
Sólo la cruz alcanza :
Ella es la tabla, en que salvó el abismo,
Desde la Tierra al Cielo, ¡la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila,
El ideal del alma se transforma;
La estirpe humana misma,
Girando en el perpetuo torbellino,
Donde la guía el resplandor divino,
Acercándose á Dios cambia de forma.
La ciencia balbuciente
Llama al dintel de la verdad, en vano,
Sin encontrar siquiera
La ley que rige la materia inerte,
Y enciende el pensamiento soberano,
Que en la frente del hombre reverbera,
Como diadema del linaje humano.

¿Qué ha sido de la espada?
 ¿Qué ha sido del poder y de la gloria,
 Con que la España deslumbró la historia,
 Al pisar en la América ignorada?...

¡Lo que fué de la estela,
 Que en las ondas del mar dejó el sendero
 De la audaz carabela,
 Que guió de Colón la fe cristiana!...
 ¡Sólo quedó la Cruz del Misionero,
 Abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo,
 Lo ve la mente que la ciencia absorbe,
 Lo escucha el alma, en su esperanza tierna;
 Todo pasa en el mundo,
 Todo cambia en los ámbitos del orbe :
 ¡La Cruz sólo es eterna!

.....

¡Hombre mortal, que brillas
 En la aureola de Dios, como una estrella,
 Yo soy el *fraile* que en tu burla humillas,
 Yo levanto la cruz... yo muero en ella!...

Yo soy su misionero,
 Yo soy su combatiente solitario.
 ¡Todas las sendas sobre el mundo entero,
 Son para mí la senda del Calvario!
 ¡Soy el hijo proscrito
 De la familia humana,
 El hogar de la paz y la alegría,
 Se cierra para siempre al alma mía,
 Que ata el lazo bendito,
 Que el padre al hijo ligará mañana!

En la cuna inocente,
Donde tú ensayas tu primer respiro,
Pongo el sello de Dios sobre tu frente :
Y en el lecho doliente,
Donde exhalas el último suspiro
De la vida precaria,
Yo aliento tu partida,
Te enseño el rumbo de la eterna vida
Y te levanto al Cielo en mi plegaria.

Cuando tu pecho late,
Bajo la noble cota del soldado,
Yo te sigo á la brecha del combate,
Con la sandalia de mi pie llagado ;
Y entre el humo y la sangre y la metralla,
Que ocultan á los cielos tus despojos,
¡Te hago besar la Cruz en la batalla
Y te cierro los ojos!
¡Y yo también en la existencia triste,
Soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste,
Llevo el arma divina,
¡Llevo la cruz sagrada,
Que las tribus caribes ilumina!
¡La Cruz, más poderosa que la espada!

¡La Cruz, que guarda en el hogar paterno
La fe sublime en que tu amor reposa ;
La Cruz, donde repite el niño tierno,
La oración de la madre y de la esposa!
¡La Cruz, que en el regazo
De la sagrada tierra

Que las cenizas de tu padre encierra,
Cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
Y á la sombra de Atila se lanzaron,
Y á la espantada Europa sorprendieron,
Y entre sus propias ruinas le abismaron,

El *fraile* moribundo,

Hasta en las catacumbas perseguido,
Salvó, en las catacumbas escondido,

El progreso del mundo :

¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización, que alza en su huella

El hombre hasta la gloria,

Al resurgir la Cruz, renació en ella!

¿Qué fué en un tiempo tu mansión paterna?

¿Qué fué el hogar donde tu amor sonríe?

¿Qué fué tu patria entera,

Donde hoy sus pasos el progreso estampa?

Antes de alzar mi Cruz, ¿sabes lo que era?

¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! ¡Soy el primer cristiano

Que recibe del bárbaro la flecha,

Y abre en sus hordas la primera brecha

Al pensamiento humano!

¡Y sobre el rastro de la sangre mía,

Con que el desierto indómito fecundo

Tiende la libertad la férrea vía

Por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo

En la vida de glorias rodeada,

Cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?
¡El pedazo de piedra
Que me sirvió de almohada,
Y el mendrugo de pan con que la tierra
Alimentó mi paso en mi jornada!
Sobre la huesa mía,
En el mundo feliz, sólo un lamento
Viene á llorar bajo la noche umbría...
¡El gemido del viento!
Caigo bajo la Cruz, con que combato
Por la gloria del hombre eternamente...
Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,
¡Escúpeme en la frente!

R. GUTIÉRREZ.

San Agustín.

En las riberas del mar
Se paseaba Agustino.
Altos pensamientos tiene,
Hijos de su ingenio altivo.
Lo que presume entender
Ningún mortal lo ha entendido :
Cómo es Dios uno en esencia,
Siendo en las personas trino.
Cuando está pensando en ello
Volvió el rostro, y vió que un niño
Sentado estaba en la arena
Á los pies de un pardo risco.

Ensortijado el cabello,
Largo, crespo, rubio y rizo,
Y en dos estrellas por ojos
Engastados dos záfiro.
Como marfil terso el rostro,
Y de rubíes ceñidos,
Los labios que parecían
Venda de grana de Tiro
En coger agua del mar
El niño está divertido
Con una madre de perla,
Concha de su nácar limpio.
— ¿Qué haces, dice Agustín,
Niño hermoso, en este sitio?
Que me da pena, si acaso
Vas de tu padres perdido.
— No estoy en vano, responde;
Que reducir solicito
El mar inmenso que ves
Á este pequeño resquicio.
Agustino le responde :
— No te canses, niño mío;
Que es imposible agotar
El mar inmenso en mil siglos.
— Pues lo mismo me parece
Que hacéis vos, padre, le dijo;
Porque es saber lo que es Dios
Proceder en infinito.
Que como el mar Océano
No es posible reducirlo
Con esta concha á esta quiebra,
Ni agotar su inmenso abismo,

Así vos el mar de Dios
 Eterno é incircunscrito
 Con vuestro ingenio mortal,
 Aunque ingenio peregrino.
 Quedó Agustín admirado
 Y humilde advertido,
 Que no fuera Dios quien es,
 Si fuera Dios entendido.
 Quiso al niño responder,
 Y no le halló cuando quiso,
 Desengañado que Dios
 No cabe en mortal sentido.
 Desde entonces escribió
 Que era más seguro asilo
 El creer que el entender,
 Que Dios se entiende á sí mismo.

LOPE DE VEGA.

·Lo Peor.

— Labrador, suda y trabaja,
 Y con ojos asombrados
 Verás crecer los sembrados
 De tu fértil heredad.

— ¡Ay, Señor!

— ¿Temes algo, labrador?
 Tu afán premiarán los cielos,
 Si no vienen crudos hielos
 En alas del vendaval.

— ¡Ay, Señor!

¡Si eso fuese lo peor!

— ¡Qué gozo cuando contemples
Tus dichas todas colmadas
En las espigas doradas
Que hizo tu sudor brotar!

— ¡Ay, Señor!

— ¿Temes algo, labrador?
Trigo tendrás á montones,
Si no vienen los gorriones
Ó la langosta voraz.

¡Ay, Señor!

¡Si eso fuese lo peor!

— Dios conjure de estos sitios
La tormenta de verano,
Que barre su furia al grano,
El grano que en la era está.

¡Ay, Señor!

— ¿Temès algo, labrador?
Si soplase la tormenta,
Tu pobre familia hambrienta
No podría comer pan.

¡Ay, Señor!

¡Si eso fuese lo peor!

— ¡Qué campos! ¡Dios los bendiga!
No haya esas plagas terribles,
Y verás cuán apacibles
Dulces días pasarán.

¡Ay, Señor!

— ¿Temes algo, labrador?
Si hay motivo que te enoje,

Será el no poder la troje
De rubio trigo llenar.

¡Ay, Señor!

¡La guerra es mucho peor!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Alma sin Creencias.

(Imitación de Cánovas del Castillo.)

I.

¡Ay del manantial cegado!
¡Ay de la estrella sin brillo!
¡Ay del marchito tomillo
Que ya su esencia perdió!
¡Ay del alma que en tinieblas
Siente pasar los instantes
Y las sombras inconstantes
Del porvenir que soñó!

II.

No es manantial el cegado
Ni estrella, estrella sin brillo,
Ni es tomillo aquel tomillo
Que su perfume perdió.
Ni el alma es alma que vive
Si á la duda se abandona,
Ajando así la corona
De flores con que soñó.

III.

¡Quién curso diera al arroyo!
¡Quién diera á la estrella brillo!
¡Quién diera al triste tomillo
El aroma que perdió!
¡Quién al alma descreída
Sus ilusiones volviera
Ó algún encanto siquiera
De los muchos que soñó!

IV.

El agua al manantial no vuelve,
La estrella queda sin brillo;
Queda también el tomillo
Sin la esencia que perdió.
Así el alma entre tinieblas
Mira cruzar los instantes
Y las sombras inconstantes
De la dicha que soñó.

ABRAHAM SOSA.

Bosquejos.

Lucho con lo inconcebible;
Dios con su fulgor me ayuda,
Me asusta la negra duda,
Me seduce lo imposible,

Sondeo lo indefinible ;
 Soy el rey de la existencia,
 Aureola de la ciencia,
 Barrera de la pasión,
 Tormento del corazón...
 — ¿Quién eres? — « La inteligencia. »

No hay virtud que me desdore,
 Ni hay quien por seguirme peque ;
 No hay lágrima que no seque,
 Ni desdicha que no lllore.
 No hay ventura que no implore,
 Ni límite á mi ansiedad ;
 Mi espacio es la inmensidad ;
 Mi dulce cuna, la gloria ;
 Mi recompensa, la gloria ;
 — ¿Quién eres? — « La Caridad. »

Lágrimas son mi consuelo
 Y suspiros son mi boca ;
 El mundo me llama loca ;
 Cuerda me apellida el cielo.
 Abrojos hallo en el suelo
 Y espinas en mi laúd,
 Me cerca la ingratitud ;
 No hay dolor que no me sobre ;
 ¡ Soy muy rica !... — ¡ Soy muy pobre !...
 — ¿Quién eres? — « Soy la virtud. »

No hay pecho donde no esté ;
 Ni hay existencia sin mí :
 Con la creación nací
 Y en el Gólgota brillé,

No soy nadie sin la fé :
 Lo soy todo sin temor,
 Soy el rocío en la flor ;
 Sagrado fuego en el alma ;
 Soy la tempestad... la calma...
 — ¿Quién eres? — « Soy el amor. »

Soy la dicha del pesar ;
 Soy de la virtud ejemplo ;
 Las columnas de mi templo
 Las sustentán tierra y mar.
 Al nacer y al expirar
 Me imploran por compasión :
 Me adivina la razón ;
 La conciencia me presiente.
 ¡Brillo del sol en la frente!...
 — ¿Quién eres? — « La Religión. »

JOSÉ JACKSON VEYAN.

La Modestia.

Por las flores proclamado
 Rey de una hermosa pradera,
 Un clavel afortunado
 Dió principio á su reinado
 Al nacer la primavera.

Con majestad soberana
 Llevaba y con doble brío
 El regio manto de grana,
 Y sobre la frente ufana
 La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El céfiro volador;
Y había en su servidumbre
Hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
Porque también era uso,
Quiso una flor por esposa;
Y regiamente dispuso
Elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor sobre el arcano
De su fecunda beldad
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se veían
Con harta envidia, dispuestas
Á ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una mansa florecilla
Entre la hierba menuda.

Y por si el regio resplandor
De su corona la inquieta,
Pregúntale con amor :
— « Cómo te llamas? — Violeta »,
Dijo temblando la flor.

— « ¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa? »

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo : — « Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor. »

El rey suspenso la mira,
Y se inclina dulcemente ;
Tanta modestia le admira ;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente :

— « Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta ;
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta. »

Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es lo esposa
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS.

Mis Lares.

Si he de morir cuando á vivir empiezo,
¡Mi Dios, que no sea ya!
Que quiero oír, al declinar la tarde,
El canto del Sabiá.

¡Señor! yo siento y tú bien ves que muero
Tras el lejano mar...
¡Haz que viva, Señor; dame de nuevo
Los goces de mi hogar!

El extranjero suelo no se iguala
Á mi estancia feliz,
Ni vale lo que un beso de mi madre
Todo el oro de aquí.

Dame los campos que el recuerdo guardan
De mi dulce inocencia,
Y como losa funeraria y muda
El cielo de mi tierra.

Si he de morir cuando á vivir empiezo,
¡Señor, que no sea ya!
Que en mis naranjos escuchar ansío
El canto del Sabiá.

Quiero ver ese cielo de mi tierra
 Tan lindo y tan azul,
Y la nube de rosa que colora
 Las regiones del Sur.

Quiero el dosel que ofrece el cocotero
 Y su sombra gentil,
Y correr á la blanca mariposa
 Que vuela en el pensil.

Quiero sentarme á orillas del riacho
 En la tarde de Abril,
Y escuchar en la sombra del crepúsculo
 La voz del porvenir.

Si he de morir cuando á vivir empiezo,
 ¡Mi Dios, que no sea ya!
Que en mis naranjos escuchar ansío
 El canto del Sabiá.

Quiero morir cercado de perfumes
 De un clima tropical,
Y sentir, expirando, el ritmo tierno
 De la estrofa natal.

La tibia luna que los huertos baña,
 Mi tumba alumbrará,
Y así contento dormiré tranquilo
 Junto al paterno hogar.

Los manantiales llorarán sentidos
 Mi temprano fin,
Y velarán mi sueño los amores
 Que en la patria sentí.

Si he de morir cuando á vivir empiezo,
¡ Señor, que no sea ya !
Que quiero oír, al declinar la tarde,
El canto del Sabiã.

ABREU.

Distribución de Premios.

Como en el fértil campo á la simiente
La madre tierra cariñosa abriga,
Y afirma la raíz, y alza en la frente
Del verde tallo la ondulante espiga;

Y de la lluvia el fecundoso riego,
Antes que invierno siembre nieve y luto,
Templa del almo sol el sacro fuego,
En frágil rama sazonando el fruto :

Así el rayo primero de la ciencia,
Con que el cerebro oscuro se ilumina,
Es de inmortal simiente clara esencia,
Que en luz y en gloria y en saber germina.

Rayo que poderoso se desprende,
Alumbrando el imperio soberano,
Que con su impulso irresistible extiende
En lucha eterna el pensamiento humano.

Y es el modesto asilo de la escuela
Soberbio Olimpo de que el rayo parte,
Y por el mundo incontrastable vuela
Á dar la ciencia y á inspirar el arte.

Y se tornan en llaves encantadas
Para abrir de la ciencia el santuario,
Esas frágiles hojas desdeñadas
Que forman el humilde silabario.

Sorprendiendo el misterio en sus altares,
Sin temor, ni zozobras, ni desmayo,
El hombre pudo atravesar los mares,
Pesar el sol y encadenar el rayo.

Del diamante que claro reverbera
Buscó el secreto en el carbón fundido :
Y fijando á los astros su carrera,
Prisiones dió á la luz, ley al sonido.

Por eso el alma goza y se extasía
Cuando contempla, con amor profundo,
Esos grupos de niños que algún día
Han de esparcir la ciencia por el mundo.

¿Quién les niega su aplauso y su cariño?
El lauro que sus frentes engalana,
Refleja un porvenir. ¡En cada niño
Saludemos un sabio del mañana!

JUAN DE DIOS PEZA.

Enseñar al que no sabe.

Busca la mente, ansiosa y atrevida,
La belleza en los mundos de la idea,
Y la mayor belleza de la vida
Suele á veces hallarse en una aldea.

Yo he conocido un sabio, abandonado
Á su propio saber, viviendo en calma,
De su virtud constante acompañado,
Con nieve en la cabeza y en el alma.

Casi en la soledad, cerca de un monte,
Viendo el espejo fiel de su existencia
En la serenidad del horizonte
Y en la serenidad de su conciencia :

Y allí, cuando la tarde declinaba
Vertiendo resplandor tenue y süave,
Con un sér inocente, él practicaba
La virtud de enseñar al que no sabe.

Y así, una inteligencia trasformando,
Prestando ciencia en cambio de cariño,
Encontraba una dicha derramando
Su alma en el alma virginal del niño.

Escuchado con fe, con fe profunda
De la verdad se alzaba el puro acento ;
Y la verdad es siempre sol que inunda
El espacio sin fin del pensamiento.

Anunciábase ya fulgor lejano
En la mente del niño, aún no entreabierta,
Y era bello, en verdad, ver á un anciano
Gritando á una razón : « ¡ Razón, despierta ! »

Cumpliendo esta misión generadora,
Orgullosa y feliz, le parecía
Que era suya la luz de aquella aurora
Que en la mente del niño amanecía.

Pensando el sabio y á la par sintiendo,
Cual creador, á su creación amaba;
Y el niño le miraba sonriendo,
Y él para sonreirse se ocultaba.

El viejo, por amor al inocente,
Olvidando pasada desventura,
Sin sarcasmos mezclaba solamente
Ciencia y virtud en su palabra pura.

— « Niño, exclamaba, escucha de mi labio
Lo que debe quedar en tu alma escrito :
Dí, « yo quiero aprender », y serás sabio :
Dí, « yo quiero enseñar », serás bendito.

« Quiero, ya que te encuentro en este mundo,
Que en la senda del bien por siempre quepas,
Que enseñes con afán santo y fecundo,
En siendo para el bien, lo que tú sepas. »

Y brotaba más ciencia su palabra,
Mientras iba el amor, en sus lecciones
Recogiendo las flores con que labra
Los lazos que han de unir los corazones.

Por tú poder, ¡oh ciencia! que conmueve
Al universo que alumbrando asombras,
Si el niño era la luz dando en la nieve,
El viejo era la luz rompiendo sombras.

CONCEPCIÓN DE ESTEVARENA.

La Mentira

¿Posible es que tenga un hombre
 Tan humildes pensamientos
 Que viva sujeto al vicio
 Mas sin gusto y sin provecho?
 Obliga á los codiciosos
 El poder que da el dinero;
 El gusto de los manjares
 Al glotón; el pasatiempo
 Y el cebo de la ganancia
 Á los que cursan el juego.
 Su venganza al homicida,
 Al robador su remedio;
 La fama y la presunción
 Al que es por la espada inquieto.
 Todos los vicios al fin
 Ó dan gusto ó dan provecho.
 Mas de mentir ¿qué se saca,
 Sino infamia y menosprecio?

JUAN RUIZ DE ALARCÓN.

El Maestro.

(SONETO.)

Mentor á cuyas sienas lauro ciño,
 Por si llegan al joven las verdades
 Que orgullo son de todas las edades
 Y de las ciencias mil sabroso aliño,

Tu celo, tu paciencia con el niño,
Tus halagos, tus riñas, tus bondades,
Cosas son que, al huir las mocedades,
Recuerdan los más sabios con cariño.

Recibe, ¡oh maestro! dulce compañero,
Juntos ya nuestro afán y tu porfía,
La tierna prueba de un amor sincero,

É inúndenos de gozo tu alegría,
Que después de los padres, el primero
Eres tú que hacia el bien el alma guía.

X.

Á la invención de la Imprenta.

Llegó pues el gran día
En que un mortal divino, sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo á la faz del mundo : « El hombre es libre. »
Y esta sagrada aclamación saliendo
No en los estrechos límites hundida
Se vió de una región; el eco grande
Que inventó Gutemberg la alza en sus alas,
Y en ellas conducida,
Le mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extensión del vago viento,
Y sin que el trono ó su furor la asombre
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razón : « Libre es el hombre. »

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

El Canto del Antioqueño.

Nací sobre una montaña :
Mi dulce madre me cuenta
Que el sol alumbró mi cuna
Sobre una pelada sierra.
Nací libre como el viento
De las selvas antioqueñas,
Como el cóndor de los Andes
Que de monte en monte vuela.
Pichón de águila que nace
En el pico de una peña,
Siempre le gustan las cumbres
Donde los vientos refrescan.

¡ Amo el sol porque anda libre
Sobre la azulada esfera,
Al huracán porque silba
Con libertad en las selvas!

El hacha que mis mayores
Me dejaron por herencia,
La quiero porque á sus golpes
Libres acentos resuenan.
Forjen déspotas, tiranos,
Largas y duras cadenas
Para el esclavo que humilde
Sus pies, de rodillas, besa.
Yo, que nací altivo y libre
Sobre una sierra antioqueña,
Llevo el hierro entre las manos,
Porque en el cuello me pesa...

Cuando desciendo hasta el valle
Y oigo tocar la corneta,
Subo á las altas montañas
Á dar el grito de ¡alerta!
¡Muchachos! les digo á todos
Los vecinos de la selva :
¡La corneta está sonando!
¡Tiranos hay en la tierra!
Mis compañeros alegres
El hacha en el monte dejan
Para empuñar en sus manos
La lanza que al sol platea.
Con el morral á la espalda
Cruzamos llanos y cuevas,
Y atravesamos montañas,
Y anchos ríos, y altas sierras;
Y cuando al fin divisamos
Allá en la llanura extensa
Las toldas del enemigo
Que entre humo y gente blanquean,
Volamos como huracanes
Regados sobre la tierra,
Y ¡ay del que espere el empuje
De nuestras lanzas resueltas!

Perdonamos al rendido
Porque también hay nobleza
En los bravos corazones
Que nutren las viejas selvas.

Cuando volvemos triunfantes,
Las niñas de las aldeas

Tiran coronas de flores
Á nuestras frentes serenas.

 Á la luz de alegre tarde,
Pálida, bronceada y fresca,
De la montaña en la cima
Nuestras cabañas blanquean.
Bajamos cantando al valle,
Porque el corazón se alegra,
Porque siempre arranca un grito
La vista de nuestra tierra.

 Es la oración : las campanas
Con golpe pausado suenan ;
Con el morral á la espalda
Vamos subiendo la cuesta.
Las brisas de las colinas
Bajan cargadas de esencias :
La luna brilla redonda
Y el camino amarillea.
Ladran alegres los perros
Detrás de las arboledas :
El corazón oprimido
De gozo, palpita y tiembla...
Caminamos... caminamos...
Y blanquean... y blanquean...
Y se abren con ruido
De las cabañas las puertas.
Lágrimas, gritos, suspiros,
Besos y sonrisas tiernas,
Entre apretados abrazos
Y entre emociones revientan.

¡Oh libertad, que perfumas
Las montañas de mi tierra,
Deja que aspiren mis hijos
Tus olorosas esencias!

EPIFANIO MEJÍA.

¡Allá está Dios!

Sobre esos grandes mundos del vacío
Que fantásticos ruedan sin cesar
Más allá de las luces que temblando
Alumbran sin saber la inmensidad;
Rodeado de sus ángeles, que pliegan
Sus alas con amor,
Allá..... sobre la cumbre de la gloria,
¡Allá está Dios!

Sobre espuma de plata orlada en fuego,
Donde es brisa de Abril la tempestad,
Allá donde la fe no muere nunca
Y en donde hasta el amor es inmortal;
Allá..... sobre magníficos colores
De vívido esplendor
Sobre nieblas azules y rosadas
¡Allá está Dios!

En medio de relámpagos divinos,
Más allá del rugir del huracán,
Sobre blancos cendales de pureza,
Sobre espléndido trono de cristal;

Allá..... donde se besan los espíritus
Con entrañable amor,
Allá, donde se embriaga el pensamiento,
¡Allá está Dios!

Mas allá de los tiempos y el espacio,
Sin que un átomo alcance más allá,
En sus brazos el premio de los buenos
Y temblando á sus pies la eternidad;
Allá..... donde las arpas del querube
Se agitan en su honor,
Sobre nimbos de luz del infinito,
¡Allá está Dios!

Sobre el confín más alto de la dicha,
Sobre neblina de oro y de coral,
Entre aromas purísimos, que exceden
Al místico perfume del altar;
Allá, sobre cortinas transparentes
De niebla y de vapor,
Donde el casto placer se diviniza,
¡Allá está Dios!

Allá, sobre una atmósfera celeste,
Sobre gasa flotante y virginal,
Allá, donde el hipócrita no alcanza
Y nunca los impios llegarán;
Allá ¡hombre sin fe! sobre los mundos
Que tiemblan á su voz,
Sobre el eterno ideal de la esperanza,
¡Allá está Dios!

JOSÉ CIBILS.

Su última Lágrima.

Sus rudos golpes descargó en mi frente
 El genio del dolor;
 Y riendo terrible, indiferente,
 Clavó en mi pecho con crueldad salvaje
 Sus garras de león...

.....
 ¡Qué cuadro aquel!... Tan sólo á su recuerdo
 Se estremece de horror el pecho mío,
 Cual débil planta que con furia azotan
 Las recias alas de huracán bravío...

La tempestad cual fiera encadenada
 Bramó en la cumbre del vecino monte...

Anocheció en mi alma,
 Mientras vertía el cielo,
 Triste, tan triste como yo, sus lágrimas...

Temblaba allí junto al mortuorio lecho
 La familia angustiada...

Y ella, la pobre madre de mi vida,
 Dirige al mundo su postrer mirada,
 De tierna despedida...

Hizo un esfuerzo y entreabrió sus labios,
 Y muy quedo me dijo con ternura,
 Al mismo instante en que tendió sus brazos

Para estrecharme á ella :
 « Adios, hijo de mi alma... »
 Mientras corría por su faz ya mustia
 Su última lágrima...

ALFONSO ESPINO.

No puedo odiar.

No puedo odiar : la ingratitud en vano
En mi pecho su dardo clavará,
Sangre podrá brotar de la honda herida,
Pero el odio... jamás.

De la venganza en la dorada copa
Diz que es grato el licor...
¡No me habléis de venganza!... habladme sólo
De olvido y de perdón.

Inefable dulzura goza el alma,
Que sabe perdonar ;
Mas el que odiando vive... ¡desdichado !...
¡Viviendo muerto está!

X:

Al Paraná.

Allá en la cumbre, entre las densas rocas,
Surge un hilo de plata,
Y entre bosques sombríos
Se ensancha, se acrecienta y se dilata.
Silencioso al nacer, limpio y sereno,
Transparente en su seno,
Los árboles y flores
Robándole su aroma y sus olores ;
Y luego mansamente
Corre y se arrastra entre la umbrosa selva,

Y rizando con nítidos colores
Sus perlas cristalinas
Al ser heridas por el sol ardiente,
Siempre sigue adelante
Su caudal aumentando
Y en rápida corriente
Su lento caminar va transformando.
¡Avanza sin cesar!
Ya no es hilo de plata
Que corre entre las breñas dulcemente;
Su cauce se ha ensanchado,
Y rápido, rugiente,
Atraviesa los montes y los llanos
Sin que nada contenga
Su fuerza y su potencia
Hasta llegar en el confín lejano
A hundirse en el Océano.
¡Así eres tú, Paraná grandioso;
Tu cuna está en el bosque solitario
Y tu tumba en el mar!
¡Así también el pensamiento humano
Nace en bosques sombríos,
Camina y se acrecienta,
Para hundirse después
En el mar infinito del vacío!

EUSEBIO GÓMEZ.

Los Expósitos.

¡Oh! cuando el beso de tu madre tierna
Te dé la bendición de la mañana

Y te acaricie el alma soñolienta
Con el inmenso amor de su mirada,
 ; Acuérdate de aquellos
Que madre sólo á su nodriza llaman!
Cuando en el seno de tu padre escondas
La frente juvenil desesperada,
Y bajen como bálsamo del cielo
Á consolar tu angustia sus palabras,
 ; Acuérdate de aquellos
Que lloran ;ay! en su desierta almohada!
Cuando en las horas de la noche negra
Contra tus muros la tormenta brama,
Mientras en lecho de mullida ropa
Junto á los hijos de tu amor descansas,
 ; Acuérdate de aquellos
Que al solo amparo de los cielos andan!
Cuando á la mesa del hogar paterno
El pan de Dios con tus hermanos partas,
Bajo la aureola de la frente noble
Que con sus gotas de sudor le gana,
 ; Acuérdate de aquellos
Que el vil mendrugo de limosna guardan!
Cuando á la puerta del hogar paterno
Vuelvas de la fatiga y la batalla,
Y entre los brazos de tu madre sientas
Desfallecida de ternura el alma,
 ; Acuérdate de aquellos
Que arrojan ;ay! tras de la puerta extraña!
Y cuando el llanto de tus ojos tristes,
(Ya para siempre oscurecida el alma)
Riegue la sombra de la cruz bendita
Que al pie de su sepulcro se levanta,

¡Acuérdate de aquellos
Que ni la tumba de sus padres hallan!
¡Ah, piensa que el Señor no puso en vano
Un rayo de piedad dentro del alma,
Y sobre el humo de la tierra triste
El sempiterno hogar de la esperanza!

R. GUTIÉRREZ.

Alegrías del Hogar.

I.

Estaba triste mi alma,
Triste como hogar desierto,
Que no brillaba aquel día
El sol dorado en el cielo,
Ni daban hojas y flores
Frescura y aroma al viento,
Ni entonaban sus cantares
Los pájaros en mi huerto.
« ¡Subamos, dije, subamos
Á la cumbre de aquel cerro,
Y en pos de aroma y cantares
Y luz y ambiente sereno,
Tiende desde allí, alma mía,
Por la inmensidad tu vuelo! »

II.

Y subí, subí á la cumbre
Del Ganecogorta excelso,
Y en los valles del ocaso

Descubrí el hogar paterno;
 ¡Y hacia él tendió el alma mía
 Regocijada su vuelo,
 Y allí encontró fe y amores
 Y luz y ambiente sereno,
 Y cantares y perfumes,
 Y esperanzas y recuerdos
 Con que presintió en la tierra
 Las alegrías del cielo!

A. TRUEBA. \

El Valor.

Brame si quiere encapotado el cielo,
 Terror infunda el lóbrego nublado,
 Montes desquicie el Bóreas desatado,
 Tiemble y caduque con espanto el suelo :

Con horrible estallido el negro velo
 Júpiter rompa de la nube airado :
 Quede el Etna en las ondas sepultado :
 Quede el mar convertido en Mongibelo :

La máquina del orbe desunida,
 Cumpliendo el vaticinio y las supremas
 Leyes, caiga en cenizas reducida.

Por éstas de pavor causas extremas,
 Ni por las furias que el tirano anida,
 Como temas á Dios, á nada temas.

DANIEL ZEQUEIRA Y ARANGO.

Quien debe, paga.

Hay quien tiene la imprudencia
De olvidar, torpe y ligero,
Ó sus deudas de dinero,
Ó sus deudas de conciencia.

Y se forja la ilusión
De que es insolvente, cuando
Está el infeliz pagando
Con su propia estimación.

Porque todo el que se atreve
Á prescindir del deber,
Se expone siempre á perder
Mucho más de lo que debe.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

La Escuela.

Segundo hogar yo le llamo,
Niño querido á la Escuela;
El Maestro es otro padre
Que nos trasmite su ciencia,
Que su afecto nos consagra,
Que por nuestras alma vela.

Del sueño de la ignorancia,
Capullo que nos encierra,

Él, con el libro en la mano
Á otra vida nos despierta :
Á la vida esplendorosa
Que á lo ignorado nos lleva;
Él, con cariño profundo,
Á ser buenos nos enseña,
Pues la moral es el libro
Que nunca falta en la Escuela.

La Escuela, mansión sagrada,
Hoy como nunca más buena,
Regocijo de la infancia,
De la juventud palestra.
En ella, ¡qué de alegrías
Nuestro corazón encuentra!
Los cariños del Maestro,
Sus palabras, sus promesas,
Todo la hace á nuestras almas,
Grata y dulce, santa y bella.

Este siglo que ya tocó
Á su fin, en la carrera
Presurosa de los tiempos,
Es el siglo de la Escuela.
De sus aulas han salido
Los artistas, los poetas,
Los guerreros, los filósofos,
Cuantos brillan en la escena
De la vida, cuantos forman
Las legiones de la idea,
Los heraldos del progreso
Que lo empujan y lo alientan.

Niño que ves estas páginas,
No desertes de la Escuela,
No abandones imprudente
Los dinteles de sus puertas.
Si es que en tu alma, como en nido
Que aye prósvida calienta,
Dios ha puesto la esperanza;
Si es que aspiras, si es que anhelas
Algo grande, nombre y gloria,
Lo tendrás yendo á la Escuela.

RICARDO DOMÍNGUEZ.

Paciencia.

¡Paciencia! virtud sublime,
Hermana de la Esperanza,
Bálsamo santo que curas
Las hondas penas del alma;
¿Qué fuera del desgraciado
Sin tu salvadora magia?
¿Qué hiciera el hombre en el mundo
Si acaso tú le faltaras?
¡Vivir es luchar sin tregua!
¡Vivir es gastar el alma!...
Sin ti ¿quién lograr pudiera
El laurel de la batalla?
¡Tú das valor al que sufre,
Del cansancio valor sacas,
Das fuerza al que fallece
Y al desesperado salvas!

Cuando parece que el cielo
Se olvida de nuestras lágrimas
¿Cuál es la constante amiga
Que firme nos acompaña?

¡Eres tú, virtud sublime,
Eres tú, paciencia, santa,
Mano de Dios en la tierra,
Hilo que al cielo nos atas!

¡Bendita seas mil veces
Bordón de nuestra jornada,
Único apoyo del triste,
Sola luz de la desgracia!

¡Bendita seas, pues eres,
Revelación sacrosanta
De la bondad de los cielos,
De la grandeza del alma!

¡Tú lo eres todo en el mundo,
De la vida eres la savia,
Por ti alienta el hombre; y sólo
Muere cuando tú le faltas!...

X...

Mis Montañas.

Lejos estoy de mi patria,
De mi patria tan querida,
Y de mi abatida frente
La palidez enfermiza,
No vienen á refrescar
Sus embalsamadas brisas.

Montañas americanas,
Hermosas montañas mías,
En donde canta el zentzontle
Y do el huitlacoche anida;
En cuyas agrias pendientes
De eterno verdor ceñidas,
El Indio cuelga su choza
Cual nido de golondrinas;
En donde el hogar del pobre
Con alegre fuego brilla,
Que alimenta el liquidámbar
Con su gomosa resina,
Y del cedro y linaloc
Las maderas exquisitas;
¿Dónde están vuestros rumores
Y aquella dulce armonía
De las frondas apiñadas
Que el süave viento agita?
¿Dónde el salvaje mujido,
Que los ecos repetían,
Del espumoso torrente
Que por gargantas sombrías,
Rodando de roca en roca,
Airado se precipita?

¡Ah! si yo viera aquel valle
De espléndida perspectiva,
Con sus lagos transparentes
En que los cielos se miran;
Con sus azules canales,
Con sus chinampas floridas,
Y su cerco de montañas

Que los pinares erizan :
Si yo viera un solo instante
Las siempre nevadas cimas
Del alto Popocatépetl.
Y del gigante Ixtacihuatl,
¡Ay! ¡cómo gozara mi alma!
¡Ay! ¡cuánta fuera mi dicha!

Pero estoy lejos, muy lejos,
De aquella tierra bendita,
Donde las flores no mueren
Ni el helado cierzo silba;
Do el árbol no se despoja,
Y entre sus frondas abriga
Enjambres de colibríes
Que al volar rápidos brillan
Cual primorosa cascada
De luciente pedrería.

Allá es más azul el cielo,
Allá más hermosa brilla
La luna, y el sol ardiente
Benigno calor envía;
Allí al cansado viajero
Frescura y descanso brindan
El platanar rumoroso
Y las fuentes cristalinas;
Allí se meció mi cuna,
Allí mi madre querida
Me alimentaba á su seno
Y en sus brazos me adormía;
Allí pasé de mi infancia

Aquellas horas benditas
En que el alma no conoce
Los pesares de la vida;
Y allí de mis tiernos padres
Las veneradas cenizas
Duermen, bajo los rosales
Que sus rosas no marchitan.

¡ Oasis del Nuevo Mundo!
¡ Adorada patria mía!
Quiera Dios que vuelva á verte,
Y que al acabar mi vida
Exhale mi último aliento
Entre tus fragantes brisas,
Bajo tu estrellado cielo,
Y escuchando la armonía
De tus pájaros cantores
Que en tus arboledas trinan.
¡ Montañas americanas!
¡ Hermosas montañas mías!...

JOAQUÍN GÓMEZ VERGARA

Meditación.

Labra en la torre parda golondrina
El nido que la hospeda en el verano;
Entre flores la abeja peregrina
Alza gótica alcázar soberano.

Son las rocas más tristes y más solas
De la gaviota audaz seguro abrigo
Y bajo el manto azul de inquietas olas
Vive el pez sin sombra y sin testigo.

Nace el insecto bajo tosca piedra
Y el cárabo infeliz muere olvidado
Donde con flores fúnebres, la yedra
Cubre el muro del templo abandonado.

Vive el cóndor que en atrevido vuelo
Salva abismos tan hondos como grandes,
Bajo la augusta bóveda del cielo
En la elevada cima de los Andes.

¿Mas donde ¡oh Dios! tu poderosa mano
Que al orbe presta impulso y movimiento
Ha colocado el nido soberano
Donde se forma y crece el pensamiento?

El mar es un abismo y lo sondea
El hombre en busca de grandeza y nombre,
Mas, ¿donde está la cuna de la idea
Que aun no la puede descubrir el hombre?

¿Quién dió á Colón la inspiración secreta
Que realizó su esfuerzo temerario?
¿Qué libro consultó cada profeta
Al anunciar los hechos del Calvario?

¿Quién ha encendido ese astro fulgurante,
Que todo el cielo con su luz abarca?
¿Dónde encontró su inspiración el Dante,
Newton su genio y su pasión Petrarca?

¿Cómo ha podido ¡obrero sin segundo!
Alzar el hombre templos y ciudades,
En alas del vapor cruzar el mundo
Y burlar las soberbias tempestades?

¿Quién le dió su poder á la conciencia,
Luz á los ojos, fuerza á la memoria?
¿Por qué amamos los triunfos de la ciencia,
De la virtud, del genio y de la gloria?

¿Adónde ¡oh Dios! tu poderosa mano
Que al orbe presta impulso y movimiento,
Ha colocado el nido soberano
Donde se forma y crece el pensamiento?

¡Por todo el cosmos tu poder se extiende!
¡Sólo tú sabes lo que el hombre ignora!
Nadie el misterio de tu ser comprende;
¡Oh eterno Dios! ¡mi corazón te adora!

Sólo en ti, en las borrascas de la suerte,
Mis ya cansados ojos están fijos;
Caiga tu bendición sobre mi muerte
Y sé después el padre de mis hijos.

Adoro tu poder y humilde creo
Que es tuyo el hondo porvenir del hombre,
Y prefiero ser ciego antes que ateo
Y antes que profanar tu excelso nombre.

JUAN DE DIOS PEZA.

Inspiración.

Allá del Ande en la nevada cumbre
Que cual titán membrudo se levanta,
Y del cielo la enorme pesadumbre
Sobre su dorso de granito aguanta;
Allá en la cresta erguida
Que al primer rayo de la luz se enciende,
Donde el cóndor anida
Y el vuelo audaz sobre las nubes tiende;
Envuelto de la niebla en los jirones
Que el pálido crepúsculo ilumina,
Vela sobre las jóvenes naciones
El genio de la América Latina.
Y en ellas fija su mirada intensa,
Y al verlas grandes con placer respira,
Y de la mar tras la extensión inmensa,
De tantos pueblos á la Madre mira.
Todo es silencio en la nevada altura,
Ni un eco los picachos extremece,
Y del Genio la voz vibrante y pura
Voz de los cielos, al sonar, parece :

« ¡ Salud, Virgen del Mundo,
América inocente,
De jóvenes repúblicas
Magnífico plantel;
Altiya y fuerte y grande
Mostrar puedes la frente
Del orbe á las miradas
Ceñida de laurel;

Es noble y es hidalga
La sangre de tus venas ;
De nobles ambiciones
El germen late en ti ;
En ti ya no hay esclavos,
En ti ya no hay cadenas,
La Libertad sagrada
Su trono puso aquí.
Cuando el audaz marino
Que te entrevió soñando
El solitario piélagos
Buscándote surcó,
Tú, fuistes á su encuentro,
Tesoros derramando,
Y el pueblo á quien los diste
De madre te sirvió.
En ti de su hidalguía
Dejó grabado el sello ;
¡Mentira! si te dicen
Que tu tirano fué :
¡Mentira! á torpe yugo
Jamás unció tu cuello ;
Te dió sangre y glorias,
Idioma y honra y fe.
Tu madre fué : bendícela ;
Y si hoy, emancipada,
La senda del progreso
Recorres sola ya,
Trabaja y no te rindas,
En tu labor sagrada,
No cejes, y así tuyo
El porvenir será... »

Calló el Genio, y tendiendo vigoroso
Su vuelo al sol que tras la mar se hundía,
Fué á perderse en el seno vaporoso
De la insondable inmensidad vacía.

JUAN OSÉS.

La Vieja.

(SONETO.)

Petrarca ya un altar no la inaugura,
Ya del Dante no la sueña ideal tesoro;
El Tasso no la esculpe en versos de oro;
Byron no aspira el don de su ternura.

¡Pobre mujer! ¡El sol de su hermosura,
Pasó en la edad azul como un meteoro,
Y de una vieja en el senil desdoro,
Veis hoy grotesca la silueta oscura!

Pero si al mundo hilaridad inspiran
Labios sin perlas en su faz rugosa,
Amantes tiene : como á un Dios la miran.

¡Y yo os daría la beldad más vana,
De rubias trenzas con la tez de rosa
Por un cabello de mi madre anciana!...

CARLOS AUGUSTO SALABERRY.

La Misión del Maestro.

Un hombre ví de corazón valiente,
De virtud, de talento esclarecido...
Acaso puso Dios sobre su frente
El signo salvador del elegido.

El hombre virtuoso trabajaba
Día y noche en la viña del Señor.
Y á la infancia inocente consagraba
Su sólida instrucción, su inmenso amor.

El ángel malo su mirada impura
Fijaba siempre en él cuando sufría,
El mundo despreciaba su amargura
Y el ángel tentador se sonreía.

En su rencor murmuraba
Siempre del justo al oído :
« Hombre infeliz y sufrido,
¿Por qué te afanas, por qué?
La sociedad egoísta
Á consolarte no viene,
¿Quién tu constancia sostiene? »
Y él contestaba : « La fe. »

« Á este tu pobre retiro
Ni el aura de los jardines,
Ni de suntuosos festines
El vago rumor alcanza.
El mundo tiene placeres
Que conocer no deseas
¿En estas tristes ideas,
Quién te anima? » — « La esperanza. »

« ¡La esperanza! Vanamente
 Su nombre plácido invocas,
 Esas esperanzas locas
 Me causan risa en verdad.
 Si la niñez que hoy educas
 Mañana ingrata te olvida,
 ¿Qué será lo que á la vida
 Te ligue? » — « La caridad.

« En vano intentas, en vano
 Acibarar mi existencia,
 Mientras tenga la conciencia
 De mi propia dignidad ;
 Entre sus pliegues el viento
 Lleva tu palabra impura,
 Y en torno á mi sien murmura :
Fe, esperanza y caridad. »

.

Trascurieron después algunos meses,
 El hombre generoso no existía,
 Y cercada de fúnebres cipreses
 Una tumba modesta se veía.

Cuando aquella morada solitaria
 Invadían las sombras misteriosas,
 Se oía murmurar una plegaria
 Por voces infantiles y armoniosas,

Y de flores fragantes alfombrada
 La tumba estaba al despuntar el día,
 Y una lágrima dulce, inmaculada
 Tal vez entre las hojas relucía.

Era el tributo fiel de la inocencia,
Impulsada de noble gratitud,
Al insigne varón que su existencia
Consagrara al deber y á la virtud.

Al mirarle de gloria coronado
Los ángeles del cielo sonreían,
Y al recibir al tentador burlado
Los hijos de Belial se estremecían.

PILAR PASCUAL DE SAN JUAN.

¡Adelante!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas
Asilo de la enérgica pobreza;
Donde creció el jaral y la maleza
La viña lujuriente medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando á su señor adusto,
El torpe corazón siempre con susto
De perder de su afán el fruto vil,
Mientras él siembra el odio y la zizaña,
Mientras robustas manos siembran trigo;
Mientras ve en cada hombre un enemigo,
Amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une,
Le apretará con la honradez probada;
¡Sus, al combate! á la conquista ansiada
Del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! ¡bizarro,
Sus pensamientos en la patria fijos,
Ese llegue á tener hermosos hijos,
Hombres libres, de limpio corazón!

La gran naturaleza nos invita
Á su festín suntuoso; seamos parcos,
Y al repasar por sus triunfales arcos
La libertad, nos guíe con su luz;
Bajo su influjo bienhechor la dicha,
La paz y la abundancia nos esperan:
¡Á los valientes que en la lucha mueran
Un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayéis conscriptos del progreso;
Rasgue el árado el seno de la tierra;
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley;
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
Allanemos la ríspida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
Nos la haga más liviana el noble canto
Del poeta; las artes con su encanto,
Á nuestro rudo afán den galardón;
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos,

Invitando á los pueblos soberanos
 Á seguir de los libres el pendón.

Y dulce será ver en nuestros lares
 De la jornada al fin, todos reunidos,
 Á los seres amables y queridos
 Que ennobleció el trabajo y la virtud;
 Recordando los triunfos del pasado
 En las largas veladas del invierno,
 Ó elevando sus preces al Eterno
 Que nos da la esperanza y la salud.

CARLOS GUIDO SPANO.

La Tempestad.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
 Del aire trasparente de la región azul?

¿Qué quieren que cuando el paso de su vacío ocupan
 Del cénit suspendiendo su tenebroso tul?

¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
 Y al firmamento trepan en lóbrego montón,
 Y el puro azul alegre del firmamento manchan
 Sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamente por cima de los montes,
 Avanzan en silencio sobre el rugiento mar;
 Los huecos oscurecen de entrambos horizontes;
 El orbe y las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas : huyeron las estrellas :
 Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
 Ya reinan solamente por los espacios éllas;
 Do quier se ven tinieblas, más firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
 Del tenebroso velo que le embozó detrás,
 Que cuando más los ojos se empeñan en buscarle,
 Se esconde el firmamento de nuestros ojos más.

¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan
 Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por do quier!
 Á cada instante que huye la lobreguez aumentan,
 Y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos
 Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión,
 Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
 Ya de movibles monstruos alígero escuadrón.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
 Las desiguales copas y el campo desigual,
 Ya informes pelotones de objetos peregrinos
 Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guía?
 ¿Quién habla dentro de ellos con tan gigante voz
 Cuando retumba el trueno y cuando va bravía
 Rugiendo por su vientre la tempestad veloz...?

¡Señor, yo te conozo! la noche azul serena
 Me dice desde lejos : « Tu Dios se esconde allí. »
 Pero la noche oscura, la de nublados llena,
 Me dice más pujante : « Tu Dios se acerca á ti. »

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando, al cruzar el éter, relampagueando vas.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crujiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilón.

¿Quién ante ti perece? ¿Quién es en tu presencia
Más que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el día : tu soplo la existencia :
Tu alfombra el firmamento : la eternidad tu ser...

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Aunque mi vista impura tu aparición no ve,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fe.

JOSÉ ZORRILLA.

El Microscopio y la Gota.

Una gota matutina
Contra el sol buscando abrigo,
Le halló en el cáliz amigo
De una rosa purpurina;
En su mansión peregrina
Vióla un sabio que pasó;
Su microscopio tomó,
Y en confusión espantosa
Una multitud monstruosa
En la gota descubrió.

Cuando eso nos relataba,
Lo hacía el sabio creyendo
Que ya quedaba sabiendo
Lo que en la gota pasaba :
El imprudente la erraba,
Cegado por su saber,
No queriendo comprender
Que el microscopio servía
Para ver... lo que podía,
No lo que había que ver.

Si el instrumento no fuera,
Por humano deficiente
Y el buen sabio, con su lente,
El todo en la gota viera,
Sin duda desapareciera
Aquella escena de horror :
Y con profundo estupor,
Donde confusión buscara,
Armonizando encontrara
Orden, belleza y amor.

¡Así es la vida mezquina!
Si, cuando al hombre juzgamos,
Todo á la razón fiamos,
Que nuestros juicios domina,
Ella, nuestra vista inclina
Á sondar el corazón;
Nota luego la razón
Que la sonda *fango* anuncia
Y el veredito pronuncia
Donde paró la visión.

Yo me siento luz y lodo,
Y sólo en Dios confiando
Voy mi existencia pasando;
Que, si veo sombra en todo,
Me da, de orientarme, modo
La que proyecta la cruz :
¡ La otra es mero capuz
Que á sus destinos responde
Cuando á la flaqueza esconde
El sol de la eterna luz !

AURELIO BERRO.

Pensamiento.

Llegó la noche, y no encontré un asilo :
¡ Y tuve sed ! Mis lágrimas bebí ;
¡ Y tuve hambre ! Los hinchados ojos
Cerré para morir.

¡ Estaba en un desierto ! Aunque á mi oído
De las turbas llegaba el ronco hervir,
Yo era huérfano y pobre... ¡ El mundo estaba
Desierto para mí !

GUSTAVO BÉCQUER.

La Ilusión.

Soñé que la fortuna, en lo eminente
Del más brillante trono, me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente.

Soñé que hasta el ocaso, desde oriente,
 Mi formidable nombre discurría,
 Y que del septentrión al mediodía
 Mi poder se adoraba humildemente;

De triunfantes despojos revestido,
 Soñé que de mi carro rubicundo
 Tiraba César con Pompeyo uncido.

Despertóme el estruendo furibundo,
 Solté la risa y dije á mi sentido :
 Así pasan las glorias de este mundo.

DANIEL ZEQUEIRA Y ARANGO.

Á los que estudian.

¡Atrás quedad, los viejos horizontes
 Que en círculo mezquino
 Cercáis la inteligencia
 Y sublime volar del pensamiento!
 ¡Atrás quedad! El campo de la ciencia
 Tiene la inmensidad del firmamento.

El espíritu es luz. ¡Dejad que brille
 Disipando la sombra que rodea
 Á la sacra verdad! ¡Dejad que vuele
 En su alma de relámpago la idea!

¿Quién encadena á estúpido sosiego,
 Á lánguido desmayo

Las águilas del trópico, que tienen
 Para mirar el sol ojos de fuego
 Y alas que cruzan la región del rayo?...

¡Y es águila del alma el pensamiento
 Que el sol de la verdad busca anhelante,
 Y que quiere en sus giros vagabundos,
 Chispa de Dios flamígera y errante,
 Perderse en lo infinito de los mundos!

¿Á dónde llegará?

Naturaleza

Es un libro sellado de misterio
 Cuyas profundas páginas empieza
 El hombre á deletrear. De su camino

En el rápido paso

Cada generación descifra apenas
 Algunas letras, de misterio llenas,
 Y se hunde de la tumba en el ocaso.

Mas la conquista de la edad que muere
 Es el tesoro de la edad que nace.

No es la ciencia relámpago que hiere
 Un instante la vista y se deshace;

Sino el astro inmortal, la estrella fija
 Que en la serena frente de los siglos

Inapagable encienden

Mil ráfagas de luz que se condensan,
 Ráfagas que alumbrando se desprenden
 De los grandes espíritus que piensan.

¡La gloria allí! Constelación fulgente
 Que deja en su trascurso fugitivo
 De cada edad el alma inteligente,

Única aureola con que puede altivo
Un siglo ilustre coronar su frente.

Tras esa aureola camináis, hermanos;
Vosotros, los cerebros en que bulle
Mariposa de luz la fantasía,
Ansiosa de tender sus alas de oro
En campos inundados por el día;
Vosotros, operarios impacientes,
Que secáis á la hoguera del estudio
El frescor juvenil de vestras frentes;
Obreros del saber, cuya faena
Comienza con la aurora,
Sembradores ahora
Del generoso grano de la ciencia,
Segadores mañana
De los frutos del alma inteligencia.

Sois nuestra juventud, arca sagrada
Do con amor guardamos
La fe del Porvenir idolatrada.

Sois en este momento
La mano que entreteje, siderales,
De la patria á los lauros inmortales
Las flores luminosas del talento.
Sois el alma dormida en el regazo
De la casta ilusión, nido de flores,
Soñando en el abrazo
De la ciencia ideal de los estudios.
Sois el ardiente corazón mecido
Del ensueño en la nube transitoria;
¡ Sed también el espíritu encendido
En la ambición sublime de la gloria!

¡Alentad nuestra fe! ¡Rasgad el velo
 Que el horizonte patrio descolora;
 Alzad en el oriente de su cielo
 Vuestra frente de aurora!

Y no sintáis vuestros felices días
 Del fatigoso estudio
 Ir consumiendo en la vigilia quieta...
 Acaso valen más vuestros desvelos
 Que los sueños febriles del poeta.

Los sueños del poeta son estrellas
 De tan remoto cielo, que se apagan
 Apenas cuando nacen;
 Efímeras centellas
 Que de la vida entre la niebla vagan
 Y que al soplo del mundo se deshacen,

¡No desmayéis! Sus páginas benditas
 Os abre la Creación : buscad en ellas
 La luz de la Verdad. Están escritas
 En el oro inmortal de las estrellas,
 Del volcán en las lavas seculares,
 En el pórvido oculto de la roca,
 En el abismo ignoto de los mares,
 Del vapor comprimido en la potencia,
 En la centella eléctrica del rayo,
 Y en el cáliz de esencia
 De las flores purísimas de Mayo.

No descanséis en la obra del creyente,
 En buscar como el pan de cada día
 El pan de la verdad á vuestra mente.

Ola es la vida que á perderse corre
 Del sepulcro en la bruma,
 El paso por el mundo es una oleada,
 Y los goces del mundo son espuma.
 Que sea vuestro vivir linfa serena
 Que el campo del estudio fertilice.
 Que haga brotar el fruto de la ciencia,
 La paz en el hogar de la conciencia
 Y fama que después inmortalice.

Sois la esperanza en flor de nuestra gloria,
 El mañana feliz que ambicionamos;
 Dejadnos por memoria
 Flores de ciencia que ceñir podamos
 Á la serena frente de la Historia.

Obreros del saber, ¡ prended la ciencia
 Como un ala de luz al pensamiento,
 Y con ella lanzad la inteligencia
 Á iluminar el mundo
 Y titán á escalar el firmamento!

¡ Hijos del porvenir, dejad que vuele
 En su ala de relámpago la idea
 Y á su excelso fulgor iluminaos!
 ¡ Reine la Ciencia! ¡ Que el Progreso sea!...
 ¡ Y al hacerse la luz, rásguese el caos!

MANUEL M. FLORES.

El Ferrocarril.

Lanzó á los vientos su pendón de fuego,
 Rasgó los aires su silbido agudo;

Su aliento de humo es el fecundo riego
Que anima el seno del desierto mudo.

¡Miradlo! va tragando las distancias;
Parece apenas que la tierra toca;
Y devorado por febriles ansias,
Nubes vomita por su ardiente boca!

¡Miradlo! es el guerrero del presente,
El genio armado de la nueva idea;
La luz del porvenir brilla en su frente,
Y su penacho de vapor ondea.

¡Miradlo! es el centauro del progreso,
Es el audaz conquistador moderno;
¡Está de sangre su pendón ileso,
Su gloria brilla con fulgor eterno!

¡La barbarie se esconde amedrentada
En divisar su enseña brilladora,
Como las sombras de la noche alada,
Al centellear un rayo de la aurora!

¡Los tiempos del futuro que dormitan
Del desierto en las vírgenes entrañas,
Á su acento despiertan y palpitan,
Cual palpita el volcán en las montañas!

¡Es del progreso la primera aurora,
Que irradia en esta tierra bendecida,
En esta tierra, siempre vencedora,
En esta tierra, hidrópica de vida!

¡Es el acento de la audacia humana,
Que crece, se duplica, se agiganta;
Que pone de la vida en la mañana,
Las alas del relámpago á su planta!

OLEGARIO V. ANDRADE.

La Oración.

Estaba triste y oré;
Me sentía sin consuelo,
Y con la vista en el cielo
De rodillas me postré.

Á Dios confié mi aflicción
Y al punto cesó mi llanto;
Porque es un bálsamo santo
Para el alma, la oración.

Con inefable contento
Se fué inundando mi alma;
Y poco á poco la calma
Fué aliviando mi tormento.

Á medida que fuí orando
Fué mi mal disminuyendo;
Empecé el ruego llorando
Y lo acabé sonriendo.

Sentí el pecho consolado
Del peso que oprimía,
Pues en él ya no latía
Mi corazón angustiado.

¡Oh! ¡poder de la oración!
El que tu influjo no siente
No conoce del creyente
La dulce consolación.

Mas el que escucha tu voz
Y á tu eficacia se entrega
Siente que por ti se anega
En las dulzuras de Dios.

Creedme, los que sufrís,
Orad y hallaréis consuelo,
Ofreciendo á Dios del cielo
Las penas que aquí sentís.

Creedme, los que gozáis,
Más será vuestra ventura
Si con fe cristiana y pura
Humildes al cielo oráis.

La oración es la bonanza
Que calma los corazones
Cuando el mar de las pasiones
La fe enturbia y la esperanza.

La oración es como el faro
Para el náufrago afligido,
Luz del corazón perdido
Del alma que sufre amparo.

Creed los que padecéis,
Creed los que el bien gozáis;
Si á Dios con fervor oráis
De Dios amparo tendréis.

X...

Filosofía rural.

I.

Sobre el valle se eleva la montaña,
En la cumbre levántase el aprisco,
Junto al aprisco se alza la cabaña,
Y en la cabaña oriada de lentisco,
Madroñeras, jarales y romero,
Vive tío Juan, el campesino rudo,
Humilde como tímido cordero
Y más valiente que mastín lanudo.
Falto de penas, lleno de alegrías,
Mira pasar los meses cual los días
Feliz en su pobreza,
Y sólo advierte el vuelo de los años
Por la nieve que cubre su cabeza
Y el aumento que nota en sus rebaños.

¿Que si vive feliz? ; Mas que un monarca!
Toda la tierra que su vista abarca
Es reino en que domina y señorea;
Y aspirando el perfume de las flores
Que lleva á la Patrona de su aldea,
Y escuchando los trinos gemidores
Del pájaro que endecha fiel cariño
Vive vida tan dulce y tan süave
Que se duerme rezando como el niño
Y despiertan cantando como el ave.
Es tío Juan un filósofo profundo,
Y es su libro de texto la Doctrina;

Compendia el mundo en el pequeño mundo
 Que se extiende á los pies de la colina,
 Y cuando alguien demanda su consejo,
 Tras breve reflexión, con voz muy queda,
 « Cumple con tu deber, exclama el viejo,
 Y suceda después lo que suceda. »

II.

Hablando con tío Juan de los enconos
 Que existen entre obreros y patronos,
 Le expuse las obreras pretensiones.
 Me escuchó el abuelito muy atento,
 Y por contestación á mis razones
 Me refirió este cuento :

« De ser bueyes mis bueyes ya cansados,
 Una tarde dejaron los arados,
 Resistiendo volver á la besana
 Á proseguir en sus trabajos rudos ;
 Los dejé descansar, y á otra mañana
 Mis huelguistas cornudos
 Negáronse á tirar de la carreta
 Con tozuda porfía ;
 Al corral los llevé, los puse á dieta
 Y... ; trabajaron al siguiente día ! »

III.

Junto al claro arroyuelo
 Que almorir en los mares bramadores
 Es como el hombre que mirando al cielo
 Pasa la vida fecundando el suelo
 Y deja estela de campestres flores,

Volví á hablar con tío Juan de extraño tema :
 Del anarquismo, que inventando agravios,
 Con fuego y dinamita al orbe quema.

Sin desplegar los labios

Y sin mover pestaña

Me escuchó silencioso el buen cabrero,
 Y al cabo, contemplando su cabaña,
 Un caso me contó que contar quiero :

« Cuando el invierno la heredad blanquea,
 Sale el lobo feroz de sus cubiles;

El hambre lo espolea

Á entrar en las cabañas y rediles,
 Ansioso de morder y de hacer daño.

En valor el mastín al lobo iguala;

Mas ¿qué fuera del perro y del rebaño

Si no tuviera mi escopeta bala?...

Mato al que mata, y al menor barrunto,

Castigando al ladrón castigo el robo,

Y al disparar ni dudo ni pregunto;

¡Me basta y sobra con saber que es lobo! »

IV.

Una tarde serena del estío,

Á la orilla del río, —

Donde por ley fatal siempre cumplida

Va el arroyuelo manso

Ansioso de descanso,

Como al mar de la muerte va la vida, —

Me encontré con tío Juan, siempre animoso,

Y al hablarle del rico y del dichoso,

Y al referirme al pobre desvalido,
 Y á los humildes pájaros sin nido
 Que recorren los páramos del suelo
 Y caricias y pan á un tiempo imploran,
 Enternecido el venerable abuelo
 Exclamó, con los ojos en el cielo :
 « ¡Resignación! ¡Felices los que lloran! »

.

V.

Fiera es la lucha que la vida entraña;
 Cuando en ella, con armas desiguales,
 Chocan el mal y el bien con ruda saña,
 Recuerdo la cabaña
 Que perfuman cantuesos y jarales,
 Y recuerdo al filósofo cabrero,
 Al buen tío Juan, al campesino rudo,
 Humilde como tímido cordero
 Y más valiente que mastín lanudo...

M. R. BLANCO BELMONTE.

Plegaria del Alba.

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
 Dormido en tu regazo, madre mía,
 Sobre mi frente pálida sentía
 El beso de tu amor, sublime y tierno.

Soñé que, al despertar, tu dulce acento
Como un eco del cielo desprendido,
Anidaba su música en mi oído
Para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
Mis ojos ¡ay! acariciando abría,
Y al levantar los párpados, veía
El rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
Rizó por mí tu venerable frente,
¡Como clara y purísima corriente
Besada por el soplo de la brisa!

Soñé... mas ¡ay! que, al despertar del sueño,
Me hallé muy lejos de hogar amado
¡Y tan sólo en mi espíritu grabado
Su semblante purísimo y risueño!

¡Ah! yo soñaba despertar contigo,
Madre de mis hermanos, madre mía,
Y me hallé que en un páramo dormía
Bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo
Y besando tus flores perfumadas,
Acaso con tus lágrimas regadas,
Levanté mi plegaria de consuelo :

¡Feliz aquel que al despertar del día,
Aunque proscrito del hogar paterno,
Encuentra el corazón profundo y tierno
Que responda al llamarle : ¡madre mía!

RICARDO GUTIÉRREZ.

Enseñanzas del Tiempo.

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuán poco me ofendo de mi daño.

Vuelvo los ojos que el mejor sentido
Alumbra, y hallo una pequeña senda,
Do paso humano apenas está esculpido.

Procuro, antes que el breve sol descienda
Á encubrirse en el último Occidente,
Llegar al fin de esta mortal contienda.

Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;

Tal de mi afrenta y mi dolor cargado,
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.

Aquel vigor, aquel celeste fuego,
Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.

Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.

¡Oh cierto desengaño vergonzoso!
¡Oh grave confusión de nuestro yerro!
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!...

La edad robusta huye apriesa, y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufanía;
Y á tu furor ninguna fuerza basta.

¿Cuántas cosas mostró el sereno día
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fría?

Venció vencida Troya, y derribada
Se alzó; y en su ruina se postraron
Los muros de Micenas estimada.

Las vencedoras llamas abrasaron
Las altas torres que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabaron.

El Africano ejército importuno
Á España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dejó á ninguno.

Mas rotó sufre igual el duro estrago
Por la mano española; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.

Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivía oscuro, osado se aventura
Por el remoto golfo de Occidente;

Y con valor, igual á su ventura,
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.

Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa, pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.

No descubre la luz del rojo Apolo
Tal vigor y osadía, y brazo fuerte,
En cuanto cerca en uno y otro polo.

Tú, domador de toda humana suerte,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.

Tú ejercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio turco fiero,
Y del persa el valor y fortaleza.

Las celadas y escudos el ligero
Araxes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo Trace y Medo caballero.

Osadas gentes, duras y sañosas,
Á la ambición de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas;

Teñid en sangre el hierro, y el estrecho
Paso abrid, ¡oh crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.

No volváis la fiereza y brazo fuerte,
Y el furor de la ira no vencida,
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte.

Que ya la gloria del valor perdida
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud que tanto fué temida.

Culpa de quien, pudiendo, la maltrata
Y no le da lugar; antes procura
Que muera á manos de la envidia ingrata.

La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruído reino Lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura :

Bañado en noble sangre el africano
Campo rebosa, y con dolor suspira
Lejos Atlante, y Avila cercano.

El impio Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro; y sin pavor seguro
Á su marino claustro se retira.

El alto, fuerte, inexpugnable muro
Pasó la fuerza hispana, y puso á tierra
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.

Mas ¡oh infame remate de tal guerra!
Reina el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mesmo vencedor destierra.

¡Oh cuánto en vano se ha expendido! ¡oh cuánto
Valor esconde aquel ingrato suelo,
Que al turco de temor cubriera y llanto!

No ha visto él, que ve todo, inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Más firme corazón y sin recelo.

Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo y desleal nobleza,
Indigna de sufrir vital aliento;

¿Dó está la fe que á la real alteza
Debes? ¿Á dó huyó de tu memoria?
¿Á dó la religión y su firmeza?

¿Piensas ó esperas alcanzar victoria
Contra Dios, contra el rey? ¡Oh ciego intento,
Digno de vituperio y no de gloria!

¡Oh cómo crías en tu pecho fuego
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!

Cual soberbio turbi6n de la fragosa
Alcázar se despeña de Apenino,
Tal va contra ti España poderosa.

Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.

No puedo, aunque procuro á mi despecho,
Librarme de ellos; y mal grado mío
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.

Oso temiendo, y con el mal porfío;
Y tal vez la razón lugar me deja
Contra mi obstinaci6n y desvarío.

Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasi6n que viene; y quedo ufano
De aquello que debiera tener queja.

¿Quién pudiera traer siempre á la mano
De la raz6n la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano?

Varias revueltas de confusa vida,
Dejadme respirar de mi deseo,
Dejadme ya curar esta herida :

Que todo cuanto pienso y cuanto veo
Es dar aliento á la ardorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.

Dichoso aquél á quién jamás inflama
Vano amor, ambición, y lo que adora
Y teme el vulgo incierto siempre y ama.

Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma á cualquier hora.

Y de cuanto fatiga y da cuidado
Á nuestros votos, libre va paciente
En todos los peligros no turbado.

Y no sufre en su pecho ni consiente
Que algún liviano afecto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente.

Antes mayor, más glorioso y alto,
Que lo que alcanza fortaleza alguna
Se ve, y de riscos bienes menos falto.

Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va con tino,
Y cualquier ocasión le es importuna.

No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el día extremo; fiero
Dispuesto si á seguirle en su camino.

Nosotros, turba vil, con afán fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien precedero.

En mil casos presentes peligramos ;
Y pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.

Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre,
Y alzarnos casi nunca nos sucede.

Él mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.

Soplo airado no bate al yerto asiento
Del elevado Olimpo, si no alcanza
Á su ensalzada cima el fiero viento.

Quien tan rastrera trae la esperanza,
Desespere llegar á tal estado ;
Que aunque tenga de sí más confianza,
Al fin verá que en vano se ha cansado.

D. FERNANDO DE HERRERA.

El Salvavidas.

(DE MOORE.)

Es dulce contemplar cuando las olas duermen
Alguna hermosa barca que cruza por el mar ;
Las brisas de verano parece que suspiran,
Las olas se lamentan las rocas al besar.

Mas ¿quién no mira ansioso con emoción profunda
El viejo salvavidas que en las tormentas va,
Llevando la esperanza al pobre marinero
Que en medio de las olas abandonado está?

¡Dios quiera que entre aquellos que en horas de contento
Tuvimos dulce goces en el tranquilo hogar,
Haya uno que cual ése gastando salvavidas
Acuda en nuestra ayuda en horas de pesar!

F...

El Maestro y la Enseñanza.

Ni un eco, ni un gemido, ni una nota;
Indeciso el espíritu gigante
Entre neblinas impalpables flota;
El corazón, en su latir constante
Lleva la sangre á la materia inerte,
Siendo cada oleada
Un paso de la vida
Que avanza en el camino de muerte...

Los ojos del que nace
Miran la luz sin que la luz comprendan;
Pues, por más que se pinte en sus pupilas,
Ni perturban su calma,
Ni en miradas ardientes ó tranquilas
Vence á la luz del sol la luz del alma...

Los labios balbucean solamente
Ecos incomprensibles de un deseo;

Las manos buscan el objeto ansiado,
Agitándose al aire vanamente...
¡Es el albor de la existencia humana!...
 ¡La primera sonrisa
Con que despierta el sol de la mañana,
Y la primera gota de rocío
 Que congela la brisa
Dentro del cáliz de la flor temprana!...
 Despierta el pensamiento
Ese destello vívido y sublime
De la sonrisa del autor del mundo;
 Ese anhelar sin cuento
Que á todo tiende y que doquier se imprime;
 Ese poder fecundo
 Que hace surgir del día
La noche tenebrosa, que la entraña
 Del arcano más hondo
De eterna lumbre y de esplendores baña;
 Ese atleta incansable
Que llega á penetrar en lo infinito
 Y doma lo indomable,
Y con secreto amor, puro y bendito,
 Ni en límites se encierra,
Ni reconoce vallas de granito,
 Ni con el mal se aterra,
Ni se doblega á bárbaras prisiones,
Ni acierta á derramar sus concepciones
En la lóbrega cárcel de la tierra...

 Y al despertar avanza...
Y luego sus temores le detienen,
 Aunque á incitarle vienen

Curioso afán y férvida esperanza...

Más tarde, desvalido,

Al mar del mundo el hombre se abandona.

Ya será combatido

Por su rudo vaivén, jamás domado...

¡Ya el puerto de su hogar se ha sumergido

En las brumas inmensas del pasado...

Ya sus labios no oprimen

Los labios de su madre idolatrada;

Ya su voz no le anuncia

Dónde existe la dicha; ya no siente

Llegar á su conciencia su mirada;

Ya no le puede hacer, dulce y serena,

La señal de la cruz sobre la frente

Cuando la noche los espacios llena

Ó el sol deshace en rayos al Oriente!...

¡Ay! Entonces, entonces

El noble sacerdocio del maestro

En toda su grandeza se descubre;...

Con paternal cariño,

Bajo su sombra protectora cubre

La mente débil y el candor del niño;

Su persuasivo acento

En el alma se infiltra y la hermosea,

Y ensaya su poder el pensamiento,

Y, nueva mariposa,

De una flor á otra flor vaga la idea...

La mirada denuncia

La recta inteligenciã; el fuego puro

Del amor, la bondad, la fantasía;...

Mira al suelo, y parece

Que desentraña de su centro oscuro
 Cuanto á la ciencia guía,...
Y, si se eleva al claro firmamento,
Parece que su altura desafía,
Ó que quiere más lumbre y más belleza,
Más paz, más extensión, más armonía,
Más limpidez, más astros, más grandeza...

 Nada al afán creciente
De saber y saber detiene el vuelo ;
¿ Hay de mundos y mundos un torrente
 Que, salpicando el cielo,
Iluminan la tierra debilmente ?...
Pues bien... ¡ Con santo anhelo
El hombre los abarca con su mente!...
Y todo igual... que el aire que respira,
El agua pura que su sed apaga,
El rugir de los mares, la tormenta
 Que en los espacios vaga...
Todo lo entiende y lo comprende todo,
 Que con afán bendito
Supo el Maestro, al derramar su ciencia
Llenar de inmensa luz el infinito,
Y de infinita luz la inteligencia...

Y el antes débil niño se agiganta,
Y hombre, por fin, la senda de la gloria
Llega á pisar, con atrevida planta ;
 Y difunde y anima
Cuanto su augusto genio le sugiere,
Y en inmensas, gigantes creaciones
Se sumerge en el fondo de los mares ;

Destruye los peñones;
 Sube á contar los puros luminares
 Que ruedan por las célicas regiones;
 Torna la luz solar átomos leves
 De vívido esplendor; sube á los senos
 De oscuros nubarrones;
 Les arrebató el rayo,
 Y sabe conducirlo de manera
 Que, en lánguido desmayo,
 Ante sus plantas impotente muera...

Y destruye distancias
 El hirviente vapor, y el ronco acento
 De su alegre silbido
 Se apaga junto al globo suspendido
 En la inmensa región del firmamento...

¿Quién la semilla arroja,
 Y la cuida, y la guarda, y la preserva?...
 — ¡El maestro no más! — Aquel maestro
 Que, con grata dulzura,
 Colón de la verdad, descubre un mundo
 Inundado de plácida hermosura
 Á la mente que nace.
 ¡El maestro no más, cuya ventura
 Se suele reducir, en cuanto anhela,
 Á negra ingratitud, que le tortura,
 Y al olvido que agobia y desconsuela!...

¿Quién no siente en el alma
 Intenso amor hacia el constante amigo
 Que nos tendió su mano generosa,

Nos entregó su ciencia sin orgullo,
 Y supo hacer con obra portentosa
 Que, roto al fin el lúgubre capullo,
 Surgiese la brillante mariposa?...

¡Oh! ¡ninguno, de fijo,
 Ninguno, se le tuvo, le ha olvidado;
 Y el que no le venere no es buen hijo,
 Y el que no le respete no es honrado!...

¿Qué la existencia fuera
 Sin la hermosa enseñanza que la guía?
 Si sus célicos rayos no vertiera,
 ¿Sobre qué pedestal se sostuviera
 El genio brillador que vence al día?...

¡Oh, sublime misión... yo te bendigo!...

El aliento que choca contra el labio
 Al fin se desvanece;...

La hermosura que encanta
 En la flor del almendro, que parece
 Apenas se despierta;

El amor que, vertiendo su luz santa,
 Al Universo anima y embellece

Ó se esconde, ó se olvida
 Al soplo leve de cualquier anhelo...

¡Sólo tú, educación, segunda vida,
 Tranquila acreces tu arrogante vuelo,
 Y flotas sobre dudas y aflicciones,
 Sin que te envuelvan espantosas brumas,
 Como el sol sobre razas y naciones;
 Como flota en el lago majestuoso
 El blanco cisne de nevadas plumas...

¡Eterna te contempla mi entusiasmo!...
¡Eterna vivirás!... ¡Oh! patria mía
 Sacude su marasmo,
Y á ti su mano extiende cariñosa;...
 Que el triunfo que concedes
En lucha bendecida y venturosa,
 No es el triunfo que anega
Con sangre heroica el agostado suelo...
 ¡Es el triunfo fecundo
Que hace llegar el pensamiento al Cielo
Para formar un cielo sobre el mundo!...

JOSÉ MARÍA DE ORTEGA MOREJON.

Dos Cuadros.

I.

INVIERNO.

En la noche solitaria
Del bosque en lo más profundo,
Como la voz del silencio
Canta en las sombras el buho.

La nieve, como un sudario,
Cubre veredas y surcos,
Y entoldan cumbres y valles
Escarchas, nieblas y humos.

La pradera está sin césped
Y sin violetas el musgo,
Sin capullo los rosales
Y los árboles sin frutos.

¡Ah! ¡Del invierno sombrío
En el cementerio obscuro,
La misma Naturaleza
Tiene también su sepulcro!

II.

PRIMAVERA.

Rozando el agua del mar,
Al llegar la Primavera,
La golondrina viajera
Feliz vuelve á nuestro hogar.

Se trueca el cielo en colores,
En azahar los naranjales,
Las lluvias en manantiales
Y los gérmenes en flores.

Suena allá, en la lejanía
Del verde trigo ondulante,
La codorniz vigilante,
Cuyo canto huele á día.

Desde el lirio á la palmera
Todo es un himno al Creador;
¡La juventud y el amor
Son tardes de Primavera!

ANTONIO GRILO.

América.

Tendida sobre sábanas de rosas
 Á la sombra de amor de sus palmeras,
 Bajo un cielo de eternas primaveras
 Guardada por los ángeles de Dios,
 Una encantada tierra de deleites
 Maravilloso mundo de colores,
 Dormía entre sus aves y sus flores
 Arrulladas por músicas de amor.

Y es fama que cual hada peregrina
 Que del seno del mar surgiera un día
 Orlada de joyante pedrería
 Hiriendo con su luz la luz del sol,
 ¡Así la hermosa madre de los Incas
 Surgió del seno de joyantes mares,
 Y presentóla al mundo sobre altares,
 El genio audaz del inmortal Colón!

.....

JUAN CRUZ VARELA.

La Pesca.

(FRAGMENTO.)

Al cabo, por la estrecha cortadura,
 Luchando á la ventura
 Con el viento y las olas, impelida

Por la borrasca hacia el difícil paso,
En donde puede acaso
Quedar á salvo ó perecer hundida;

Entre el fragor que por momentos crece,
Intrépida aparece
La barca de Miguel; pero ¡en qué estado!
Cual gladiador que, tras inútil prueba,
Huye vencido, lleva
Cien heridas de muerte en su costado.

Resistiendo la cólera salvaje
Del soberbio oleaje,
La gente, fuerzas del peligro cobra;
Y aunque la lancha, como leve pluma,
Entre montes de espuma,
Parece á cada instante que zozobra,

Cien veces, con impávido heroísmo,
Resurge del abismo
Obediente á la mano que la guía.
Ninguna voz en su interior se escucha,
Que el riesgo de la lucha
Tiene una majestad muda y sombría.

¡Oh! ¡van á perecer! « ¿Queréis seguirme? »
Con voz entera y firme
Pregunta el cura. « ¡Á vuestro amor apelo!
Arrancaremos á la mar su presa;
Y si en tan santa empresa
Morimos, ¿qué es morir? ¡ganar el cielo! »

El religioso impulso que le mueve
Su aliento dobla, leve;
Cual fornido mancebo, al bote salta.
El peligro conoce y no lo esquiva :
Pues ¿á quién, si arde viva
La fe en su pecho, el ánimo le falta?

Todos se aprestan á seguir su suerte
Que aquel combate á muerte
De generosa emulación les llena.
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
Podrá mancharte el vicio
Y ofuscarte el error; pero eres buena!

El bote, listo ya, con seis remeros
Hábiles y ligeros,
Abrirse paso hacia el canal ensaya.
¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida,
Con fuerte sacudida,
Pedazos hecho, lo arrojó á la playa!

« ¡ Señor! Tus altos juicios no escudriño! »
Llorando como un niño
Gimió en su angustia el viejo venerable.
« Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos,
Hijos! Tal vez podamos
Desde el mismo peñón echar un cable. »

Respondiendo á su voz, según costumbre,
Á la empinada cumbre
El grupo corre, y con empeño lanza

El recio cabo á la corriente ciega;
Mas ¡ay! que nunca llega
Al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

¡No hay esperanza! El cura, consternado,
Increpa al mar airado.
Sin freno alguno que su empuje venza,
La tempestad incontrastable brama,
Y el noble anciano exclama :
« ¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza! »

G. NÚÑEZ DE ARCE.

El Polvo.

(APÓLOGO.)

Una ráfaga de viento
En el aire levantó
Un leve átomo de polvo,
Que del suelo arrebató.

Al verse tan alto, el polvo,
Lleno de orgullo, exclamó :
« Ya del suelo sublimado
No me pisarán ya, no.

« Á dominar voy la tierra,
Desde la altura en que estoy,
Y á mis plantas veré al hombre,
Que orgulloso me pisó.

« ¡Viva el aire! ¡viva el viento
Que á tanta altura me alzó! »
De repente, negras nubes
La luz ocultan del sol,

Y rasgándose, á la tierra,
Lanzan un chubasco atroz,
Y, envuelto en él, torna el polvo
Al lodo de que salió.

Revuelta una sociedad,
Alza la revolución
Á un osado, á un ignorante,
Y le da poder y honor;

¡En breve para escarmiento
Del mundo decreta Dios
Que en el lodo torne á hundirse
El que un momento brilló!

EL CONDE DE FABRAQUER.

A un Impaciente.

(SONETO.)

Lo que no logres hoy, quizá mañana
Lo lograrás, no es tiempo todavía :
Nunca en el breve término de un día
Madura el fruto, ni la espiga grana.

No son jamás, en la labor humana,
Vano el afán, ni inútil la porfía;
El que con fe y valor lucha y confía,
Los mayores obstáculos allana.

Trabaja y perservera, que en el mundo
Nada existe rebelde, ni infecundo
Para el poder de Dios ó el de la idea;

¡ Hasta la estéril y deforme roca
Es manantial cuando Moisés la toca
Y estatua cuando Fidias la golpea!

MANUEL DE SANDOVAL.

El Angelus.

(SONETO.)

Hay una hora de sin par ternura
En la que el pobre corazón humano
Se siente arrebatado hasta la altura
En alas de su impulso soberano.

La tarde cae, el sol ya no fulgura,
Yerra en el éter un reflejo vano;
La blanca luz y la tiniebla oscura
Se encuentran al pasar y dan la mano.

Calla el nido, la rama se serena,
Imprégnase la atmósfera sombría
De un cándido perfume de azucena,

Y en la iglesia, la ermita y la abadía
 La dulce voz de la campana suena
 Repitiéndole al alma : « ¡Ave, María !... »

R. FRAGUEIRO.

Á Cristóbal Colón.

Dos hombres han cambiado la existencia
 De este mundo en los siglos peregrino ;
 El labio de Jesús le dió otra esencia,
 Y el genio de Colón otro destino.

Completaron de Dios la mente misma
 Á inspiraciones de su amor profundo ;
 Uno del alma iluminando el prisma,
 Otro haciendo de dos un solo mundo.

Ángel, genio, mortal, que no has logrado
 Legar tu nombre al mundo de tu gloria ;
 Que ni ves en su suelo levantado
 Un pobre monumento á tu memoria ;

¡ Oh ! Bendita la pila do tu frente
 Se mojara en el agua del bautismo,
 Y el ala de tu genio amaneciente
 Se tocara en la unción del cristiano !

Ángel, genio, mortal yo te saludo
 Desde el seno de América, mi madre,
 De esta tierna beldad que el mar no pudo
 Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste y levantándola en tu mano,
Radiante con sus gracias virginales,
Empinado en las ondas del océano
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Después de Cristo, en el terráqueo asiento,
Siglo, generación, ni raza alguna
Ha conmovido tanto su cimiento,
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

Á tu grandeza un siglo era pequeño;
Y en los futuros siglos difundida
Es el eterno Tiempo el solo dueño
De tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú, como Dios, al derramar fulgentes
Los mundos todos en la obscura nada,
Al *Más Allá* de las futuras gentes,
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,
La tierra se columpia y paso á paso
Su destino la América trastorna,
Y muda el sol su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón; la hermosa perla,
Que sacaste del fondo de un océano,
Al través de los siglos puedes verla,
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo
Que á las columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrara la frente
El rudo potro del sangriento Atila ;
Pero ¡ay! el tiempo, en su veloz corriente,
Mina el cimiento donde ya vacila.

El destino del mundo está dormido,
Al pie del Andes, sin soñar su suerte ;
Falta una voz bendita, que á su oído
Hable mágico acento y le despierte.

Un hombre, que á esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos,
Y ponga una diadema en su cabeza
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay *Colombia* en tu brillante historia,
¿Qué importa? ¡eh! tu nombre es el océano
Y el Andes la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la popular estrella
Sin divisar, en las llanuras solas,
Tu navío, tus ojos y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí do misterioso,
El imantado acero se desvía ;
Y un rayo de tu genio poderoso,
Que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria,
No verá en sus montañas colosales
Monumentos de honor á tu memoria,
Como tú, grandes, como tú, inmortales?

¡Salve, genio feliz! mi mente humana
Ante tu santa inspiración se humilla.
Y de mi labio la expresión mundana
Ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo, tus alas, todavía
Plegadas, ten en los etéreos velos,
De donde miras descender el día
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera,
Los ámbitos de America divisa;
Y como Dios al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro, á quien sacara
De los pilares de Hércules tu mano,
Te mostrará, Colón, tu virgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después á tu mansión de gloria,
Á respirar la eternidad de tu alma,
Mientras queda del mundo á tu memoria,
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

JOSÉ MÁRMOL.

El gran Invento.

Cierto sabio su vida laboriosa
En buscar empleaba nada menos
Que una traza ingeniosa

Para hacer que los hombres fueran buenos,
Dió, al fin de muchos años,
Con un invento de los más extraños :
 Qué fué hacer transparentes
 Los cráneos de las gentes.
 « De éste modo », decía,
 « Viendo cada individuo
 Que puede leer cualquiera
 Á través de sus huesos cada día
El modo de pensar, tendrá cuidado
De no prestar asilo en su mollera
Á ningún pensamiento bochornoso
Por Dios ó por los hombres reprobado. »

Y con esto se echó á dormir tranquilo ;
Pues bien puede gozar dulce reposo,
 De su obra satisfecho,
 El que piensa haber hecho
 Á todo ser humano virtuoso.

Antón, que como todos los mortales
Ocasiones hallaba irresistibles,
Tenía pensamientos muy morales,
Mezclados con algunos muy punibles ;
Pensando que el vecino en él vería
Cualquier desaguisado ó picardía,
 Buscaba la manera
De hacer vida ordenada y aun austera.

Mas como no hay ni un santo
 Que llegue á serlo tanto
Que no tenga sus culpas atrasadas,

Él vió muchas grabadas
Aún en los que tenía por mejores,
Y pensó con tristeza :
« Si los buenos resultan pecadores,
No causará extrañeza
Ver en mí pensamientos delatores. »

Y como así acalló remordimientos,
No trató de oponerse á su destino,
Ni cuidó de ocultar sus pensamientos.
De este modo cada hijo de vecino
Pensó también, y resultó en sustancia,
Que como nadie pudo hacer jactancia
De su virtud, murió la hipocresía.

Y el buen doctor con su maldita ciencia,
Entre otros muchos males,
Logró que se ensanchara la conciencia,
Y hacer malos á todos los mortales.

JOSÉ ESTREMERÁ.

El Desierto.

(LA CAUTIVA.)

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El Desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso á sus pies

Se extiende, triste el semblante,
Solitario y taciturno,
Como el mar, cuando un instante,
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
De fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas;
Doquier cielo y soledades.
De Dios sólo conocidas,
Que Él solo puede sondar.

À veces la tribu errante,
Sobre el potro rozagante
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; ó su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡ Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! ¡ Cuánto arcano

Que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento
Que todo cuanto á porfía
La vano filosofía
Pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en Occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Serenos y diáfanos el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura moviendo apenas
Sus olas de aroma llenas,
Entre la yerba bullía

Del campo que parecía
Como un piélagos ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz :
Ó, las nubes contemplando,
Como extático gozoso,
El Yajá de cuando en cuando
Turbaba el mundo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía :
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
Á los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,
Con su claroscuro manto

Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió :
Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma,
Que contempla suspirando
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió... y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba innmensa, en el viento
Se dilató sonoro,
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba,
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Vefanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto,
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas por despojos
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía,
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando : « Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

« Ya los ranchos do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
Á libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán. »

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Tres Potencias.

I.

LA GOTA DE AGUA.

Soy tan pura que no tengo
Ni colores;
Pero me los dan las flores,
De Oriente á la blanca luz.
Soy la gota de rocío;
Sonrosada
Sobre la rosa encarnada,
Y azul sobre el lirio azul.

Vengo al alba en un suspiro
Del ambiente,
Á esperar del sol naciente
La aparición sin igual.
Tiendo á sus rayos las alas,
Alzo el vuelo...
Y soy, flotando en el cielo,
Íris, lluvia, tempestad.

II.

LA GOTA DE TINTA.

Negra soy : en leves hilos
Dividida,
Yo doy la muerte y la vida.
¿Quién sueña igualarse á mí?

Llevo un poder invencible,
Soberano :
Que va el pensamiento humano
Envuelto en mi red sutil.

Paso, pero siempre quedo;
Y en raudales
De la ciencia los anales
Guardan mi esencia inmortal.
¿Qué es el tiempo?... Si me grabo
De la historia
En la gigante memoria,
¿Quién puede borrarne ya?

III.

. LA LÁGRIMA.

Hermana soy de la gota
Breve y pura;
Y en nada cedo á la oscura
Misteriosa podestad.
Del alma vengo á los ojos,
Cual destella
Para el náufrago la estrella
Su dulce rayo en la mar.

Poder para el bien tan sólo
Es el mío :
La pena cambio en rocío,
Y la sentencia en perdón.

Y en una sonrisa espiro,
Y alza el vuelo
Mi esencia que sube al cielo
Hasta los pies del Señor. }

BRUNO MORENO.

El Llanero.

Despierto el ojo, la nariz hinchada,
La frente erguida, trémula la crin,
Tascando el freno, el suelo golpeando,
La oreja atenta al eco del clarín;

Tal el noble caballo; y el llanero,
Mal vestido, tostado por el sol,
Sacudiendo la lanza y con la vista
Clavada en el ejército español,

Al frente un cuadro ve, la señal oye,
Hace sentir la espuela á su corcel,
Encórvase en la silla, centellean
Sus dos ojos de rabia y de placer.

¡ Un instante no más! sangre chorrea
La roja banderola; en sangre está
Tinto el nervudo brazo, y el caballo
Sangre hace con sus cascos salpicar.

MARIO VALENZUELA.

La Propiedad.

« ¡Esta es mi propiedad! » dijo el magnate.
Y señaló un espacio de la tierra :

« La costa de la mar es costa mía,
Esa montaña es mi heredad paterna,

« Los pinos seculares de su falda
El salvaje torrente que los riega,
El cielo que los cubre, todo es mío;
Soy tu señor, aquí, Naturaleza. »

.
Y el infinito tiempo de la vida
Continuó imperturbable su carrera,
Y el soberbio cadáver del magnate
Alimentó al gusano de la tierra.

¡Allí á los pies de la montaña enorme
Que llamó un día su heredad paterna;
Á la fúnebre sombra de los pinos,
Y de la mar de Dios en la ribera!

RICARDO GUTIÉRREZ.

Historia de muchos.

Errante en el obscuro
Camino de la vida
Paz y luz he buscado
Por cuantas sendas ví.

Gusté la senda ansioso
Con que el amor convida,
Y respondiíme el tedio :
« No hay paz ni luz aquí. »

Fama, renombre, gloria,
Mundanos oropeles,
Una hora á manos llenas
Gozar me prometí.
Viendo el fango en que medran
Tan sórdidos laureles
Me dijo el desengaño :
« No busques paz aquí. »

Compremos, dije, al goce,
Y en pos del codiciado
Metal que el mundo adora,
Ciego también corrí.
Miré el oro, y estaba
De sangre salpicado...
Gritóme la conciencia :
« No ; la paz no está aquí. »

Al sueño, á las tinieblas,
Á la materia inerte,
Á los sepulcros mismos
La luz á buscar fuí.
Su enigma tenebroso
Guardó avara la muerte :
Allí estaba el silencio,
La luz no estaba allí.

Alcé entonces al cielo
Mis ojos suplicantes,
Y una voz no terrena
Dulce llegar sentí.
« Yo soy el faro, dijo,
De las almas errantes :
¿La paz, la luz anhelas?
Ven á mí, ven á mí. »

Dióme su luz eterna
La *Estrella matutina*,
Y en medio de sus rayos
Al Gólgota subí.
¡Oh Jesús! ¡Cuán turbado
Miré tu faz divina!
No hallé la paz al punto
Mas la esperanza sí.

Después, siempre que á un triste
Miro pasar llorando,
Con las amargas lágrimas
Que yo también vertí,
« Ven, hermano, le dijo,
Ven creyendo y amando.
¿Paz y luz quieres? Mira...
Sólo allí, sólo allí. »

GABINO TEJADO.

La vuelta al Hogar.

(RECUERDOS.)

Todo está como era entonces :
¡ La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas
Y las ramas con sus nidos !

¡ Todo está ! ¡ Nada ha cambiado !
¡ El horizonte es el mismo,
Lo que dicen esas brisas
Ya otras veces me lo han dicho !

Ondas, aves y murmullos,
Son mis viejos conocidos,
Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros.

Bajo aquel sauce que moja
La cabellera en el río,
Largas horas he pasado
Á solas con mis delirios.

Las hojas de esas achiras
Eran el tosco abanico
Que refrescaba mi frente
Y humedecía mis rizos.

Un viejo tronco de seibo
Me daba sombra y abrigo :
¡ Un seibo que desgajaron
Los huracanes de estío !

Piadosa una enredadera
De perfumados racimos,
Lo adornaba con sus flores
De pétalos amarillos.

El seibo estaba orgulloso
Con su brillante atavío,
¡Era un collar de topacios
Ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
Sus penas y sus delirios,
Con sus suspiros las hojas,
Con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde,
La última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba una ave
En el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
Sus más dulcísimos himnos;
¡Pobre zorzal que venía
Á despedir á un amigo!

Era el cantor de las selvas
La imagen de mi destino,
Viajero de los espacios
Siempre errante y fugitivo.

¡Adiós! parecían decirme
Sus melancólicos trinos;
¡Adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!

Yo estaba triste, ¡muy triste!
El cielo oscuro y sombrío,
Los juncos y las achiras
Se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años,
Desde aquel día tristísimo
Muchos sauces han tronchado
Los huracanes bravíos.

Hoy vuelve el niño hecho hombre,
No ya contento y tranquilo,
Con arrugas en la frente
Y el cabello emblanquecido.

Aquella alma, limpia y pura,
Como un raudal cristalino
Es una tumba que tiene
La lobreguez del abismo.

Aquel corazón tan noble,
Tan ardoroso y altivo,
Que hallaba el mundo pequeño
Á sus gigantes designios,

Es hoy un hueco poblado
De sombras que no hacen ruido
¡Sombras de sueños, dispersas
Como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces,
Los sauces, el cielo, el río,
Las olas, hojas de plata
Del árbol del infinito.

¡Solo el niño se ha vuelto hombre,
Y el hombre tanto ha sufrido
Que á penas trae en el alma
La soledad del vacío!

OLEGARIO V. ANDRADE.

« **At home.** »

Bella es la vida que á la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud;
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; ¡acuda
Vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad á Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración;
Él es quien nos reune y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Da su aroma á la flor, vuelo á la brisa,
Luz á los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodearme de cariños;
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.

Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren á las pompas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Llenó de encono el bárbaro adalid;
Nuestra misión es, hijos, más cristiana;
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor á quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació;
La Libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber; en ella
El despotismo estúpido se estrella :
De la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez á sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
¡Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura,
Con flores y con lágrimas regad!

Tomad ejemplo en él, y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz, y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de paz, radiantes de armonía,
Podáis decir de vuestro padre amado :
¡Latió en su pecho un corazón honrado,
No fué un prócer — fué más — hombre de bien!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

El Niño, la Flor, el Ave y la Nube.

Tomó un niño cierto día
Una flor bella del prado,
Y su aroma delicado
Aspiró con alegría.

Y exclamó con dulce acento,
Embriagado con su olor :
« Madre, quisiera ser flor
Para embalsamar el viento. »

Entre tanto que así hablaba
Unaavecilla ligera
Cruzó la fértil pradera
Donde el niño se encontraba;

Y al verla, el niño rehacio
Dijo con acento grave :
« Madre, quisiera ser ave
Para cruzar el espacio. »

La brisa entonces gimió
Y con movimiento blando
Una nube fué elevando
Que de vista se perdió.

Siguiendo el niño su vuelo,
Dijo con voz altanera :
« Madre, ser nube quisiera
Para llegar hasta el cielo. »

Un suspiro de cariño
La madre dejó escapar ;
Y luego sin vacilar
De este modo dijo al niño :

« Insensatas ambiciones
Ocupan tu corazón :
Hoy sólo capricho son,
Mañana seran pasiones.

« Sujeta tu anhelo extraño
Y así feliz vivirás ;
No hay nada que amargue más
Que la hiel del desengaño.

« Quieres en tu empeño loco
Ser flor, ser ave, ser nube ;
Muy alta tu mente sube,
Y el niño vale muy poco.

« Hombre llegarás á ser,
Y cuando pierdas la calma,
¡Ay de ti, niño del alma,
Si no te sabes vencer!

« No tu pensamiento asombre
 Ser flor, ser nube, ser ave;
 ¡Dichoso el hombre que sabe
 Llegar al fin á ser hombre! »

O...

Los Mineros.

En sus entrañas amorosas lleva
 La Madre universal
 Escondidos tesoros que ambicionan
 Los hombres, con afán.

Útiles brazos, corazón brioso,
 Fuerza y serenidad,
 Necesita el minero que pretenda
 El abismo explorar.

¡Titánica labor!... Á cada golpe
 Que la piqueta da,
 Le dicen resistencias formidables :
 — ¡De aquí no pasarás!

Ya es la roca gigante que el diluvio
 No consiguió arrastrar;
 Ya el pozo mal oculto en las tinieblas,
 Ó mortífero gas.

Á veces, por impulso misterioso,
 Con estruendo infernal,
 Derrúmbanse pedazos de la roca
 Enorme y secular.

À veces, se oye el vuelo de esas aves
Que, entre ruinas, van
Exhalando gemidos lastimeros
Y aman la oscuridad.

À veces, por las grietas que abrió el agua
Ó el fuego de un volcán,
Y el sol del día y los nocturnos astros
Permiten contemplar,

Penetren los relámpagos y silba
Furioso vendaval;
Y el miedo, entonces, sus fantasmas crea
De aterradora faz.

El minero no cede. Voz del alma
Le grita sin cesar :
— « ¡Adelante! ¡No vaciles!
¡Cava más! ¡Cava más!

« Más hondo es el abismo de los cielos,
Y el astrónomo audaz
Soles sin fin descubre, esos diamantes
De la alta inmensidad.

« ¡Avanza! y al sudor que te ennoblece
El hombre deberá
Bienes desconocidos en edades
Que ya no volverán.

« El hierro, que hoy estrecha las naciones
Con el lazo fraternal,
Y el pensamiento y la palabra esparce
Por aire, tierra y mar;

- « Y el sol petrificado en negras masas
De rico mineral,
Que es fuerza y alegría, y movimiento,
Aguardándote están.
- « Inmóvil y sin forma, en rudos bloques
Duerme la catedral,
Y la dormida estatua al genio espera :
Él las despertará.
- « Sensibles, respondiendo á quien las pulse,
Un día vibrarán,
De los duros peñascos arrancadas,
Las fibras de metal;
- « Y de sus mismos átomos, las tintas
El pintor sacará
Para vestir la espléndida hermosura
Que supo imaginar.
- « Si en sus arcas encierra el viejo monte
La riqueza fatal,
Que la hidrópica sed de la avaricia
Nunca puede aplacar,
- « También guarda en sus senos olvidados
El óbolo, que en pan
Sabroso y abundante se convierte
Cuando el amor lo da.
- « ¡Oh, del trabajo vigoroso atleta!
Lucha con fe tenaz;
Ni al ocio ni al temor, la frente inclines;
¡Penetra más! ¡aún más!

« Ahondando, como tú, los pensadores,
 Mineros de ideal,
 Entre peligros y tinieblas buscan
 Bien, belleza y verdad.

« El sol del porvenir, asoladoras
 Lides nos alumbrará;
 Ciencia y arte, á la vez, han iniciado
 Las guerras de la paz. »

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Reza.

Reza, niño, al Señor : la madrugada
 Reza perfumes é inocentes trinos;
 Y al dormirse la tarde entre la niebla
 Reza gemidos.

Reza, niño, al Señor : yo también rezo,
 Ambos somos cristianos desde niños;
 ¡Cuánto gozo al pensar que en Dios se encuentran
 Mi fe y tu fe, tu corazón y el mío!

JOSÉ ZORILLA.

Á Río Janeiro.

(SONETO.)

¿Qué podré yo decir en tu alabanza,
 Tierra de luz, de paz, de poesía,
 En que se abrió la flor de mi esperanza
 Que hoy su perfume lánguido te envía?

Quizás ya nunca, pues el tiempo avanza,
Volveré á ver tu cielo, tu bahía,
Ni á soñar vagabundo en muelle holganza
Perdido entre tus selvas cual solía.

¡Oh, princesa del valle florido,
Cuyos pies besa el mar; que la alta cima
Refleja de tus montes seculares!

Aunque ausente de ti, jamás te olvido,
Pues de mi alma el amoroso clima
Está donde susurran tus palmares.

CARLOS GUIDO SPANO.

La Limosna de la Viuda.

En el templo y frente de la arquilla
Do echaba sus ofrendas el hebreo,
Se encontraba el Apóstol galileo
Que falleció en la Cruz.
Sentado estaba y sus celestes ojos
Á las gentes que entraban dirigía,
Aquellos ojos donde siempre ardía
Suave y serena luz.
Y miraba Jesús cómo el escriba
De largas ropas, ostentoso y vano,
Al echar las monedas en la mano
Hacíaslas sonar,
Para que el pueblo viese la limosna

Que dejaba en la arquilla como ejemplo
De caridad, y en lo mejor del templo,
Íbase á sentar.

Y pasó una mujer junto al Apóstol ;
Era una viuda viejecita y pobre,
La cual dos piezas de gastado cobre
En la arquilla dejó.

Nadie la vió depositar la ofrenda,
Sino Jesús que lo observaba todo ;
Y, en seguida, la viuda en un recodo
Del templo se postró.

Llamando á sus discípulos, entonces,
El buen Apóstol : — « En verdad os digo,
Murmuró, que esta viuda sin abrigo,
Y acaso sin hogar,

Echó más en el arca que los viles
Fariseos y escribas orgullosos,
Por defuera, sepúlcros muy hermosos,
Por dentro, un muladar.

Que los ricos echaron en la arquilla
Las sobras de su espléndida riqueza,
Y esta mujer echó de su pobreza
Todo lo que posee.

Á los ricos, miráronles las gentes
Ostentar las limosnas que arrojaron,
Las gentes á la viuda no miraron,
Pero el Señor la ve! »

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

Mi Madre.

Hay en el viaje de mi vida errante,
Enferma y abatida,
Una luz que me ha guiado con terneza
Por las sendas oscuras de mi vida.

Esa es mi madre, mi adorada madre,
Que en el mísero suelo
Ha elevado mi alma á la grandeza
Levantando mi espíritu hasta el cielo.

Ella me ha dado la virtud por norte
Y como regio manto
Me enseña religión, nombre bendito
Que hace secar de mi pupila el llanto ;

Ella ha velado, cuando débil niño
La enfermedad ardiente
Marchitaba mis risas candorosas,
Mientras la fiebre se cernía impotente.

Ella me ha dicho : « Á la vejez bendita
Respétala y adora ;
Ya sabes que mil penas ha sufrido
El que llega en la vida hasta esa hora.

« Ama á tu prójimo como Dios ordena
Lo mismo que á tu hermano,
Y no pases jamás junto al mendigo
Sin extenderle compasiva mano.

« Ama á tu patria como emblema hermoso,
 Ya la bandera erguida,
 El símbolo inmortal por el que debes
 Llegar al sacrificio de la vida. »

.....

 Ella es mi ser la estrella sacrosanta
 Que me alienta querida,
 La que disipa de mi mente inquieta
 Los pesares que abruma en la vida.

Ella ha sufrido en mis pesares cruentos,
 Cuando el alma suspira,
 Y ha alentado el acento lastimero
 Que arrancaba las cuerdas de mi lira.

¿Cómo llegan á ese cariño inmenso!
 Que me da desde niño?
 No es posible pagarle, mas si quedo
 Ofrecerle la flor de mi cariño.

ENRIQUE S. LEIVA.

La Hermana de Caridad.

✕ ¿Cuál es el ángel que vela,
 Lejos del ruido del mundo,
 El lecho del moribundo,
 Orando en santo fervor?

✂ — Es una débil mujer
De blanca toca adornada,
Uña alma privilegiada,
Que arde en el divino amor.

✂ Ayer renunció placeres
Hogar, familia y fortuna,
El nombre de ilustre cuna
Esa hija de caridad :
Cobijada bajo su ala,
Es la avecilla inocente,
Que reposa dulcemente
Del bosque en la soledad.

Al lucir el nuevo día,
Trina alegre con la aurora,
Y el favor de Dios implora
Con amoroso fervor;
Y al lecho del desgraciado
Va paciente y cariñosa,
Venda la herida horrorosa
Y suaviza su dolor.

Con infatigable anhelo
Tierna contempla y tranquila
La dilatada pupila
Del que pronto ha de espirar;
Y con acentos sublimes
Su voz lo alienta inspirada
En la terrible jornada
Que es dulce con fe mirar.

Y descansando en sus brazos
El moribundo abatido,
Balbucea enternecido
Su último adiós de dolor...
Entonces, mujer sublime,
Es tu alma esforzada y pura
Modelo fiel de ternura,
De sacrificio y de amor.

Á la voz de la miseria,
Entre peligros y azares,
Surcas procelosos mares
Escudada en tu virtud.
Y en apartadas regiones
Do á Dios no se ama, ni invoca,
Se respeta tu alba toca,
Tu digna y noble actitud.

✧ Tu descanso en la fatiga,
Es orar con celo santo;
Eres del mundo el encanto
Y de los cielos también;
Y en religioso silencio
Tu alma abnegada y amante,
Es el perfume fragante
Del ara del Sumo Bien.

QUITERIA VARAS MARÍN.

El Minero de California.

Buscando en California minas de oro
Avaro un negociante caminaba,
Despreciando los valles en que hallaba
De frutas y de fuentes un tesoro.

Así llegó á internarse en un desierto
Cada vez más estéril é infecundo,
Buscando siempre lo que adora el mundo,
Metal innoble de color de muerto.

Y diz que al fin halló grandes filones
Del oro codiciado que buscaba,
Y que mientras alegre lo arrancaba,
El caballo perdió y las provisiones.

En esto llegó el sol al occidente, ✕
Y, viéndose el viajero muy sediento,
Atrás quiso volver en el momento
Para ver si encontraba alguna fuente.

Mas vano fué su congojoso anhelo;
Pues á poco que anduvo á su regreso,
Rendido por la sed y por el peso,
Cayó para no alzarse más del suelo.

Entonces, comprendiendo el desdichado ✕
En toda su extensión el bien perdido,
De su necia locura arrepentido,
Arrojó el oro y exclamó indignado :

« No sirves, metal; mi sed ardiente
Calmar no puedes ya con tus reflejos :
Necesito del agua de la fuente
Aquella que desprecié y ya está lejos. »

Ésta es la suerte de los hombres necios
Que en su sed de riquezas fementida,
Llegan hasta el ocaso de su vida
Sin dar á la virtud más que desprecios.

Al tiempo de morir alzan la frente
Y dieran todo el oro que juntaron
Por un vaso del agua de la fuente,
Que es la de la virtud que despreciaron.

X...

Educación es redimir.

Donde más imponente el Océano
Se agita entre las sirtes espumoso,
Microscópico insecto, silencioso,
Entreteje sus hilos de coral.
En vano la ola ruge; la corriente
Quiere en vano tomar otro sendero;
Desde el abismo el invisible obrero
Sigue alzando su red de pedernal.

Sobre el hirviente mar ya se divisan
Los primeros confusos lineamientos,
Donde arrojan las olas y los vientos
Tierra y semillas que fecunda el sol.

Una isla, tal vez un continente,
Que la furia del piélagos quebranta,
Cual poderoso dique se levanta,
De la futura humanidad crisol.

No de otra manera los humildes,
Los oscuros obreros de la ciencia,
Sacrifican su mísera existencia
En aras de la pública salud.
¡Ignorados, sublimes arquitectos,
De una obra salvadora, grande, inmensa,
Les da la sociedad por recompensa
La miseria, el desdén, la ingratitud!

La fortuna, la gloria, los honores
Rara vez los buscaron generosos;
Pero, ¿qué importa, si al morir dichosos
Realizado contempla su ideal?
Los que en el tierno corazón del niño
De la virtud arrojan la simiente,
Los que la luz esparcen en su mente,
Llenan una misión providencial.

¿Qué es el hombre?... una fuerza, ángel ó bestia,
Un ser que, abandonado á su egoísmo,
Sigue á la noble libertad, lo mismo
Que se entrega á la infame esclavitud.
¡La educación, la educación tan sólo
Contra el mal, la abyección, el despotismo,
Un puente salvador sobre el abismo
Levanta con su mágica virtud!

El origen de todos nuestros males
Esconde su raíz en la ignorancia;
Iluminar el alma de la infancia
Es el reino de Cristo preparar.
En los humildes bancos de la escuela
De la regeneración está el secreto :
« Dadme la educación y yo os prometo
La faz del mundo en breve transformar. »

¡ Juventud de mi patria! nunca vuelas
Á buscar en los campos de matanza,
Con el hierro sangriento de la lanza,
Al rayo fratricida del cañón,
La grave solución de tus problemas...
No se desata el nudo con un tajo :
Lo desata el estudio y el trabajo,
La fe en la libertad y en la razón.

Imita á los pacientes constructores
Que á las ondas enfrenan con su malla;
Ni fíes al azar de una batalla
Tu lábaro : *educar es redimir*.
Fija la mente en Dios, tendido el brazo
Á la lucha, á la acción, audaz camina;
¡ Abre el surco, fecúndalo, ilumina,
Y te dará su cetro el porvenir !

Con palabras de aliento y esperanza,
Con la inmensa bondad del Nazareno,
Bálsamo brinda al que te dió veneno,
Y extiende con sublime caridad

Tu mano á cuantos sufren : regenera
 Al ignorante, al débil, al caído,
 Y funda en el amor el bendecido
 Imperio de la ley y de la paz.

No te pido por eso que, cobarde,
 Lo sacrifiques todo á la existencia :
 Si pelagra otra vez la independecia,
 Ó extiende vil tirano su capuz
 Sobre las patrias libertades, firme,
 Baja arrogante á la palestra fiera ;
 ¡ Combate y muere al pie de tu bandera !
 ¡ Sube al Calvario con tu santa cruz !

Divorciada del bien, ¿ qué es esta vida ?...
 El tedio abrumba el corazón del hombre,
 Aunque riqueza, poderío, renombre,
 Para probar su temple le dé Dios.
 Criatura de estirpe sobrehumana,
 La sed de lo infinito lo atormenta,
 Y sonrío al caer en la tormenta,
 Si deja un rastro luminoso en pos.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Mi Valle.

I.

Mi valle es de cuatro leguas
 Y tiene diez mil hogares

Ocultos en apacibles
Bosquecillos de frutales;
Montes férreos le dan sombra,
Le arrullan azules mares,
Cuatro ríos le fecundan,
Crúzanle infinitas naves;
Gozo y riqueza derraman
En él la industria y el arte,
No hay en él mano que huelgue
Ni garganta que no cante;
La vid cubre sus collados
Y sus vegas los cereales,
Flores y eterna verdura
Le dan perfume y esmalte,
Y tiene al pie de sus montes
Regacitos deleitables
Donde la paz y la sombra
Y el cántico de las aves
Y el arroyuelo y el césped
Lleno de flores fragantes
Dicen en la primavera
Con dulcísimo lenguaje
Á los que piensan, que piensen,
Y á los que cantan, que canten.

II.

Tal es el valle en que tengo
Mi hogar y mis amistades
Y mis esperanzas de hombre
Y mis recuerdos de infante.
Ramificación de otro

Donde lloran los mortales,
No es en él todo delicias
Ni beatitud perdurable,
Que á veces ¡ay Dios! encuentro
Réprobos entre sus ángeles,
Espinas entre sus flores
Y entre su calma huracanes,
Pero tengo un rinconcito
Donde entonces refugiarme :
El rinconcito del alma
Á donde no hay mal que alcance.
¡Desde el Llangon al Gangúren
Y desde el Triano al Sarantes
La primavera ha vestido
De luz y flores el valle,
Y ya brotan de mi alma
Canciones primaverales!
Vamos, musa mía, vamos
Por esos campos y hogares
Llorando con los que lloren,
Cantando con los que canten.

ANTONIO DE TRUEBA.

La despedida del Colegio.

Dulcísimo recuerdo de mi vida,
Bendice á los que vamos á partir ;
¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida,
Recibe tú mi adiós de despedida,
Y acuérdate de mí!...

¡Lejos de aquestos tutelares muros,
Los compañeros de mi edad feliz
No serán á tu amor jamás perjuros :
Conservarán sus corazones puros,
Se acordarán de ti!

Mas... siento al alejarme una agonía
Cual no la suele el corazón sentir...
¿En palabras de niño quién confía?
¡Temo... no sé que temo, Madre mía,
Por ellos y por mí!...

Dicen que el mundo es un jardín ameno,
Y que áspides oculta ese jardín...
Que hay frutos dulces de mortal veneno,
Que el mar del mundo está de escollos lleno...
¿Y por qué estará así?...

Dicen que por el oro y los honores,
Hombres sin fe, de corazón ruin,
Secan el manantial de sus amores
Y á su Dios y á su patria son traidores...
¿Porque serán así?

Dicen que de esta vida los abrojos
Quieren trocar en mundanal festín;
¡Y ellos, ellos motivan tus enojos,
Y ese llanto de tus dulces ojos,
Lo causan ellos, sí!

Ellos, ¡ingratos! de pesar te llenan...
¿Seré yo también sordo á tu gemir?
¡No!... Yo no quiero frutos que envenenan,
No quiero goces que á mi Madre apenan,
¡¡¡No quiero ser así!!!

En los escollos de esta mar bravía,
 Yo no quiero sin gloria sucumbir,
 Yo no quiero que llores por mí, un día,
 ¡No quiero que me llores Madre mía!...

¡¡¡ No quiero ser así!!!

Y mientras yo responda á tu reclamo,
 Y me juzgue con tu amor feliz,
 Y ardiendo en el afecto en que me inflamo
 ¡Te diga muchas veces que te amo!...

¿Te olvidarás de mí?

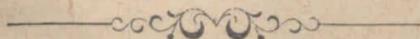
¡Ah! ¡no, dulce recuerdo de mi vida!
 ¡Siempre que luche en peligrosa lid,
 Siempre que llore mi alma dolorida,
 Al recordar mi ¡adiós! de despedida
 Te acordarás de mí!

Y en retorno de amor y fe sincera
 Jamás sin tu recuerdo he de vivir;
 Tuya será mi lágrima postrera...

¡Y hasta que muera, Madre, hasta que muera,
 Me acordaré de Ti!!!...

Tú en pago cuando llegue el plazo
 De alzar el vuelo al celestial confín,
 Estrechándome á Ti con dulce abrazo,
 ¡No me apartes jamás de tu regazo,
 No me apartes de Ti!...

LUIS COLOMA.



ÍNDICE POR GÉNEROS

Poesías morales.

	Pág.
<i>El Orgullo</i>	BALDOMERO G. SAGASTUME.... 33
<i>Amigos y Libros</i>	JUAN DE DIOS PEZA..... 45
<i>Consejos morales</i>	Cantares populares..... 55
<i>Himno al Trabajo</i>	RAFAEL POMBO..... 56
<i>La verdadera Paz</i>	MELÉNDEZ VALDES..... 60
<i>De pequeñas Causas grandes Efectos</i>	DIEGO GONZÁLEZ..... 61
<i>La Virtud</i>	CARLOS FRONTAURA..... 70
<i>Premios</i>	JUAN DE DIOS PEZA..... 72
<i>La Ciencia</i>	MANUEL M. FLORES..... 77
<i>El Vicio</i>	CARLOS FRONTAURA..... 92
<i>Fortaleza</i>	MANUEL DE SANDOVAL..... 103
<i>Fantasia nocturna</i>	MARTÍNEZ DE LA ROSA..... 104
<i>La Escuela</i>	X..... 111
<i>Último Cantó</i>	RAFAEL MENDIVE..... 112
<i>La Conciencia</i>	R. PALMA..... 115
<i>Las dos Grandezas</i>	EDUARDO DE LA BARRA..... 116
<i>Al Trabajo</i>	RAFAEL TAMAYO..... 120
<i>Las Ideas</i>	OLEGARIO ANDRADE..... 129
<i>A un Pobre</i>	FEDERICO BALART... 1°
<i>Los Sueños</i>	D. R. HERNÁNDEZ.....
<i>El Perezoso</i>	RODOLFO M.....
<i>La Escuela</i>	ECHÉ.....
<i>Distribución de Premios</i>	JUAN.....
<i>Enseñar al que no sabe</i>	C. DE.....
<i>La Mentira</i>	JUAN.....

		Pág.
<i>El Maestro</i> (soneto).....	X.....	164
<i>No puedo odiar</i>	J. M.....	172
<i>Quien debe, paga</i>	G. NÚÑEZ DE ARCE.....	177
<i>Paciencia</i>	X.....	179
<i>La Vieja</i> (soneto).....	CARLOS AUGUSTO SALABERRY..	188
<i>La Misión del Maestro</i>	PILAR PASCUAL DE SAN JUAN..	189
<i>Enseñanzas del Tiempo</i>	FERNANDO DE HERRERA.....	211
« <i>At Home</i> ».....	CARLOS GUIDO SPANO.....	253
<i>El Niño, la Flor, el Ave y la</i> <i>Nube</i>	O.....	255
<i>La Limosna de la Viuda</i>	WASHINGTON P. BERMÚDEZ...	261
<i>Mi Madre</i>	ENRIQUE . . LEIVA.....	263

Poesías religiosas.

<i>Himno á la Divinidad</i>	ARQLAS.....	17
<i>Dios</i>	MANUEL DE JESÚS FLORES....	41
<i>Himno á Dios</i>	SALVADOR SANFUENTES.....	63
<i>Dios</i>	JOSÉ ZORRILLA.....	81
<i>Dos Glorias</i>	ANTONIO ARNAO.....	101
<i>Consuelo celestial</i> (soneto).....	ARGENSOLA.....	114
<i>Mater Dolorosa</i>	MANUEL M. FLORES.....	118
<i>El Misionero</i>	RICARDO GUTIÉRREZ.....	143
<i>San Agustín</i>	LOPE DE VEGA.....	148
<i>Allá está Dios</i>	JOSÉ CIBILS.....	169
<i>Meditación</i>	JUAN DE DIOS PEZA.....	183
<i>La Oración</i>	X.....	204
<i>El Angelus</i> (soneto).....	R. FRAGUEIRO.....	231
<i>Historia de muchos</i>	GABINO TEJADO.....	247
<i>Reza</i>	JOSÉ ZORRILLA.....	260

Poesías de sentimiento.

..	MANUEL M. FLORES.....	33
..	RODOLFO MENÉNDEZ.....	37
..	M. A. CARO (tr. de Longfellow).....	69
..	JORGE ISAACS.....	81
..	JOSÉ A. CALCAÑO.....	92

